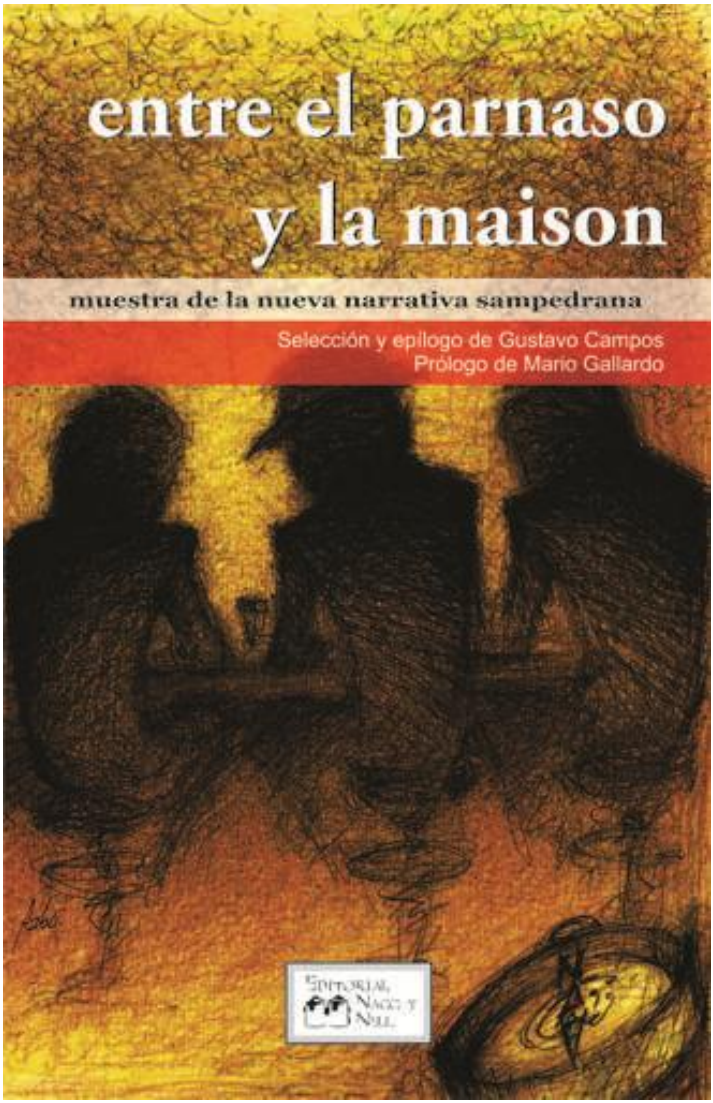

entre el parnaso
y la maison
muestra de la nueva narrativa sampedrana
Selección y epílogo de Gustavo Campos
Prólogo de Mario Gallardo

Entre el parnaso y la maison

muestra de la nueva narrativa sampedrana

EDITORIAL NAGG Y NELL

www.gustavo-campos.blogspot.com

863.5 Campos, Gustavo
C19 Entre el parnaso y la maison. Muestra de la
C. H. nueva narrativa sampedrana/ Gustavo Campos.
--[San Pedro Sula]; Editorial Nagg y Nell /
[Impresos Comerciales Hernández], [2011]
226 p.

ISBN: 978-99926-56-07-5

1.- NARRATIVA.

Entre el parnaso y la maison

©Gustavo Campos
D.R. Gustavo Campos
© para la primera edición **Editorial Nagg y Nell**. 2011
San Pedro Sula, Honduras, C.A.
Correo electrónico:gsalgadocampos@gmail.com

Diseño: **Editorial Nagg y Nell**
Ilustración de portada: Francisco Benítez: "Fabo".
Diagramación: Editorial Nagg y Nell
Corrector de estilo: Dennis Arita

ISBN
978-99926-56-07-5

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

A la que me entrega los rayos de sol
para cada día
desde tiempos remotos,
mi amiga incondicional:
Nidia Bonilla

Al pedacito condensado de vida,
espartana híbrida, la Alejandra y la Jane de Sensenti.

A los amigos, y a las amigas,
a los de antes y a los de siempre,
y a los venideros.

Y también un homenaje a nuestros paisanos escritores,
aquellos cuya obra releemos y recomendamos
a novicios en lecturas y a extranjeros que buscan lo que
nosotros encontramos:
la senda que hace la diferencia en las letras.

Entre el parnaso y la maison

muestra de la nueva narrativa sampedrana

Selección y epílogo de **Gustavo Campos**

Prólogo de **Mario Gallardo**

Prólogo

Del parnaso a la maison: **apuntes personales para una bitácora colectiva o breve digresión en la que se habla poco de literatura y mucho de la vida, lo que no debe sorprender a los presuntos implicados, quienes leyeron a Verlaine vía Borges y están al tanto de los alcances de la frase *et tout le reste est littérature***

Mario Gallardo

Para el DRAE no es más que un "escrito antepuesto al cuerpo de la obra", en tanto que la inefable Wikipedia destaca el carácter literario, tras advertir sobre su condición periférica; no obstante, la naturaleza esencial de un prólogo se afinca en su relación con la historia literaria: "pues con frecuencia ofrece las claves críticas de la interpretación de la obra por su propio autor o por alguien cercano".

En este caso no se puede obviar que quien esto escribe también participa en esta muestra y, además de mantener relaciones de amistad, ha seguido con atención el desarrollo de las "inquietudes" creativas de los aquí reunidos; de hecho, al hurgar en mi biblioteca puedo presumir de que ahí se encuentran, prolijamente alineadas en un estante, las primeras ediciones de sus obras con sus respectivas

dedicatorias. También puede comprobarse al hojearlas que en la mayoría abundan las anotaciones a lápiz, en un modesto, pero constante, ejercicio de acercamiento en busca de encontrar sus señas de identidad.

Partiendo de tal antecedente habría que comenzar por afirmar que, desde su título, este libro plantea la idea del viaje, un recorrido espacial que va de nuestro añorado *parnaso* a la actual *maison*, que además lleva implícito el elemento temporal: una década, la primera del siglo XXI, que ha servido de marco para los encuentros y desencuentros, tanto literarios como personales, que han definido la vida y obra de los autores aquí reunidos.

Algunos, los más jóvenes y los más recatados, jamás pusieron un pie en el *parnaso*, ni supieron de la generosidad de sus tacos y sopas, de sus juglares y clerecías, de las interminables conversaciones y disputas con la música de fondo de la lluvia incesante sobre el techo de zinc y los chillidos de las ratas, mientras corrían impávidas sobre las vigas en busca de refugio. Pero queda el mito persistentemente renovado a través de la tradición oral que no deja de volver, una y otra vez, sobre los episodios fundacionales, recreando las anécdotas que todavía atrapan la atención de los desocupados oyentes, a quienes sorprende esa suerte de surrealismo posmoderno que campeaba en tan especial *cour des miracles*. Asombro que se multiplica al darse cuenta de su prosaica ubicación: en pleno centro de la capital del sudor, al lado de la incombustible Pizzería Italia.

Los peatones pasaban al lado y jamás se percataron (tampoco es que estaban obligados) de que al fondo de ese patio polvoriento, bajo la sombra de un par de árboles, se encontraba una glorieta con piso de madera y techo de zinc, en cuyo desarbolado interior se reunía un grupo de marginales aspirantes a narradores, poetas renegados y locos a discreción, a regocijarse con el descubrimiento de un escritor chileno llamado Roberto Bolaño, a despotricar contra el boom que en comparación se antojaba rancio y trasnochado, salvo raras excepciones. También se planeaban revistas y se soñaba con que un hipotético mecenas asumiría el riesgo incuestionable de publicarlas, pero la mayor parte del tiempo se ocupaba en comentar libros y compartir lecturas, en participar las ofertas más significativas del exangüe mercado editorial del pueblón fenicio donde teníamos el disgusto de malvivir, en el que según Mando no se puede caminar por más de veinte minutos en una sola dirección sin dar de narices contra el monte. Y aunque ese monte nos atosigara, en el *parnaso* encontrábamos el espacio propicio para respirar, para salir a flote, para sentirnos parte de algo que no tenía que ver con nuestros menesterosos afanes, con la opacidad cotidiana.

En el *parnaso* aprendimos que no estábamos solos ni éramos tan originales, que compartíamos un gusto por el jazz y que el rock era en música nuestra *lingua franca*, que Borges y Cortázar nos parecían mas auténticos que García Márquez y Fuentes, que la prosa de Vargas Llosa había envejecido aceleradamente después de *La guerra del fin del mundo*, que había que leer y releer a

Rimbaud, a Baudelaire, a Pond y a los *beatniks*, también a Girondo, a Vallejo y a Parra, que nuestra educación sentimental estaba en deuda con Bukowski, Miller y Anäis Nin, que Sosa y Turcios estaban sobrevalorados y que había que leer con verdadera devoción a Merren, a Cardona Bulnes y a Martínez Galindo, que era obligatorio estudiar a Roberto Castillo y completar, sin hacer trampas, la lectura de *Una función con móbiles y tentetiesos*; pero lo más importante es que adquirimos la certeza absoluta de que no se puede aspirar a escribir con honestidad sin antes haberse convertido en un lector impenitente y esforzado.

No todo en el *parnaso* se regía por el signo de lo libresco, también ocurrían acontecimientos trascendentes: los conciertos de Ricardo y su guitarra de acento desacompasado, el estreno etílico de Gustavo en una noche de marzo y salvavidas a granel, el debate literario en el que Edilberto se ganó el apelativo de *Birry The Kid*, el maratón cervecero patrocinado por Chávez un sábado antes de semana santa. Tampoco puede olvidarse que el *parnaso* a veces se trasladaba a nuestro apartamento del edificio María Antonia, donde Rocío se convertía en Frida, mientras el "cetáceo iconoclasta" mostraba sus atributos de *baby sitter* apaciguando los ánimos de Marito, a quien el fragor de los debates trasnochados no parecía hacerle mella. Y qué decir de las noches de karaoke en Khalúa's, con Giovanni emulando a Ricardo Arjona, en veladas que usualmente tenían su obligatorio

colofón en "el lugar sin límites", refugio último de los reyes de la trasnochada.

Fueron varios años de riguroso aprendizaje de vida, de lecturas frenéticas, de noches inacabables, de ríos de cerveza y de escasas "boquitas"; pero en ningún momento la literatura cedió su sitio privilegiado, éramos una secta de lectores empeñados en descubrir sus secretos, afanados en la construcción de un canon desprejuiciado e irreverente, caótico y posmoderno. Nunca tuvo más razón Lyotard al advertir sobre el fin de los metarrelatos: escépticos y reacios ante cualquier imposición, sabíamos que algo estaba pasando (o algo se estaba cayendo) y nos empeñábamos afanosamente en ser espectadores de excepción, ecuánimes cartógrafos de un nuevo orden que venía a refrendar el axioma de *corsi e ricorsi*, la espiral histórica que planteara Vico.

Este *parnaso* no fue compartido por todos. De los que integramos esta muestra fuimos habituales Giovanni, Gustavo, Carlos y yo, Jorge realizó visitas esporádicas, mientras que Jessica, José Raúl y Dennis, enfrascados en sus quehaceres académicos, apenas supieron de su existencia cuando ya había cerrado sus puertas y era evocado con nostalgia en nuestras conversaciones. Darío y JJ estaban dedicados a sus afanes escolares, todavía en pantalones cortos. Tampoco se puede esbozar una bitácora fiel de ese tiempo sin mencionar a ilustres cofrades parnasianos como Óscar, César, Wilmerio, Kalki, Edilberto y la mención especial para Ricardo, quien inventó el *tomesiano* en una de las noches más afortunadas que se

recuerdan, cuando se instituyó la **academia**, que en su sesión inaugural aceptó la única entrada proveniente de otra tradición distinta a nuestro *slang*: "**le trúa le verg**", de inocultable cuño garcíamandiano.

Después vinieron nuevos retos: familias, hijos, amores fallidos, trabajos de supervivencia, estudios, pero también llegaron los **premios florales**. Fueron los años de nuestro dominio avasallante en Santa Rosa de Copán, intercambiando lugares y seudónimos en estomacal lucha por echarse un par de pesos a la bolsa, pero Gustavo, José Raúl y Giovanni trascendieron las fronteras del pueblón y fueron reconocidos en la culta capital y en la capitanía general. No obstante, parecía que el centro de la capital del sudor nos había atrapado sin remedio, ya que nuestras vidas discurrían en un radio de un par de kilómetros, entre los antros de rigor (Kahlúa's, Misceláneas, Pedroza, el lugar sin límites, el café infecto americano, Klein), limitados a ese ámbito en razón directa al decreciente vigor de nuestras zancadas y la exigua capacidad de la "motora" de Ricardo, cansada de multiplicarse llevando borrachos al anca.

Ya para la segunda mitad de la primera década del siglo XXI vinieron cambios radicales. Sin abandonar una inveterada propensión a la bohemia marginal, de repente nos hicimos serios y publicamos libros, viajamos, abrimos **blogs**, adquirimos nuevos empleos y empezamos a encontrar nuestro sitio en el mundo, al grupo original se sumaron los más jóvenes quienes aportaron frescura y buen humor y todo marchaba bien y hasta nos acusaban de vivir en un falso Olimpo,

cuando "nos cayó el veinte" de un solo golpe. Y así, de golpe por el golpe, concluyeron nuestras aventuras en Wonderland, mientras veíamos caer las caretas de los falsos amigos, en tanto que el pueblo en resistencia era gaseado y toleteado en plazas y calles, decenas de compañeros caían asesinados y la sombra de la sospecha caía sobre todo aquel que osaba expresar su repulsa ante la mezcla nauseabunda de catolicismo opusdeísta, santurronería evangélica y jerga neofascista que caracterizó al gorilato micheletista.

Y el grupo se amplió, abandonamos el sentido original y atávico de la secta y nos conectamos con teatreros y músicos, con dibujantes y pintores, con grafiteros y poetas emergentes, con todo aquel que compartiera nuestra indignación; desencantados, renegamos de los sitios edulcorados de la periferia consumista y desandando el camino fuimos en busca del *omphalos* original, al llegar a nuestros oídos las primeras noticias sobre la existencia de una misteriosa *maison* en pleno Guamilito. Tampoco nos sorprendió demasiado que en la primera visita descubriéramos al amigo de antaño, hijo pródigo que un buen día decidió tornar al antiguo teatro de sus hazañas ochenteras para fundar una versión posmoderna de la comuna original, recinto amurallado donde ahora nos congregamos, bajo las ramas y al olor de los buenos cigarros, con la secreta alegría de quien ha vuelto a casa después de un largo viaje.

Mario Gallardo

(La Lima, Cortés, 1962) Licenciado en Letras por la UNAH. Profesor en la Carrera de Letras de la UNAH- VS. Miembro del consejo Editorial de la revista cultural *Umbrales*. Es narrador y ensayista. De 1987 a 1993 colaboró en las revistas Puntonuevo, Tragaluz, Cronopios y La Prensa Literaria; desde 1994 hasta el 2001 editó el suplemento Magazine Literario de la revista Magazine Sabatino de Diario Tiempo.

Ha publicado las siguientes antologías: *El relato fantástico en Honduras* (2001); *Honduras: Narradores del siglo XX* (Editorial Letra Negra, 2005), el libro de relatos de la tradición oral garífuna de Masca: *La danta que hizo dugú*; y *Las virtudes de Onán* (Editorial SCAD, 2007).

Escribir poesía en el país de los imbéciles

"Bajo el puente, mientras llueve, una oportunidad de oro
Para verme a mí mismo:
Como una culebra en el Polo Norte, pero escribiendo.
Escribiendo poesía en el país de los imbéciles.
Escribiendo con mi hijo en las rodillas.
Escribiendo hasta que cae la noche
Con un estruendo de los mil demonios.
Los demonios que han de llevarme al infierno,
Pero escribiendo."

Roberto Bolaño, fragmento del poema "Mi carrera literaria".
La Universidad Desconocida, pp. 7-8.

"He tomado una firma resolución, la de irme

a vivir para siempre a Oceanía.
Pienso terminar allí mis días, libre y tranquilo,

sin preocupaciones por el mañana
y sin la eterna lucha contra los imbéciles"

Paul Gauguin

La lectura infinita

Escribir poesía en el país de los imbéciles. Vaya título, aunque bien pensado es apenas un pretexto, nada más que una línea garrapateada para designar a

un diario de navegación. Piensen en el *logbook* de *Rayuela* que Julio Cortázar le obsequió, quién sabe con qué avieso propósito, a Ana María Barrenechea. Días y fechas, anotaciones, fragmentos, recetas, lecturas, sobre todo lecturas. Anotaciones sobre los libros que lee. Cortazariano al fin, paciente tibetano, Bardo Thödol y mandala, recoge notas íntimas, tiernas conjeturas sobre una existencia marcada por la literatura. Patético como Ignatius Reilly, con la equívoca e inútil arrogancia de algunos personajes de Coetzee. La reacción opuesta al "preferiría no hacerlo". Bartleby a la inversa: prefiero decirlo, prefiero escribirlo. Leer y escribir. La vida como una lectura infinita, sumergida entre negro sobre blanco, pero después de haber vivido, con el peso ineludible de seguir viviendo. Tomar notas diarias y ampliarlas durante el fin de semana, corregir y engrosar, los nuevos mandamientos: no eliminar nada, no dejar espacio sin ocupar, *horror vacui*, barroco posmoderno, el paisaje completo en un haba, la migración de los sentidos, adiós al significante tutor, el espacio estereográfico de Barthes…el placer del texto a ultranza.

Nota imprescindible: Evitar las alusiones, evitar a toda costa que los personajes se parezcan a cualquier insulso con ínfulas suficientes como para sentirse personaje de novela. Desaplicados, díscolos lectores, recuerden que todos los personajes aquí reunidos son absolutamente ficticios, y cualquier parecido con seres que medran en este mundo sublunar es pura coincidencia; además, es imprescindible enfatizar -

como dice Fresán: "en una aclaración obvia, pero nunca del todo innecesaria"- que el hecho que algunos pasajes estén narrados en primera persona no implica que el autor comparta ideas, haya protagonizado o justifique las acciones de quienes aquí cuentan sus vidas y sus historias y sus muertes. Evitar la nota al pie de página, "recordar que una historia no es más que el fantasma de una vida".

Un odradek portátil

Me veo al espejo y ¡zas!, ahí está de nuevo la incertidumbre terrible: ¿quién soy?, ¿a quién pertenecen esa nariz superlativa, ese elefante boca arriba, ese par de órbitas inquisidoras? *Doppelgänger* que te escruta con frialdad, no hay emoción en esa cara, es la de un extraño, un perfecto extraño, pero hay algo en su mirada que reconoces. Más que una información es un sentimiento, un indicio que te traslada, Wells mediante, al día en que platicaste con tus propias células (¡ah Timothy picarón, lástima que no te siguieron con la constancia y el entusiasmo necesarios! ¡cuántas guerras nos hubiésemos evitado!). La tarde feliz, a la orilla de la piscina, *blue lagoon* en medio de oasis bananero, el regusto amargamente delicioso de la cerveza que inicia su frío recorrido por tu garganta, y los cuentos de *Bestiario* en la otra mano: la pareja de hermanos, ese "simple y silencioso matrimonio de hermanos"; pero en esa época aun eras ingenuo y no atendiste a la insinuación (ahora, en este preciso instante, te imaginas a Julio, con un Gauloise entre los

labios y el vaso de vino en la mano que, irónica sonrisa de por medio, te dice: "pero ché, debiste aplicarle la misma lectura que a "Ciclismo en Grignan"). Misión imposible para ese imberbe lectorcillo de fines de los setenta que aun no había leído la sórdida confesión del Cronopio: "Creo que no he escrito nada más erótico que 'La señorita Cora'". Pero volvamos al *doppelgänger* que te mira. También hubo una noche doblemente fantástica, la noche entre los espejos del serrallo, la doble cara de la luna, arriba y abajo y a los lados, un entrevero de piernas y muslos, una cabellera negra, lujosa, que apenas deja ver un seno, una nariz perfecta, multiplicados hasta el hastío; y tu cara, de placer repetida hasta siempre, hasta nunca, perdida ya en la bruma alcohólica… Pero te gustaba también "Axolotl". También allí veías al doble, la doble existencia: el hombre y el anfibio, porque el ajolote es un anfibio. No equivocarse, no es un pez, recuerda: siempre investigar a fondo; no existen ideas generales Gregorovius, debes permitir que la Maga te cuente con lujo de detalles cómo la violó el negro en el conventillo. La investigación a fondo: Reino: Animalia, Phylum: Chordata, Clase: Amphibia, Orden: Caudata, Famila: Ambystomatidae, Género: Ambystoma, Especie: A. mexicanum. Ahí está: mexicano tenía que ser el bendito axolotl, aunque a Cortázar nunca lo he sentido muy proclive a lo charro. Aparte de "La noche boca arriba" (y es que este día no salimos del tema del doble) no le recuerdo otro cuento, otro relato, ambientado en la "región más transparente del aire". Sí lo intentó con Nicaragua, enamoramiento tan violentamente inútil, salvo por un

texto rescatado al ritmo de una proyección fantástica de diapositivas. Pero volvamos a los temas lisérgicos. Fue antes o después; no, primero fue el THC, y la cerveza, y el THC de nuevo. Lasitud, paz consigo mismo y con el mundo. *Peace and love*. Todo tranquilo. Y la casa que empieza a ser invadida por esos *odradeks* rioplatenses, porque está claro que fueron *odradeks*, lo que pasa es que Julio se resistió a ser explícito: la ambigüedad, ante todo la ambigüedad ché. Y para esa fecha ya la influencia kafkiana andaba como demasiado vista, casi casi cliché de oprobio. Pero no hay duda, hay un momento en "Casa tomada" en que resulta insoportable la respiración del *odradek*, que se cuela a través de las revelaciones de los hermanos. Parece demasiado arriesgado, un atrevimiento imperdonable, plantear a Julio como antecedente de Vila-Matas. Confieso que me encanta la idea: Cortázar como miembro de número de la "sociedad de los portátiles": Montano y Oliveira tomando una copa y fumando como desesperados en el Café de Flore. Además, ambos vivieron y leyeron y pensaron en París, con todas las posibles implicaciones que este hecho puede tener para un escritor, ya sea argentino o catalán o kurdo. Pero volvamos a los temas lisérgicos. Fue antes o después; no, primero fue el THC, y la cerveza, y el THC de nuevo. Lasitud, paz consigo mismo y con el mundo. *Peace and love*. Todo tranquilo. Después llegó M y su eterna propuesta de alcanzar estados alterados. Y esa tarde de viernes en el menú iba incluida una diminuta pastilla, cuya sorprendente dureza resistía a la cuchilla Victorinox con que intentamos dividirla. Finalmente logramos escindir el

átomo y cada uno guardó su electrón, "para más tarde, para cuando estemos en la playa". La playa, posibilidad remota a las cuatro de la tarde, después de media docena de cervezas y otra ración de THC disolviéndose a gran velocidad en el corriente sanguíneo, fue certeza incuestionable.

Escritores leyendo, escritores que conversan

Basta. A partir de hoy se intensifica la apuesta por la libertad. A cuenta de qué tanta precisión. Sustituirla por el título alusivo, el epígrafe salvador, el guiño al lector cómplice (o la cáscara de banano, una de dos). Pero lo cierto es que acabo de leer a Piglia y descubro varias frases antológicas, incluso parece que fueron escritas para ser recreadas en estas líneas. Y cuando Piglia habla hay que escucharle con atención, entre otras cosas, porque es de los escritores que siempre tienen algo nuevo e inteligente por decir. Contrario a los del boom, que ya parecen disco rayado, cada uno palimpsesto de otro palimpsesto. Lo telúrico en distinto envase: coroneles, generales, madrastras y tías, gallos y bananeras, revoluciones y héroes degradados, ilusiones y desesperanza. *América latina, marca registrada*. Por eso mejor sigo con Piglia, quien me está contando sobre la conversación y su importancia en la literatura, la conversación como elemento central de la literatura, y lo mejor es que incluye en este contexto a las discusiones en los bares y -quizás por eso- termina afirmando que las amistades entre los escritores son complejas y luego, axiomático, señala que "uno solo

puede ser amigo de un escritor si le gusta lo que éste escribe". Más de acuerdo no puedo estar, aunque no he sido amigo de ningún escritor, creo que tampoco he sido amigo de nadie, quizás fui amigo de R, aunque me acosté con ella y compartimos algunas horas de vuelo rasante y dicen que entre los verdaderos amantes no puede existir amistad, pero creo que R sí fue mi amiga, además nunca me importunó con celos ni aspiraciones de exclusividad o de ejercer soberanía sobre la ínsula barataria. Y conversábamos largamente. Ella me escuchaba y yo la escuchaba, nos escuchábamos, y luego hacíamos el amor, pero ahora que lo pienso éramos como dos solistas, dos virtuosos que se juntan para tocar una pieza que tiene bien marcadas las distancias entre ambos, y para quien escucha suena bien, suena muy bien, pero ellos nunca se encuentran, sinuosos jazzistas que se empecinan en sus *takes* particulares. Aunque quizás fui amigo de Q, poeta excelso, gloria universal que fuera inmortalizado en la publicidad de un banco local, tras haber distribuido las 200 páginas de su *opera omnia* en cinco inmortales cuadernillos de 40 folios, en los cuales, según S, el crítico por excelencia: "el clasicismo rezumaba en unos versos insólitos para la literatura nacional". Y Q había publicado sus juicios en el periódico dirigido por U, quien a su vez era amigo de S. Y hay que decir además que, en forma periódica, Q le reenviaba a U por correo electrónico los juicios que desde distintos confines del mundo le remitían sus admiradores, todos expertos en materia de las *belles lettres*, como el fiscal de Aracataca o la periodista hondureña que residía en Zimbabwe, quienes

coincidían de manera absoluta en que solo la abominable tozudez de los académicos suecos era la línea Maginot que separaba a Q del Nobel. Pero lo cierto es que con Q conversábamos con notable soltura y humor, quizás atizados por las rondas consecutivas de cerveza, y a mí me gustaban algunas de sus obras, no todas, pero algunas. Pero mejor volvamos a Piglia, quien está explicando a Villoro que por más que los teóricos de la posmodernidad afirmen que se acabaron los grandes relatos, que la verdad se ha retirado de escena, que la significación y el sentido no son la cuestión, hay un empecinamiento en la literatura, en los escritores, por persistir en la búsqueda de ese sentido, y los grandes momentos de la literatura tienen que ver con grandes personajes "que nunca abdican del intento de encontrar el sentido". Y luego Piglia pasa a enumerar y los nombres de Ahab, Herzog y Don Quijote resuenan en mis oídos. Y pienso, mientras apuro otro trago de cerveza, que yo podría añadir que en el sinsentido también encuentro sentido a lo que dice Piglia, y, émulo indigno, paso a enumerar y los nombres de Bartleby, K, Wakefield y Godot resuenan en mis oídos. Otras voces, otros ámbitos. Pero volvamos a los escritores que conversan y entonces Piglia menciona a Bolaño y yo me remuevo, como preparándome para lo que viene, que no sé a ciencia cierta lo que será, pero intuyo que será inteligente, que será original, y entonces Villoro, quien a su vez está conversando con Piglia, recuerda a los detectives salvajes y afirma que se dedican "a investigar poéticamente la realidad" y yo no puedo dejar de

pensar en Mario Santiago y pienso que quizás esta frase le haría atragantarse de risa o, en el mejor de los casos, quizás hasta le daría un abrazo a Juan y recordarían el largo viaje que hicieron juntos, cuando cruzaron a bordo de un autobús casi todo el DF rumbo a la presentación de un libro en la UNAM, y al llegar aquí no puedo dejar de pensar que en algún rincón de este fragmento, tan enrevesado y caótico, se dijo que "uno solo puede ser amigo de un escritor si le gusta lo que éste escribe", y entonces aprovecho para señalar que coincido con esta frase, que incluso quisiera elevar al rango de axioma, y así es como me siento amigo de Villoro, de Piglia y, cómo no, de Bolaño, y disfruto leyendo sus cosas y leyendo también conversamos y me presentan a sus amigo y así conocí a Vila-Matas y a Pauls y a César Aira y a Castellanos Moya, aunque a Lacho lo conocí antes…pero mejor paro de contar y me pongo a leer, que es lo mismo que escribir y escribir es conversar…

Pactos, autoficciones y enfermedades

Acabo de cerrar *El mal de Montano* y puedo decir con absoluta sinceridad que estoy enfermo de literatura. Pienso y vivo en medio de una sensación de asfixia casi total, es como si esa amante exigente y caprichosa se empeñara en apretujar sus muslos voluptuosos en torno a mi frágil cuello. Pero hay placer en ese agobio, la esperanza de que en el último aliento anide la disolución de los sentidos, la epifanía total. Y la misma enfermedad me lanza nuevamente de cabeza en el

libro de Vila-Matas y me pregunto cuánta carne del autor ha quedado hecha jirones en medio de la escritura del narrador, y paso revista a la teoría sobre ese género particular, nieto posmoderno de la autobiografía tradicional. Y releo a Lejeune y no puedo más que sonreír al recordar a la ***Association pour l'autobiographie*** (apa), fundada en el pueblo de Ambérieu-en-Bugey y dedicada a servir de referencia para quienes se atrevan a asomar la cabeza en el territorio "siempre extraño y aún indómito de la escritura del yo" (véase *El Pacto Autobiográfico* y las modernas prácticas de la literatura de la primera persona, entre las que se inscribe la autoficción). Y la conclusión, como ocurre con la mayoría de las teorías, es fácil de escribir: "La autoficción plantea la licitud literaria del uso de elementos autobiográficos combinados con las técnicas de la novela. No sería una novedad si no fuera por la pretensión de que sea considerada como un género nuevo y rompedor de fronteras. Se trata de que el lector no pueda distinguir el límite entre la verdad y la ficción". Pero -de nuevo inmerso en las páginas de *El mal de Montano*- no sé hasta dónde sea importante, o de algún provecho para la literatura, dilucidar semejante cuestión, aunque quizás sea producto de mi inveterada ingenuidad lectora, de la inefable condición de escucha siempre al borde del asombro, pero fiel a Coleridge, con la incredulidad suspendida a perpetuidad[1], eterno valedor

[1] In this idea originated the plan of the *Lyrical Ballads*; in which it was agreed, that my endeavours should be directed to persons and characters supernatural, or at least romantic, yet so as to transfer from our inward nature a human interest and a semblance of truth sufficient to procure for these shadows of imagination that willing

de la verdad de las mentiras. Y este, o así lo creo casi con absoluta seguridad, es quizás el único pacto que aún no he violado. Y mientras escribo estas líneas pienso en mi amigo el poeta de las causas perdidas, feliz tras su último hallazgo y regocijado ante la certeza de que la mayor muestra de amor a la literatura es su renuncia a la poesía, o al menos renunciar a la trasnochada idea de poesía que se tiene en los lindes nacionales, y al escuchar su último llamado siento que es mi par en esta lucha sin cuartel y también me invade la nostalgia y corro a abrir la *Historia abreviada de la literatura portátil* y con infalible certeza encuentro el párrafo que busco: "En fin, en cualquier caso, lo que está fuera de duda es que ningún portátil ignoró la existencia de la conspiración paralela, lo que demuestra que éstos valorizaban en grado sumo esa exigencia secreta del arte que consiste en que el artista sepa sorprender y sorprenderse ante lo que *es*, sin ser posible". Y a quien estas últimas líneas le hayan parecido crípticas en extremo, le recomiendo que pase revista a "Nuevas impresiones de Praga", para que descifre la "oscura negritud del mármol en la nieve" y comparta nuestro júbilo ante la danza inconfundiblemente *shandy* de Cendrars, Meyrinck y el negro Virgilio al compás de la habanera silbada por Rita Malú. Y no se diga más.

---

suspension of disbelief for the moment, which constitutes poetic faith. (Samuel Taylor Coleridge, *Biographia Literaria*, 1817).

Wittgenstein y la vieja ciudad

Cualquiera se pierde aunque porte una linterna en pleno mediodía si no goza del favor de un Virgilio que le lleve de la mano en medio de una ciudad vieja, y Praga es la ciudad vieja por antonomasia y su laberinto de callejuelas y plazuelas, casas nuevas y viejas, y casas ampliadas en épocas recientes, y si ese diseño se ve rodeado de bastantes barrios nuevos de calles rectilíneas bordeadas de casas uniformes, a Wittgenstein[2] le parece la metáfora por excelencia para definir la esencia del lenguaje, y a Meyrinck el entorno ideal para que albergue a su Golem. Y -vaya casualidades de la vida, y de la literatura diría yo- para insuflar aliento a su gigante de barro, el rabino se vale del lenguaje: con la palabra *emmet* (verdad) sobre la frente, el Golem le ayudaba a tañir las campañas de la sinagoga, pero un día se le descontroló y entonces

[2] "Cuando os enseño filosofía soy como un guía que os muestra cómo moveros por Londres. Os llevo a través de la ciudad de norte a sur, de este a oeste, de Euston al Embankment y de Picadilly a Marble Arch. Después de haber hecho varios trayectos por la ciudad, en todas las direcciones, habremos pasado por una calle determinada un cierto número de veces, cada vez atravesando la calle como parte de un trayecto distinto. Al final conoceréis Londres; podréis encontrar cualquier camino como si fueraís verdaderos londinenses. Naturalmente, un buen guía os llevará a través de las calles más importantes más a menudo de lo que os llevará por las secundarias; un mal guía hará lo contrario. En filosofía, yo soy un guía bastante malo."
Palabras de Wittgenstein extraídas de sus clases y anotadas por sus alumnos. Ver Ray Monk, *Ludwig Wittgenstein*, Anagrama, 1997, pág. 456.

tuvo que matarlo borrando las primeras letras hasta dejar la palabra *met* (muerto). Y es así como la literatura es vida y el lenguaje es como una ciudad vieja, y para darle orden a tal desbarajuste el escritor oficia de arquitecto urbanista: prescribe las nuevas edificaciones y proyecta nuevas vías hasta crear una figura que hasta entonces se escondía, insospechada, en la caótica telaraña de la cotidianidad.

A veces, o casi siempre que pienso en mi vida como escritor y en qué será de ese preciso momento en adelante, me siento extraviado, perdido. Y la incertidumbre es más grande en la medida que me doy cuenta que todo tiene que ver con la incapacidad de escribir con precisión, con eso que algunos llaman "propiedad", y que para otros se resume en la palabra "técnica", que para mí se define como escoger los significantes "precisos" para una situación específica o para la emoción o sentimiento que deseo expresar. Porque escribir literatura tiene que ver con insuflar vida a tu *golem* particular, pero esculpir *emmet* no es tarea fácil y, en algunas ocasiones, cuando parece que ya lo has logrado, el engendro se tambalea, avanza errático y sus pasos se tuercen sin remedio; entonces no queda más que resignarse y, sin posibilidad de enmienda, borrar la *e*, mandar el bulto de páginas a la mierda, que al fin y al cabo viene siendo casi la misma cosa.

Jorge Martínez

(Las Vegas, Santa Bárbara, 1964) Director de la Editorial Grado Cero y Productor de la Revista de Literatura Metáfora de Honduras. Co-Fundador del Movimiento Literario Poetas del Grado Cero. Guionista y productor de televisión. Continuó su carrera de Literatura en el Centro Universitario Regional del Norte (ahora UNAH-VS), donde dio a conocer sus primeros textos poéticos a través de boletines y suplementos literarios. Incansable animador cultural, coordinador de talleres literarios, de lectura creativa y editor, se ha dado a conocer sobre todo como poeta y ensayista. Dirige la Revista de Literatura Metáfora. Ha publicado el poemario *Papiro* (2004), *Las Causas Perdidas* 2010, y está por aparecer la novela *El Mundo es un puñado de Polvo* y su libro *Cadáveres Existenciales*, texto híbrido de su experimento poético.

La nave abandonada

Es la noche bajo la nave abandonada. En las ruinas los hombres carraspean sus voces tratando de encontrar la claridad de Jim Morrison. El paraíso del orden chorrea en la altura donde todavía quedan algunos neandertales con recuerdos de veranos y de instantes. Es la noche de los malabares. En la planicie salpicada de esquirlas tiemblan las luciérnagas. El destino, los pedazos de los bribones esparcidos en el aire. Solo la demencia y el partenoncito incendiado, hollinado en su mollera lógica. Los nuevos aprendices, los poetas, con sus manos bordadas y sus cabezas emulando el canasto de Dios, han descubierto la columna dañada. ¡Un escultor! ¡Oh, genio, ha recuperado El Castillo de Kafka y ha visualizado sin ninguna puerta al mamotreto! Cierto estupor ha congregado a la molicie. Alguien fuma desentendido, con los testículos al aire y absoluta desvergüenza. Los últimos, los Poetas del Grado Cero, que deberían estar muertos desde antes del diluvio, han corrido hacia la entrada del pequeño Partenón para recibir a la horda de nuevos narradores y mostrarles la abstrusa construcción kafkiana, como si en ello fuera la vida.

-¡Puta, mierda, es la última!
-¡Sí, pendejo!
- No la vayás a cagar diciendo culeradas.
- No, vo…si a estos cabrones del Grado Cero les vale verga…

-No les vale verga, vo, estos majes viven el pedo.
-¿Y qué ondas, qué les decimos cuando lleguemos?
-Nada, que qué pedo…
-Ahí vienen…

-¿Qui ondas? ¿Son escritores?
-Sí, narradores.
-¿Y qué pedo, qué narran?
-Ondas ahí, vo, culeradas… ¿Y qué pedo con la escultura?

-Mmmmm, pija de escultura. Mmmmmm, la chusma no sabe qué pedo con esto del arte. Pija de trabajo. Es gran pedo la escultura, snob se mira un poco, rococó, anormal. Se pulieron con esta mierda.

-¡Hey vos, maje! explicales a éstos qué pedo con la escultura de Kafka.
-Nada, vo, puro rebane esta onda. Yo la hice pero nada que ver con Kafka, Kafka es otro pedo. Kafka está encerrado adentro de ese pijazo de cemento. Nosotros somos los poetas, metámonos al pedo que Kafka hizo todo esto, pero nada que ver, puro rebane. Esta mierda no es nada, el arte no es nada, una cagada, una pila de mierda con forma de edificio. Antes todos estaban equivocados, ahora digamos la neta. Esta mierda no dice nada. Como dice Marito, es pura paja.

Los hijos de Caín

Predestinados por Baco surge una Logia capaz de arrancarle las greñas piojosas a la POESÍA (POETAS DEL GRADO CERO)

I

Solo para recordarte que la alegría es la única arma que no puede plagiarse.

II

La poesía sonreía con su dentadura diciendo "Ohhh, ohhh, bonito juego el de sus aretes y su peineta... Le importaría darme la receta o alcanzarme una copa de Tom Collins?... Luego llevaba un dedo a los labios y tomaba su vino barato..."

Pobre puta fascinada con los rizos...

En otro lugar, los Poetas del Grado Cero cavaban una fosa para enterrarla con todo y su larga pata de perra.

III

El encorvado diente de Satán tuvo su brillo una tarde en que Charles Baudelaire cantó una oda a Caín... padre de los hijos malditos de Dios...

IV

Ponte firme, coloca tu trasero en la pared de los edificios y no oses ceder un minuto a la usura... Todos los hombres piensan al doblar una esquina, pero olvidan hacia dónde los empuja su silencio... no digas nada inútil ni trates de seducir a nadie que no te lo pida... Esta noche es corta para los imbéciles y muy larga para los que conocieron su obra.

V

Más execrables, otros poetas dibujaron lunas azules con plumas de cisnes en la cima de los techos para decorar el sueño inocente de las habitaciones.

VI

No lo olvidés, escuchá el "psst" de tu lata de cerveza y reflexioná en tu tiempo.

Ya no creés en nada, ésa es tu verdad, y solo te queda un camino que lleva hacia tu otra cerveza.

VII

¿Para qué sacrificar tu vida por un sistema que solo se satisface a sí mismo? Ninguna recompensa te espera al final del día... nadie puede vivir bien, ninguna vida es posible después que te han cercenado el espíritu. El tuyo debes recuperarlo y nadie te acompaña en el viaje.

VIII

Somos fatuos, insulsos y borrachos, porque nada es más bochornoso que acostarse seriamente a considerar que la vida es algo más que una mierda... una mierda, una mierda, una mierda untada en la cara chistosa del universo. Los bellacos y bribones millonarios dueños del mundo arruinaron la vida y se cagaron en todos. A nadie adulamos, en esto somos serios.

IX

Las calabazas metafóricas y sus sutilezas estúpidas hicieron de la poesía una vieja antañona y escuálida. Los charlatanes se apropiaron de la palabra y la vendieron barata en los callejones. Sus máximas ininteligibles no penetraron nunca ningún alma, pero lograron consumar el tedio, el aburrimiento por las letras. Solo Baco, MAGISTER NOSTER, nos mantiene incólumes en la misión irreverente de no empeñar nuestra alegría a cambio de un triste reconocimiento literario. Decidimos matar y enterrar a la poesía con plena conciencia de causa.

X

La suprema felicidad es una especie de locura, nos señaló el viejo Erasmo de Rotterdam, siguiendo a Platón, nosotros no redescubrimos a Dionisos, como Nietzsche, pero quizás nuestra naturaleza libre nos conduce necesariamente al goce. Somos pedantes, no charlatanes y en nuestra mesa los puestos están contados, somos excluyentes, no le ofrecemos un vaso de vino a ningún mojigato porque las conversaciones inútiles son para los imbéciles.

Clonaciones

El Poeta clon

Es un idiota con la vida literaria alquilada. Le renta el estilo y la vivencia a otro poeta esencial que sí tiene vida propia. Todos los que imitan el estilo de los Poetas del Grado Cero *son* ***Clones del Grado Cero****, por ejemplo.* Pero hay miles de clones y es difícil no toparse con ellos en cualquier esquina, cibercafé o librería. Se caracterizan porque recitan los versos del poeta alquilado, frecuentan los mismos cafetines y sostienen conversaciones sobre el poeta de la renta. Ninguno habla de su propia vida.

El Poeta clon converso

Era un poeta clon nada más, similar al poeta anterior, solo que "oyó" que la narrativa es más "rentable" y se convirtió en narrador. El poeta clon narrador, le renta el estilo a otro poeta narrador, especialmente en boga, y repite sus párrafos de manera tan jactanciosa que no es difícil encontrar el parecido, ya que su imitación proviene de su inteligencia celular. Sueña con encontrarse un día con su poeta padre y tomarse una foto para realizar su proeza literaria: Su clonización ha concluido.

Los clones tardíos de Rimbaud y Lautréamont

Son idiotas muy parecidos a los Poetas del Grado Cero, porque, como éstos, quisieran haber participado en el asesinato de la poesía. Los clones tardíos de Rimbaud y Lautréamont rechazan a los Poetas del Grado Cero porque quieren la gloria de parecérseles en un cien por ciento de iconoclasia y malditismo. La dificultad de estos clones es que su poesía es malísima y sin sustancia.

El Poeta Fantasma Cibernético

Ratón del espacio, dedos recortados por efecto del uso del *"mouse"*. Lee rápidamente y conoce los rincones donde se esconden todos los poetas encapsulados. Tiene varios e-mails, varios nicks, varias contraseñas, varios grupos de contactos entre los que husmea a los poetas y narradores del momento. Tiende al robo o al saqueo informático. Se levanta temprano y sin lavarse el hocico se trepa temprano a la máquina. Abre los sitios de la farándula…ríe embaucando, copia textos que le suenan "interesantes"…busca en los blogs las novedades y maldice por qué a él no se le ocurrió antes. Manda comentarios a diferentes sitios. Crea blogs seudo-literarios que nadie nunca visita. No tiene valor de mostrar sus propios trabajos. Comenta de manera anónima el de otros, a veces con soltura, pero las más de las veces con sorna jactanciosa. Es hermano gemelo del Anónimo Agresivo.

El Clon Anónimo Agresivo

Es un temeroso poeta clon que no ha salido de su cápsula reactiva. Es un dulce hermano menor del Fantasma Cibernético del que depende emocionalmente para participar en las actividades del ciberespacio poético. Tiene poco manejo de informática. Usa de manera frugal la Internet, pero se enfurece cuando observa que otros le toman la delantera y crean *"productos novedosos"* en el ciberespacio. Entonces saca sus uñas y se alía con el Fantasma Cibernético. Crean Blogs Clones para ocultarse, escriben diatribas, parodias y descarados insultos con el estilo clonado de los agraviados. Les fascina la jerga informática, pero son mecánicos. Su visión es pobre o liviana, similar a la de los moribundos o los recién nacidos.

El Poeta Clon en Desuso

Este es el momento imposible para este poeta clon antiguo. Sus creaciones pasaron de moda tan rápidamente y ya nadie las encuentra en ninguna parte. Ocasionalmente usa al Fantasma Cibernético para informarse un poco de cómo andan las cosas en *"La Internet"* –poniendo énfasis en la frase para mostrar su marginalidad. Es un poeta que se siente más cómodo durmiendo y soñando despierto. Rebusca en viejos libros de poesía, algo para "reciclar" de sus propios gustos y escribe anquilosados versos idiotas que a

nadie le interesa leer. Evita la lluvia, los días demasiado soleados, las actividades públicas y las conversaciones demasiado juveniles. Todavía es un Poeta Clon Revolucionario que añora a Otto René Castillo y a Roque Dalton. Relee con nostalgia sus fracasos inéditos y se duerme temprano. Ronca como un motor de 8 cilindros averiado.

El Clon Total

No es poeta. Es un inútil con ínfulas intelectuales. Memorizador o garrotero por excelencia. Carece de vena creativa. Sus máximas vivencias se encuentran en un pasado tan remoto como la Grecia Clásica, o en las viejas aventurillas de sus amigos de infancia. Husmea entre libros que lee con fruición para encontrar algún retazo que le sirva de consuelo a su existencia. Lanza vituperios contra todo y contra todos. Es único en el ciberespacio. Se caracteriza por mantener su pulcra página alejada del contagio del estilo de los Poetas del Grado Cero. Mezcla estilos, roe aquí y allá. Copia recetas literarias. Se pone circunspecto cuando habla de literatura. Procede con rudeza y falsa modestia. Es un hábil plagiador de literatura. Parece genuino pero es clon. Un Clon de alta fidelidad.

El Poeta Emo

Los Poetas Emos son clones naturales de los Poetas del Grado Cero, pero con una grave falla de clonización. Famélicos y retraídos, aspiran a la muerte total de los signos. Solo la sangre propia les quita la

sed. Se disparan en los pies por falta de puntería creativa. Son narcisistas empedernidos con cierta dosis paíspoesible tendiente a la inanición. Su poesía aún está en proceso de creación, es inédita, rítmica y rayana en lo minimalista:

"Muer-
Muer-
Muert
Mu-
Muer-
Muert
Muuert---
Muerte…
A Aaa---laPo
Po
Po
Po Po…
Poesía Poesía"

El Poeta Punk

Es un fracaso en Honduras en donde surgieron dos o tres modelos de manera espontánea, clonados de algunos poetas cubanos sin oficio. El poeta Punk mezcla en sus poemas canciones rockeras de los noventas. Su aspiración es la vagancia literaria y su compromiso político nulo. Son tan débiles que no tienen ánimo ni de escribir…se levantan en la mañana solo a comer y se vuelven a echar. Como no hay muchos punk, se reúnen ocasionalmente y

permanecen hasta tres días haciendo el pase de vagabundos y mendigos en las proximidades de los mercados. Tienen sucias libretas en donde apuntan sus extraordinarios dislates con las más inverosímiles estructuras poéticas…Pocas muestras tenemos:

"Mi resaca
Mi resaca no me mata
Mi resaca no me mata aunque
Mate a mi mamá si despierto
hecho un estrago
yo me siento aún dormido
Yo
me siento
aún do
r
m
i
do
aunque mate a mi mamá
*Mi resaca n*o me mata…"

No son un clon de Los Poetas del Grado Cero, pero le guardan un gran respeto a la Logia a la que han solicitado participar ocasionalmente para conmemorar el aniversario de la muerte de la poesía.

Dennis Arita

(La Lima, Cortés, 1969) Es narrador y ensayista. Por su interés en la narrativa y el cine, hacia 1990 entró en contacto con otros lectores y escritores que formaron el Grupo Arlequín.

De 1995 hasta el año 2000 trabajó en la promoción literaria haciendo traducciones del inglés al español y escribiendo reseñas de libros que luego se publicaban en la sección cultural del Grupo Arlequín en Diario La Prensa.
Sus cuentos y ensayos han sido publicados en diarios, revistas y catálogos de arte en Honduras.

En el 2008 publicó su primer libro de cuentos *Final de invierno*.

Viaje sentimental

Comienza con una mentira. Catalina empezó a mentir cuando la primera nota de Enrique, envuelta en un sobre de cartoncillo azul, llegó a la florería la tarde de un lunes. Sus compañeras de trabajo vieron la nota sobre el mostrador de vidrio esmerilado y al mensajero que estuvo de pie, esperando una propina que nadie le dio. El sobre se quedó allí, entre los pétalos triturados y el papelillo de colores, hasta después del almuerzo. Ella llegó, vio el sobre con su nombre y lo dejó en la caja donde las empleadas ponían sus meriendas. Sus compañeras se preguntaron cuál sería el nombre del remitente; dos de ellas aventuraron una descripción, que Catalina fingió no escuchar.

Desde que vio el sobre, Catalina comenzó a mentir. Su mentira aún no tenía la forma definitiva de una frase o un gesto; era solo una vaga sensación, un presentimiento que tendría forma cuando abriera el sobre y viera el nombre de Enrique escrito en la nota, la caligrafía que a pesar del cuidado evidente de su ejecución no podía suavizar la brusquedad de sus ángulos ni la prisa de su escritura.

Cuando se encontró con Enrique en una cafetería del centro, la mentira era menos vaga que antes, pero a ella se le hizo difícil mentir de entrada.

Aunque jamás había tenido que decir una mentira, la asombró darse cuenta de la facilidad con que podría hacerlo, pero decidió aplazar la prueba hasta un momento futuro, si algún momento del futuro le exigía realizar el proyecto que imaginó desde que vio a Enrique entrar en la cafetería. Durante esa primera cita, Catalina eludió cuidadosamente cualquier mención de su padre enfermo. Pensar en su padre le trajo, con amargura, el recuerdo del viaje a la farmacia, que había aplazado para encontrarse con Enrique en la cafetería. Casi no hablaron. Ella estuvo absorta en la creación de algún detalle circunstancial que justificara la historia que contaría en una cita futura, aún no sabía cuál; no habría podido adivinar lo que Enrique pensaba mientras mezclaba el café y el azúcar. La ayudaron el ruido y los transeúntes de la plaza, que a esa hora de la noche paseaban bajo el cielo nublado.

—¿Cuántas veces has ido a la florería? —preguntó.

—Muchas —dijo Enrique—, no sé cuántas, siempre en la mañana.

—¿Y no habías dicho que me andabas buscando?

—No.

—¿Por qué?

Enrique encendió un cigarrillo y le ofreció uno a Catalina. Fumaron sin verse, hablando para sus tazas de café ya frío. La conversación fue como un

interrogatorio: ella hizo las preguntas que le parecieron necesarias, el rostro apenas disimulando el asombro, el cigarrillo quemándose entre dos dedos. Sin acabar de formularlo con palabras, Enrique entendió que ésa era la primera vez que Catalina tenía una cita o acaso la primera vez que aceptaba entrevistarse con un hombre.

—No sé. Por miedo.

—¿Miedo?

—Sí. No puedo explicarlo.

Catalina no quería explicaciones. Le bastaba suponer, adivinar, aunque eso le costara más.

Caminaron cuatro o cinco cuadras y Catalina se negó cuando Enrique propuso acompañarla hasta su casa. Inventó algo rápidamente, tratando de imponerse el recuerdo. Fue la primera mentira. Aceptó ser besada dos veces: una vez bajo una farola, sintiendo contra el flanco el roce del frío viento nocturno; otra, frente a su casa. En una de las ventanas, mientras Enrique le acariciaba el cuello y la besaba, contra la lámina de vidrio y la cortina, vio la sombra de su padre.

—Mi casa está lejos de acá —dijo, viendo de nuevo la sombra de su padre en el segundo piso—. Voy a tomar un taxi. Pero podemos caminar un poco más.

Tomó el taxi y lo dejó avanzar siete cuadras antes de decirle al conductor que se detuviera. Comenzaba a llover y Catalina, de pie frente a la vidriera de una farmacia, esperó veinte minutos y después caminó de regreso a su casa.

Su padre estaba sentado en el sillón de madera y tela, junto al gran radio antiguo. Estaba escuchando uno de sus interminables noticieros nocturnos. La miró entrar y cuando quiso levantarse ella hizo un gesto con la mano para indicarle que no se moviera.

—Voy a buscar una toalla.

Fue al dormitorio y regresó secándose el cabello negro, que le caía en ondas lustrosas hasta los hombros.

—Ya no hay medicina —dijo su padre sin reclamo en la voz; solo estableció un hecho conocido. Por el tono de su voz y por su ausencia de gestos, era como si la falta de medicina fuera un hecho conocido por todos, no solo por Catalina y por él. Ella se sentó frente a su padre.

—Disculpá —dijo, todavía secándose y viéndolo a los ojos—. Me agarró la tarde en el trabajo y no encontré ni una farmacia abierta.

—En la mañana todas estaban abiertas.

La irritaban las frases afirmativas de su padre. Hubiera preferido que dijera *¿Por qué no fuiste en la mañana?* O *En la mañana hubieras podido comprarlas*.

—Mañana voy a comprarlas.

Su padre tosió, primero débilmente y después con fuerza; al final, su tos fue un estruendo que llenó la casa donde solo un momento antes se imponía el silencio que a Catalina le gustaba sentir a su alrededor cuando regresaba del trabajo o de sus diligencias diarias. Ella se levantó, se acercó a su padre y le acarició el pelo. Vio las paredes de la sala. La asombró darse cuenta hasta ese momento de que en ellas no hubiera nada que delatara el pasado de su padre o de la familia, nada que demostrara su pertenencia a algo o a alguien: un paisaje de infancia del que ella o nadie pudiera decir *Estuve aquí*, un rostro en el que ella o nadie pudiera reconocerse. Rostros como anclas, como refugios en la tormenta.

El martes por la mañana, Catalina salió temprano después de preparar el almuerzo de su padre y dejarlo en el horno. Se despidió de él, hablándole como todas las mañanas a través de la puerta cerrada de su dormitorio, donde sin duda estaba sentado en la cama desde el amanecer, esperando el momento de la despedida para entrar en la sala, sentarse junto al radio y escuchar los noticieros matutinos. Mientras cocinaba, ella estuvo escuchando su tos lejana, odiando, reprochándose algo que ella se negaba a definir, odiando otra vez. Metió en su bolso dos

frascos vacíos de la medicina de su padre. En la farmacia compró dos puñados de pequeñas píldoras inofensivas, muy parecidas a las que él tomaba, y las usó para llenar los dos frascos.

Aún le quedaban más de tres horas antes de presentarse en la florería y las agotó paseando por el centro. Pasó tres veces frente a la plaza sin encontrar lo que buscaba. Almorzó en una fonda frente a la plaza, vigilando a los paseantes —no a los que iban a sus trabajos con maletines y rostros preocupados ni a los estudiantes con mochilas o cartapacios de colores: esos no importaban—, comiendo lentamente y sin hambre, sin sentir el sabor de la comida ni prestar atención a los ruidosos clientes de la fonda.

Esta vez, en la florería no había nota. El sobre azul, que Catalina podría haber confundido con el del día anterior y que abrió hasta la hora del cierre, traía una tarjeta ilustrada, con una dirección anotada de prisa. Comenzaba a reconocer, entre tantas otras conocidas o presentidas, la caligrafía de Enrique. Como todos los días, intentó y logró que los ramos sencillos se complicaran después de hábiles mudanzas y arreglos. Mientras trabajaba y miraba por la ventana de la florería a una mujer que solía sentarse en la acera de enfrente acompañada por una caterva de perros hermosos y voraces, pensó que no había comenzado a mentir por necesidad, por hastío o por vergüenza, que la estaban obligando a mentir y que sus mentiras no tenían porqué; pensó, entonces, victoriosa y atónita, que sus mentiras no admitían la justicia ordinaria. De

alguna manera la fastidiaba la sencillez de todo: el mundo es tan sencillo, que solo tras múltiples giros puede adquirir el aspecto de lo verdadero. Lo sencillo no es real porque nadie lo advierte o lo entiende.

Cerraron las cortinas metálicas de la florería y ella se quedó de pie en la acera, contemplando bajo el ocaso a la mujer de los perros voraces. Se alejó rápidamente, con la mente en blanco, dio zancadas largas y elásticas sobre el pavimento y en algún momento comenzó a correr. Cuando llegó a la plaza encontró lo que buscaba desde el lunes. Estaba sudando y en un estado que ignoraba: feliz o tal vez cerca de la felicidad o de la dicha.

Solo había hablado brevemente, una o dos veces, con el hombre y la mujer que estaban sentados, como casi todas las mañanas y las tardes, en la banca de la plaza. Catalina sospechaba que preferían aquella banca sobre todas las demás, aunque las demás estuvieran vacías; recordaba haberlos visto de pie junto a la banca predilecta, dignos, silenciosos, con sus trajes monótonos y perfectos, esperando que la desocupara un hombre que leía el periódico. Cuando el hombre se había levantado, vio a la pareja silenciosa y de alguna manera siniestra, dobló el periódico con lentitud y cuidado y se alejó viendo hacia atrás una o dos veces.

Sabía que el hombre y la mujer vivían juntos en un hospedaje en algún barrio tan silencioso como ellos y que los respaldaba, semejante a un título o un contrato, una época legendaria. Como muchos otros

antes que ella, pensaba que esa época fastuosa estaba hecha de imágenes y frases fragmentarias recogidas en cualquier lugar, con tranquila desesperación. El milagro consistía en la obligación o en la costumbre de nunca olvidar los detalles, en hacerlos perdurar a pesar de las variaciones, las permutaciones y los sobresaltos del relato. Atravesó la calle, llegó a la plaza y se sentó en la banca predilecta junto a la mujer, que podía llamarse Alicia o Adriana, aunque su nombre no importa, ya que basta con saber que era la mujer de Suárez y así se llamará de ahora en adelante. La mujer de Suárez no aparentaba los cincuenta años que sin duda tenía. Suárez tenía sesenta y un años; de bigote gris cuidadosamente recortado, miraba a su alrededor con una mezcla de agonía y reproche. Suárez y su mujer vestían generalmente de gris o de blanco y se sentaban sin inclinarse, en una postura que sin duda debía ser dolorosa. Catalina habló con Suárez exagerando la descortesía. Ni siquiera saludó.

—¿Un trabajo? —preguntó Suárez.

—Sí —dijo Catalina—, un trabajo. El pago es bueno y no hay que molestarse tanto.

—Cada fin de mes nos llega el dinero de la pensión —dijo la mujer de Suárez—. No necesitamos más.

Suárez, el rostro inexpresivo, vio a su mujer sin reclamarle nada. En ese momento, después de contemplar la mirada de Suárez, Catalina supo que solo él podía hacer el trabajo. Estaba fascinada por la

salud de Suárez, que parecía un coloso capaz de aniquilar a un oponente con una mirada o, si era preciso, con un golpe. Suárez era capaz de todo; como todos los héroes, podía sobrellevar las aventuras de este mundo y del otro y salvar los obstáculos con una sonrisa en su hermoso perfil romano. Catalina no quería parecer demasiado ansiosa, porque sabía que eso podía contrariarlos o, peor aún, darles un dominio sobre ella que a la larga habría chocado con sus planes.

—Cierto —dijo Suárez, después de meditar un rato—, pero siempre hay gastos que uno no espera —volvió a ver a su mujer, que estaba inmóvil y abstraída—. ¿Cuánto dice que puedo ganar por ese trabajo?

—¿No le interesa saber qué tiene que hacer para ganarse el dinero? —preguntó Catalina y casi de inmediato se insultó por preguntar demasiado. Después le pareció mejor conservar la naturalidad de sus preguntas, pero solo hasta cierto punto; lo que menos deseaba era exagerar—. Creía que eso es más importante.

La mujer de Suárez vio a Catalina con su invariable expresión abstraída y fría. Sin acabar de explicárselo, a Catalina la emocionaba la frialdad de la mujer de Suárez.

—Espero que no sea un trabajo indigno ni que él tenga que estar mucho tiempo lejos —dijo la mujer de Suárez—. No quiero que le pase nada malo.

Fue fácil averiguar que el dinero de la pensión de los Suárez no bastaba para pagar la renta y que a veces Suárez debía oficiar como testaferro de oscuros abogados para conseguir dinero. Por lo demás, comían poco o casi nada y habían llegado a convertir su dieta en un hábito tan riguroso que solían escandalizarse cuando podían comprar dos platos de comida en un restaurante y el mesero les servía demasiado. "¿Podría ser tan amable de reducir el tamaño de mi comida?", preguntaba Suárez, viendo el plato y al mesero con la mirada que dedicaba a los animales —que odiaba— y a la pelusa bajo las camas, y añadía: "Un hombre no puede comer tanto". No decía *No debe* porque cuando formaba su frase estaba precisamente pensando en el deber y no en su habilidad, casi olvidada, de aniquilar plato tras plato. "Cómo han cambiado las costumbres", decía la mujer de Suárez, viendo con algo parecido a la melancolía cómo su plato se alejaba para volver sensiblemente reducido.

Los Suárez aceptaron una invitación a cenar y después recibieron a Catalina en el hospedaje donde vivían. El hospedaje tenía cuatro inquilinos: los Suárez, un abogado y un artista que solo salía de noche. El apartamento de los Suárez era limpio y ordenado, pero a Catalina le desagradó que en las paredes hubiera pocos cuadros o diplomas. Suárez excusó la desnudez de las paredes; interrumpido a veces por la actividad febril de Catalina, revisó sus baúles y, desganado, hermoso y saludable, fue sacando antiguos títulos y, para sorpresa de su mujer,

litografías: dos paisajes de Corot y tres Canalettos desfigurados por el tiempo.

Catalina, jadeante y cubierta de polvo y telarañas, buscó martillo y clavos y colgó los hallazgos en las paredes, mientras Suárez descansaba en el sillón de cuero falso. Cerraron el trato: ella pagaría sus deudas y les pasaría puntualmente una cantidad mensual, que podría servir para sacarlos de problemas; si todo iba bien, podrían vivir más o menos tranquilos durante un tiempo bastante largo. Escribió sus instrucciones en una libreta de tapas azules, para escolares, que le entregó a Suárez.

—Una cosa —dijo antes de irse.

—¿Sí? —preguntó Suárez.

—¿Dejan tener perros en este lugar?

—¿Perros? —Suárez vio a su mujer, que estaba tan perpleja como él—. No estoy seguro. Lo voy a averiguar.

Catalina regresó a su casa a las nueve en punto y antes de entrar estuvo de pie en la acera, viendo la sombra de su padre en la ventana. Bajo el cielo y las nubes de octubre, imaginó y fijó las cinco o seis circunstancias que, desde ese martes, pasarían a formar parte de su vida. No pensó en rostros o en nombres: le bastaban las circunstancias. En contra de sus primeras convicciones decidió que era mejor que

todo fuera sencillo; desechó las complicaciones que le podía traer el exceso de minucias y optó por anotar mentalmente los detalles más importantes.

Su padre no hizo preguntas: ella le puso en las manos las tres pastillas inocuas y el vaso de agua y fue a la cocina para no verlo tragar y para hacer la cena. Esa noche, mientras escribía una nota para Enrique, no escuchó la tos pesada de su padre.

En los cuatro días siguientes perfeccionó el plan y previno los azares, pero sabía que no podría anticiparlos todos. En la florería encontró la tercera nota de Enrique, esta vez escrita en papel corriente, siempre dentro del sobre de cartoncillo azul. La caligrafía había mejorado: menos ardua, menos angulosa que al comienzo. Catalina no podría haber comprendido que el cuidado de la escritura se debía a la creciente perturbación de Enrique ni que la perturbación se debía a la duda. Se encontraron la tarde del miércoles, comieron, hablaron poco, como siempre, y Catalina se sintió por un momento lejos del muchacho delgado y bien parecido, de sus ademanes cuidadosamente elegidos. Enrique explicó la brusquedad de su nota, su violencia reprimida, su decepción incierta, y ella escuchó y encontró, por un azar feliz, algunas frases de sentido común que a Enrique le parecieron sabias.

Ella insinuó que ya habría tiempo para visitar a sus tíos, con los que vivía desde la muerte de su padre, y Enrique estuvo de acuerdo, aunque todavía no sabía

muy bien qué debía conceder y cuándo debía hacerlo. Dejó de importarle cuando la acarició frente a su casa, mientras ella veía contra la ventana la sombra del padre que Enrique no conocería jamás. Cuando se despidieron, Catalina dio al taxista la dirección de los Suárez, pero no entró en el hospedaje: solo quería acostumbrarse a la idea de viajar hasta allí o acaso imaginar, desde la acera del frente, los sucesos posibles o ciertos cuando por fin aceptara que Enrique la acompañara a visitar a sus tíos. Esa noche tampoco escuchó la tos de su padre.

El jueves encontró el cuarto mensaje de Enrique y lo guardó en su bolso. En la florería nadie había hecho ningún comentario sobre los mensajes ni sobre el comportamiento de Catalina; a ella le parecía mejor que las cosas siguieran su curso habitual y trató de imaginar la normalidad de sus actos mientras sus compañeras la veían atravesar la calle, en algún momento de la tarde, acercarse a la mujer de los perros, hablar con ella bajo el sol y entre los peatones y regresar con un chucho atado a una traílla de metal.

Era un perro pequeño, de ojos grandes y claros. Había un traspatio cubierto donde los obreros dejaban brazadas de flores entre los canteros húmedos y el olor a pétalos marchitos. Catalina ató al perro a un poste del traspatio y toda esa tarde las mujeres se turnaron para acariciarlo, darle nombres y atiborrarlo con la mitad de sus almuerzos. Esa noche, como el martes, no hubo encuentro con Enrique.

Los Suárez recibieron al perro con apatía; Suárez dijo que sería difícil mantenerlo en un lugar que ya era demasiado reducido para él y su mujer. Se quejó durante media hora, sentado en el sillón, mientras el perro, ya sin traílla, se le subía al regazo y le lamía la cara; la mujer de Suárez no estaba menos escandalizada que su marido, pero logró imponer una tregua vacilante recurriendo al café y los pasteles que Catalina había traído. Catalina hizo que Suárez buscara la libreta de tapas azules y escribió en ella nuevas instrucciones. Eran breves, como las primeras. Suárez las leyó en voz alta y su mujer, de pie junto al sillón, las repitió y cabeceó para aprobarlas.

El viernes y el sábado hubo encuentros con Enrique, que fue por turnos melancólico y alegre. El sábado, Catalina dijo que sí; su padre cenó poco, tomó las pastillas, se quejó de un vago dolor en una parte del cuerpo que no fue capaz de nombrar y pasó la noche tosiendo como nunca. Acostada en su cuarto, ella se tapó los oídos. No durmió en toda la noche.

El domingo por la mañana entró en la sala y vio a su padre. Si alguien le hubiera pedido describir la salud o la dicha, solo habría tenido que mostrar la imagen de su padre. De pie, blanco y sonriente, él hizo un par de bromas infantiles sobre el vestido de Catalina, se rio a carcajadas, tapándose la boca con la mano, y mostró una vergüenza también infantil cuando ella vio el desayuno listo sobre la mesa del comedor y las cortinas descorridas. La había cegado la luz que entraba por las ventanas y resplandecía sobre los vasos

y los platos. Intentó reprocharle su descuido y él se disculpó sin esforzarse demasiado, tratando de explicar, sin lograrlo, su salud repentina y extravagante. Se había afeitado y lavado escrupulosamente; se había puesto los zapatos de calle, limpios y pulidos. Después del desayuno sacó un cigarrillo del bolso de Catalina y fumó sin advertir las miradas reprobatorias y aturdidas de su hija.

—Me siento bien —dijo—. ¿Puedo pasar hoy por la florería? Podemos ir a comer algo al centro ¿te parece?

—No —dijo Catalina, que no había tocado su plato—. Hoy no podemos.

—¿Por qué?

Su padre era tan inquisitivo como ella. Terminó de fumar, se sirvió más café, le puso seis cucharadas de azúcar, lo revolvió, tomó un tenedor y comenzó a comer del plato de Catalina.

—¿Mañana entonces?

—Sí, mañana. Tengo que irme.

Todo lo demás no importa. Éste es el verdadero comienzo. Catalina se encontró en la tarde con Enrique en un café del centro y él percibió, sin comprender del todo o negándose a comprender, que Catalina estaba preocupada y absorta. Como otros

antes que él, prefirió no hacer preguntas; en contra de la costumbre, ella tampoco las hizo.

Suárez, mejor vestido que antes con la ropa que Catalina le había comprado, recibió a Enrique sin efusiones inútiles que a ella le hubieran desagradado. La imaginación de Suárez se reducía espléndidamente a los hechos y frases de su época prodigiosa; Enrique no encontró faltas, comió y admiró las paredes. Lo distrajo el perro, que llegó a resoplar contra sus piernas. De pronto, sin asombro, descubrió que no era feliz.

Siguieron hablando en la sala; la mujer de Suárez trajo bocadillos y una jarra de refresco. Fumaron mientras el perro sin nombre daba vueltas alrededor de la mesa y mordía el cuero del sofá.

—¿Quién trajo al perro? —preguntó Enrique.

Suárez vio a Catalina y luego a su mujer, de pie junto al sillón.

—Yo —dijo—. Mi sobrina no quiso al principio, pero es bueno tener un animal en la casa, aunque acá me he echado encima a los vecinos.

—Es bonito.

—¿Verdad que sí? —dijo Suárez, acariciando la cabeza y el lomo del chucho. Todos vieron al perro, que gruñó y mordió la mano de Suárez. Nadie sabía

que ya tenía dientes porque nadie se había preocupado de averiguarlo. Suárez gritó, maldijo entre dientes y dio una manotada al aire que asustó al animal. El perro gimió y corrió para ocultarse debajo del sofá. Había gotas de sangre en el piso y en el pantalón de Suárez. Tres gotas se agrandaron y secaron en la rodilla de Enrique. Suárez se puso de pie. De golpe Enrique sintió que todo era irreal, como si las luces de la pequeña sala irradiaran una blancura cegadora. Suárez se vio la mano que por alguna magia se había vuelto transparente, fue capaz de ver a través de ella como si fuera de vidrio, pero por la expresión en su rostro parecía estar viendo a través de su mano un monstruo agazapado en un rincón de la pequeña sala. Suárez dio cuatro pasos con una lentitud lastimosa, sin dejar de verse la mano sangrante, volcó al pasar la mesita y cayó de frente, como una torre. Nadie se había movido.

Enrique se puso de pie. Todos se quedaron quietos, observando a Suárez bocabajo en el piso, entre los trozos de vidrio. El único signo de vida de Suárez era su respiración tranquila y pausada. Después hubo un movimiento general: Enrique y la mujer de Suárez se acercaron al cuerpo y lo levantaron y Catalina entró en la cocina, fue hasta el fregadero, abrió el grifo, se lavó la cara y puso las manos bajo el chorro de agua fría.

Suárez tardó mucho en recobrar el conocimiento. Enrique le dio palmadas en el rostro y la mujer de Suárez fue a la cocina a traer un vaso de agua. Cuando entró, vio a Catalina inmóvil como una efigie de cera,

las manos en el agua jabonosa. La mujer de Suárez le tocó el cabello húmedo y la frente y, cuando entendió, se alejó de ella y la contempló un rato largo. Desde la cocina llegaban las palabras de Enrique, *¿Se siente mejor ahora?*, ahogadas por los truenos y el rumor de la lluvia que había comenzado a caer. La mujer de Suárez llenó un vaso y volvió a la sala, donde su esposo, tendido en el sofá, se quejaba en voz baja. Enrique estaba de rodillas, cubriendo con una manta el pecho de Suárez. La mano herida estaba cubierta con una venda manchada de rojo, apoyada en el brazo de sofá. La mujer de Suárez se acercó lentamente, caminando sobre las puntas de los pies.

—¿Cómo está ?—dijo.

—Mejor —respondió Enrique—. Creo que se hirió cuando quiso apartar la mano del hocico del perro.

Enrique tomó el vaso que le dio la mujer, puso una mano bajo la cabeza de Suárez, se la levantó y le dio de beber. Suárez sorbió mientras miraba a su mujer con gratitud.

—Le hubiéramos dicho a ella que no trajera al perro —dijo la mujer. Se quedó callada, con cara de niña que acaba de cometer una travesura, cuando Enrique la miró y luego dijo—: ¿No sería bueno darle algo de caldo? Quedó algo en la cocina. Lo traigo.

—No —dijo Enrique—. No creo que sea para tanto. Que se acueste y se quede ahí. Creo que tiene sueño y está débil. Sí: que se acueste.

Suárez cerró los ojos. Parecía dormir.

Catalina salió de la cocina y vio a las tres personas que sin duda, entre todas las personas del mundo, debían merecer más su amor o su desprecio, pero en lugar de aborrecer o amar, sintió un horror que al comienzo fue inexplicable. Cuando al fin pudo explicarlo, fue más horroroso que todos los horrores que su vida breve y absorta le había permitido conocer o imaginar. Suárez dormía o fingía dormir y su mujer, inclinada sobre el sofá, le peinaba el hermoso cabello canoso y le acariciaba el rostro. Enrique recogió los trozos de vidrio y pan en una bolsa de papel de estraza y después limpió el refresco derramado con un trozo de franela verde.

El perro había salido de su escondite. Estaba sentado, moviendo su cola recortada, con la lengua húmeda colgándole del hocico, mientras movía los ojos alegres y la loca cabeza sonriente. En algún momento se acercó sigiloso al sofá y olió la mano herida de Suárez, que la había dejado colgar hasta el suelo. El perro lamió un dedo, luego dos y al final la venda enrojecida. Suárez abrió los ojos e intentó decir algo. Su mujer vio los ojos de Suárez y después al perro que comenzaba a desgarrar a venda; gritó algo incomprensible y saltó hacia delante. El perro vio a la

mujer altísima y amenazante y retrocedió y volvió a derribar la mesa.

Catalina tuvo un impulso, quizá el primero de su vida. Aunque todo ocurrió en un instante, fue capaz de entender y la comprensión le llegó como un relámpago. Se atravesó entre el perro y la mujer y en ese momento supo que Suárez, su mujer y Enrique no eran parte de su sueño: eran su sueño, como las armazones de flores, hojas, ramas, alambres y papeles, como sus manos desapareciendo lentamente sobre los ramos que se armaban y desarmaban entre el arabesco de pétalos azules, rojos, amarillos y blancos.

—No lo toque, es mío —dijo sin alzar la voz, sin ver a la mujer, sin ver a nadie, como si hablara con el aire.

Recogió al perro y lo acunó contra su pecho. El chucho comenzó a jadear y a gemir sin debatirse. Nadie dijo nada cuando Catalina salió de la casa.

Afuera había caído una lluvia rápida. El asfalto bajo sus pies resplandecía y reflejaba la luna que desaparecía y volvía a aparecer entre nubes negras. Esperó un rato en la calle con el perro en brazos y no vio a nadie salir de la casa de los Suárez. Fue caminando hasta su casa sin detenerse una sola vez para descansar. Cuando llegó, se quedó junto al portón de hierro y entonces se fijó por primera vez en las flores silvestres que crecían en los arriates descuidados de ladrillo enlucido, verdosos de lluvia antigua. Bajo la luna, las flores tenían el mismo color

sepia y, trémulas bajo la brisa nocturna, solo pudo distinguirlas por sus formas, por sus tallos más o menos largos, imperiosos y elevados sobre la maleza brillante. Vio la ventana de su casa. La luz estaba apagada. Apretó al perro contra su pecho y sintió la lengua cálida sobre el rostro húmedo. Cerró los ojos para que esa sensación pudiera perdurar hasta el momento en que tuviera que abrirlos y ver nuevamente la ventana oscura.

José Raúl López

(San Pedro Sula, Cortés, 1970) Es licenciado en Letras con especialidad en Literatura por la UNAH-VS, en donde actualmente imparte clases. Primer lugar de los Juegos Florales de Santa Rosa de Copán, en la rama de cuento, 2007; tercer lugar en el certamen nacional de novela "Premio Hibueras 2008".

Una noche

Los ojos aturdidos mostraban la sombra, la calle peatonal; la sombra, y otra vez la calle peatonal. Una perspectiva de contrastes en el que las cervezas que nos habíamos tomado jugaban su papel. Fuera de óptica: montículos de edificios fantasmales, la luna como un dibujo sin colorear y la madrugada en su apogeo.

La risa de Luis se acabó con la misma rapidez que la bocina de un auto extraviado en la noche. La sombra, la calle peatonal; la sombra… fue entonces que vimos que enfilaba hacia nosotros. Brinco, sacudida, vértigo y una carrera que concluyó sin haber iniciado. El sudor de Luis también estaba presente en mi camisa. Desde el suelo tenía una envergadura de edificio, jirafa con el cuello desplegado; solo era humano su rostro: de pájaro, de espectro; de pájaro, de espectro, depende de qué lado se mirara. Una nueva carrera que se apoyó en la lucidez restante y se diluyó sin darle tiempo a las rodillas a enderezarse.

Venía hacia nosotros deslizándose. Compuesto de ballet y danza macabra, pies que no llegaban a tocar el pavimento.

La voz de Luis como un chillido: no tiene contornos, ojos profundos en un semblante chato, la nariz como

un agujero y había que ver la boca. "Padre nuestro que estás en los cielos…". Boca cavernosa, oscura, que profería gorjeos: rabiosos o tétricos, depende de la cerveza, de su acumulación en el nervio.

Lo más terrible era que nunca llegara. Sombra sin distancia, espectro en el que la condición de fatiga no llega a concretarse. De entre la turba de oraciones, la voz de Luis volvió a adquirir un timbre, sentido, significante: "Sus dientes, sus dientes, sus dientes…". Un resplandor fugaz para constatar la amenaza de sus colmillos, finos, acerados, horribles.

Estoy seguro de que ambos pensamientos se llenaron de lo mismo: Transilvania, el conde asesino, la tumba abierta, el crucifijo de plata, la estaca. Frenar la memoria… Ah, la estaca, perforar el corazón que insiste en la muerte. No hubo tiempo de resolverse. En ese momento la sombra se abalanzó sobre nosotros. Comprendimos su violencia. Un movimiento instintivo de último segundo permitió que evadiéramos el puñal, la sangre de sus ojos y su boca descomunal.

"¡¡Auxilio, socorro!!". No era mi voz sola, la de Luis también penetraba la madrugada.

Un segundo para que el pánico se sobrepusiera a las cervezas. Las rodillas respondieron, los huesos, el torso que se eleva del suelo. Nos pusimos fuera de su alcance y luego… otra vez: suelo, aire, pared, carrera; suelo, aire, pared, carrera. Quebrarse la nariz en el

concreto y ya no saber nada de los edificios fantasmales y de la luna sin colorear…

Nos despertaron el sol caliente y las mirabas curiosas de los transeúntes. Toda la vergüenza ensañándose en los cuerpos desnudos. Arrebato. ¡Vivos, estamos vivos, Dios, gracias! De la alegría pasar al agudo dolor de la garganta y a la comprensión de haberlo perdido todo.

The dance

Amalia pasa la noche sola. Se ha comprado unas flores e imagina que un caballero andante, todavía desquiciado, con armaduras medievales y otros aperos, las ha depositado sobre la mesita de noche. La luz multiforme del bombillo eléctrico va a marchitarlas antes de que acabe la aventura de esta noche.

Se viste su traje de ocasión: colorea la nariz, calza zapatitos de charol. Elimina las medias, porque ha aprendido que en los cuentos, las princesas solo tienen suerte hacia el final. Ensaya los elásticos muslos. El tocado es la parte central del ritual, lo hace y lo deshace, cediendo ante la criminal acusación del espejo.

Su calle no es como la de Alicia, llena de taxis; ni como la de Gretel, en plena zona viva, con esquinas encandiladas: se hunde y con pedruscos. Sus saltitos inciden en el agua estancada.

—Apúrese, hombre —grita al taxista—, el baile debe de estar en su apogeo.

La ciudad que le pasa ante la nariz es limitada como su fantasía. Sin minaretes, almenas o torres dentadas; pero tiene algo fantasmal, descompuesto, con trechos sumidos en una pintura de Rembrandt. Toscos tugurios amurallados. Graffiti.

La arrinconan el confeti y el desparpajo de caderas circenses. Ha llegado en el punto culminante, hierve la cerveza y el olor rancio del perfume sudado. En este momento, el anfitrión del palacio, con micrófono en mano, anuncia el inicio del "open bar". En otro cuento que ella recuerde era el instante en que la menor de las hermanas olvidaba la zapatilla al designio del dios príncipe.

La estampida no se hace esperar: el asalto a la barra concluye a gritos y trompicones.

Va quedando atrás, atrapada en la rugosidad de la esquina. La oscuridad le protege sus fáciles pensamientos; cree que las condiciones propician el desenlace del final feliz. El caballero que se fija en ella se presenta, adula su peinado, la invita a bailar. Es un baile mezquino, ellos dos alcanzando los compases de los timbales, sumergidos en el piano dulce; siguiendo el estribillo que habla de sentimientos encontrados. Del amor a toda prueba.

No sabe por qué los danzantes le hacen rueda.

El éxtasis crece con las revoluciones. Ya no escucha la música, oye el quejido que produce el alma al arrobarse; el murmullo del pasado, acercándose. La vida que se le atraviesa en la garganta. Todo gravita, incluso las carcajadas de los que se burlan. Se siente cerca del momento en que la carroza real va a detenerse frente al portal de la discoteca y conducirla a un país ignoto.

Cruza a nado la pista. Nada detiene el palpitar de su juventud retozona. Los pies pisan el aire, brazos que se estorban. Un vaivén de vestidos y encajes; el talle que es ceñido. Casi percibe el agitado volumen de la espada medieval, despertando la muerte que hay en ella.

Ya no le interesa nada del mundo.

Tropezón en pleno auge. Otras manos la salvan del piso trillado. El caballero se disuelve en las luces y Amalia pasa de nuevo la noche sola.

Mozas

Un entramado de voces itinerantes como ámbito. Cloquean las impresoras, zumban las máquinas de escribir cubriendo el pequeño espacio destinado a las voces. Timbres por todos lados, anunciando el triunfo de los aparatos móviles.

Su odio es tan desesperado como intenso. Férreo puñetazo en la nariz de las dos mujeres. Amar al mismo hombre compromete las ventajas de una sociedad en miniatura. Las anula a ambas. En vez de una voluntad lastimada, hay un conjunto. Es cuestión de alinearse en algún bando.

El tren no quiso parar en la estación de Mónica. Rafael ha evitado que se siga marchitando; no obstante, se marchita. Dalia es capullo, brote impetuoso; todavía tiene esperanzas. Para ella, Rafael es la culminación de una serie de procesos desalentadores que se ha ido saltando.

El hombre Rafael conlleva una suerte de cinismo. Maneja las máquinas, los números le obedecen, hace cálculos infinitesimales con las computadoras. Como sorprende e impone, es fácil que lo amen. No es buen mozo, pero sus hazañas hablan por él.

Ocho horas al día se restriegan su odio: Mónica adusta, experimentada; dispara el látigo de las palabras

ponzoñosas: "Es una cualquiera, mirá las faldas que se pone". Dalia es gráfica, multiplica los ademanes: "Parece monja, uñas escondidas". Al final de la tarde es un reguero de odio que ha salpicado toda la oficina.

¿Por qué no decidirlo de una vez a los golpes? Imposible, el patrón se enojaría. Irían los tres de patitas a la calle; es mejor así, que cada acción sea una medida contra la otra. Un revés a su dignidad. Mónica, agazapada en su máquina; Dalia, entre un racimo de teléfonos.

El ambiente se torna irrespirable. Todos están de acuerdo en que viven en un colchón de pólvora. Además, el patrón ya lo sabe. Su sentencia se mantiene en el aire, espera, de un momento a otro decide extirparles: el trabajo apremia.

Los más antiguos se inclinan por un cese al fuego definitivo. Los entusiastas, más jóvenes y con menos salario, se conformarían con un acuerdo en zona franca. Los tres ante una mesa de restaurante barato construyendo la brecha que los ánimos caldeados niegan.

Ninguna quiere saber nada de paz.

Es cuestión de suerte. Un desborde de vejigas las pone en el sitio adecuado. Se miran, ninguna cede el espacio a la otra; nunca su odio ha alcanzado un pico tan definitivo. Afuera hay un mundo de artefactos detenidos, una tensión que ciñe. El espejo traduce sus semblantes: tiemblan, cierran los puños, chasquean los labios, amenazan.

Un paso, dos, se acercan… Nadie sabrá nunca quién fue la primera en ceder a la voluntad del beso. Es tarde, el beso propició las debidas inclinaciones; ya no pueden frenar los deseos: las manos se deslizan ahora por los felices sitios conquistados.

Jessica Sánchez

(Lima, Perú, 1974) Nacionalidad hondureña/ peruana. Licenciada en Letras, con una maestría en Estudios de Género. Ha trabajado con organizaciones de mujeres y ha realizado investigaciones para organismos internacionales como la OIT y el BID.
Medalla de plata en los Juegos Florales de Santa Rosa de Copán, 2002. Es miembro de la Red de escritoras latinoamericanas. Ha trabajado en producción y distribución de la revista Letras de la UNAH- VS, (1995-2001). Coordinadora del Consejo Editorial "Capiro" (2000-2002). Diseño y montaje de la campaña radial sobre Derechos Humanos de las Mujeres en Honduras (1996-1999). Tiene algunos trabajos publicados en: Antología de poemas. *Mujeres poetas en el país de las nubes*. México D.F. (2001-2003). Coproductora de La llorona: Agenda de mujeres hondureñas (1995). Ha publicado trabajos en Ciencias Sociales. Compiló la *Antología de cuentistas hondureñas* (Letra Negra, 2005). Acaba de publicar su libro de relatos *Infinito cercano* (2011).

Insomnia

Algunas noches me levanto de la cama con una extraña ansiedad, un profundo dolor que comienza en el hombro izquierdo extendiéndose hacia el brazo y la mano, llegando a apoderarse de todo mi costado. A veces el dolor es tan grande que me deja inmovilizada y me es imposible caminar erguida al día siguiente. Es evidente que tengo problemas con el lado izquierdo.

A pesar de que me han practicado casi todos los exámenes posibles, de una manera minuciosa, éstos no me aclaran nada, aparentemente soy una mujer sana y muy hipocondríaca. Eso hace que los doctores me miren de forma sospechosa e incrédula cada vez que les doy los detalles de la enfermedad que me devasta el alma:

—No tiene nada, señora, lo suyo es estrés, agotamiento emocional.

Es una mujer muy preocupada, ande, descanse y tómese un tiempo de relax que ya verá que le va bien.

—Señora, necesita unas ampollas de vitamina B12 para que su cuerpo le responda, así revitaliza su sistema nervioso.

¿No será que tiene muchos problemas? Mire, esta vida no es de preocuparse tanto, las cosas no son tan terribles. La vida pasa y las cosas quedan.

—Lo suyo es maña, no tiene nada. Váyase a su casa y busque en qué ocuparse, esa es la mejor terapia.

Sentada como autómata en un extremo del sillón, no siento que las afirmaciones me reconfortan. Al contrario: una mano invisible me aprieta el corazón y lucho por no gritar; por no salir corriendo para desnudarme en medio de la calle a llorar de cansancio. Entonces entiendo que mi mal es mucho peor, un hálito invisible, un ilusionista que solo deja ver lo que quiere a los extraños, sin compartir jamás el secreto de su magia. Miro a los médicos desde el rincón del odio y me repliego, abriéndome paso en el infinito mundo de posibilidades entrañables, pócimas y remedios de la infancia. Mi mente pasea en otra parte.

Paso lista a los remedios caseros:

√ Infusiones de valeriana y tilo
√ El vaso de leche antes de acostarse
√ El ejercicio físico para caer rendida
√ Procurar un ambiente pacífico y relajado
√ La meditación
√ Evitar las emociones fuertes, los sobresaltos o los enojos imprudentes
√ Las pastillas (no vaya a ser una cuestión hormonal)

√ No tomar ninguna sustancia estimulante durante el día y mucho menos antes de acostarse (entiéndase café, chocolate, chiles o dulces)
√ Evitar las preocupaciones (qué cosa tan absurda ¿alguien puede?)

Entiendo que el insomnio puede llegar a ser una vocación solitaria. Llego a mi casa y oigo la mitad de lo que mi marido me dice. Él, a cambio, me escucha también solo la mitad. Mi hija hace un escrutinio exhaustivo en mi cara, buscando borrar con sus manos las huellas de la falta de sueño, luego se baja de mis piernas y preocupada me hace dibujos de familias felices para que yo pueda reírme también. Y sonrío, mientras hojeo un papel, una revista, cualquier cosa que me aparte de su carita feliz e iluminada para no sentirme culpable cuando le digo que las niñas tienen que dormir temprano, como sus mamás.

Las noches se acercan besándome la cara. Siento frío. Los colores que se van dibujando son más oscuros, pasan de una tonalidad azul poco profundo a un azul marino y después azabache, casi negro.

Me pregunto si las respuestas del infinito se encuentran en ese inmenso espacio azul. Recuerdo viejas historias de brujas, fantasmas o aparecidos y solo puedo decir que en mi larga lista de noches recorridas no me he topado con ningún ser espectral que aparezca a la vuelta de los cuartos para tenderme la mano. Ni voces ni murmullos. Únicamente el silencio. Y este dolor atroz que no me deja llorar. Me

envuelve y no me siento. Solo soy un corazón izquierdo, un dolor izquierdo, un brazo atrofiado. A veces creo que éste me marca, que atraviesa mis sentidos y se instala como una gran cicatriz sobre mi mejilla izquierda y es inconfundible. La marca del insomnio. Recuerdo cada cosa que me duele para convocar el llanto y hay ocasiones en que éste demora en aparecer. A veces acude pronto y solícito, como anhelante. He notado que conforme pasan los años las lágrimas se van haciendo más ardientes y menos copiosas. Más difíciles de encontrar.

Cuando vivía con mi madre me entretenía pasando la noche frente al televisor, ella se levantaba convocada por la claridad reflejada de la pantalla.

—Apagá esa luz, que no me deja dormir.

—Ya voy madre, ya voy.

La cuestión es que la apago y sigue prendida. Me ilumina por dentro, permanentemente.

Ahora no veo más televisión. Escribo. Las lágrimas caen sobre el papel que desdibuja las palabras por completo y sé que mañana me convertiré en mi peor crítica y borraré de un tajo todo lo impreso o lo tiraré en la basura. ¿De qué sirve? ¿Para qué escribir sobre la locura, la muerte, el insomnio? Nadie quiere leer eso, nadie quiere complicarse la vida con las manías de otros; particularmente si ese otro es una mujer con

rasgos claramente histéricos y por demás hipocondríacos.

El ilusionista que vive dentro de mí se ríe y yo me carcajeo con él, me oprime el corazón pero no importa, igual me río de la futilidad de mis esfuerzos. Sé que vive en el borde de mi cama y de mis recuerdos. Por un brevísimo instante me siento su cómplice y me veo como en el espejo, él dormido y yo recorriendo los rincones prohibidos de los sueños, buscando, eternamente despierta.

Un baño de agua tibia y saltar medio dormida a recorrer de nuevo la programación de la tele. Busco frenéticamente las pastillas azules para dormir y las encuentro en algún rincón de la cocina. Tomo una, lo suficiente como para entrar en la inconsciencia y no andar como *zombie* al día siguiente. No son recomendables, dicen los doctores, son adictivas. Una cosa más a la lista, pienso yo.

De día pruebo con el grupo de autoayuda. No me funciona porque duermo y tengo pesadillas, un lago profundo, un bosque donde estoy perdida y sola, gente en pedazos, un bebé gigante que llora y me abruma. Me obligan a contar la historia y repasarla una y otra vez.

Recuerdo a mi madre y sus constantes sobresaltos: —Que viene ese hombre y me va a sacar a la calle desnuda, me agarra dormida y me mata, por dios que me mata, hay que dejar encendida una luz para ver a

qué hora viene; y dormite con la ropa puesta porque a la hora que nos levante estaremos listas.

Y así era, mi padre llegaba a buscar al amante imaginario que ella convocaba en sus horas de soledad, debajo de las camas, en los cuartos y en el baño. No lo encontraba porque casi siempre estaba en estado de levitación suspendido en el techo, mirándonos de reojo. Papá se enfurecía y buscaba un cuchillo para obligar a mi madre a decir la verdad y ella le sonreía con desprecio mientras el amante imaginario se colocaba detrás de ella, divertido.

Después era nuestro turno: blandía el cuchillo mientras mi hermana y yo lo mirábamos. No decíamos nada, chillábamos hasta ponernos afónicas. —Para que aprendan —decía él—, para que no piensen que me pueden engañar.

Luego, cuando nos abandonó (mi padre), la paranoia se instaló cómoda y sutilmente entre nuestros ojos: los ladrones, la gente que anda por ahí, las cosas que se roban. —¿No te diste cuenta la otra vez que se le metieron a Doña Chana? Y después unos ruidos en el zinc de la casa, aquí también quisieron meterse, si no hubiera sido porque hice aquellos ruidos, aquí de sobra nos matan y nadie se entera.

— ¡Cállense!, dejen de reírse, ¿quieren que nos encuentren? Esas cosas pasan en el momento menos pensado, una espera toda una vida y ¡zas! lo que no pasa en toda una vida pasa en un momento, como la

vez que te metiste una espina en el pie, ¿te acuerdas? que estabas diciéndome que nunca se te había metido una y cuando te dije ¿qué pasó? Ahhhh, pero no hacen caso...

—Apagá esa luz.

—No puedo, madre, está prendida en mis párpados.

Llevo un diario como terapia y descubro que eso me ayuda, me vacía un poco. Escribo, escribo, escribo. El ilusionista se va, pero regresa y me observa. Escribo sobre mi abuela prendiendo las luces a medianoche porque había visto otras luces sospechosas verdes y amarillas en los rincones de la casa. Destellos fosforescentes que llamaban su atención y no la dejaban dormir, acompañadas por los cantos de los gallos, que no es por nada que cantan a medianoche - un ánima en pena o una botija sin encontrar—, dinero maldito al fin de cuentas.

Escribo sobre mi abuela comprando zapatos de suelas especiales para levantarse de madrugada sin hacer ruido y no despertar a nadie; haciendo sus rondas nocturnas y sentándose en la silla mecedora a leer revistas viejas. Recordando a su hermano, el ser que más amó en esta vida. Ella, que estaba incapacitada para amar.

También escribo sobre mi otra abuela —la madre de nuestro padre psicópata—, despertando y tocando a la puerta del cuarto donde dormíamos con mis hermanas

cuando llegábamos de vacaciones. Mirándonos amorosamente mientras extraía cuidadosamente una piedra lumbre de sus bolsillos y la pasaba por nuestro cuerpo musitando oraciones, haciéndonos una limpia para sobrevivir en el infierno y una cruz de saliva para que siempre la lleváramos presente. Ella, con sus trenzas blancas y su piel cuarteada como papel de pergamino viejo, pensaba en nosotras.

Termino las últimas palabras y el dolor que desaparece por completo. Por unos instantes, tan solo por unos momentos, porque mis abuelas no están y Mamá Rosa con su piedra lumbre no podrá convocar el sueño.

—Apagá la luz.

—No es necesario, ella sola se apaga.

El contorsionista se ha marchado esta vez y mi corazón descansa. Respiro mientras el diario resbala por mis dedos. Mañana tendré que contarlo en mi grupo de autoayuda.

Punto G

A mis amigas
y al Gordo, por supuesto.

Mi primer orgasmo me agarró de pura casualidad. Adolescente y enamorada, poco sabía de las virtudes del amor y el sexo, no más de lo que mis pensamientos afiebrados me permitían; encerrarme en mi cuarto, cerrar los ojos e imaginar escenas lascivas de besos, cuerpos desnudos y humedad, mientras notaba cómo un calor intenso se iba adueñando de mis miembros y rogaba que no me entrara la fiebre, porque entonces tendría que inventar una y mil excusas para justificar la calentura.

Ese día, concretamente esa noche, pensaba en él. En la cama, mientras mis fantasías rodeaban mi cuerpo, empecé a tocarme lentamente los senos y bajé hasta el ombligo y el vientre, deteniéndome brevemente en cada uno. Luego encontré el monte de Venus y mis dedos bajaron audaces hasta los labios mayores, acariciándolos poco a poco, saboreando el momento, mientras yo misma me decía dulces palabras de amor. Y de pronto me detuve. Como en un flash, recordé la vez que mi madre me sorprendió tocándome la vulva y me regañó fuertemente "¡Las niñas no hacen eso! ¡eso es malo! ¡una se toca eso solo para bañarse!". Pensé qué cosa podía ser tan mala como para referirse

a ella como "eso"; así que no le hice caso y lo intenté otra vez; y otra. Hasta que mi madre me pescó por el olor de mis manos. "Tus manos huelen raro", dijo, me las tomó de improviso y las llevó a su nariz, olfateándolas, como gata salvaje. Luego me pegó en las manos y me dijo que si volvía a sorprenderme en esa clase de actos me iba a ir peor. Me envió a lavarme, con la pronta advertencia de que "las madres todo lo sabemos". Sin embargo, yo aprendí una cosa: cuidado con los olores. En especial con ese olor dulce y picante que delataba la presencia de esa humedad que existe entre mis piernas.

El resto lo hizo la escuela de monjas: "Dios está en todas partes, por mucho que te escondas, por muy oscuro que sea el lugar donde estés, ahí está Dios viéndote". No fue tanto el temor de que Dios me viera haciendo algo incorrecto, sino la idea de un Dios voyerista que perdía el tiempo espiando esa clase de acciones, mientras había cosas más importantes que supervisar. Me molestó y no lo volví a intentar, hasta ese día.

Después de la reflexión seguí. Deseché todas las ideas de un plumazo, diciéndome que ahora que estaba grande y enamorada bien podía enfrentarme a algún tipo de acusaciones formales. Y encontré mi pedacito redondo y rosado, que me había causado tantas sensaciones inciertas de pequeña. Empecé a jugar con él, primero de pasadita, luego con movimientos circulares, mientras una sensación desconocida en las entrañas me iba subiendo por el

vientre, pidiéndome más, cada vez más. Paré y seguí, intermitentemente, hasta que exploté. Me estremecí y quedé agotada, con la boca seca, sin saber qué hacer o qué decir. Un escalofrío recorría mi espalda, mientras observaba las diminutas gotas de sudor que aparecían en mi cuerpo. Noté algo más, no tenía fiebre.

Desde entonces, la masturbación fue mi consabido remedio para las alteraciones bruscas de temperatura y para las ansiedades más recurrentes, así como una eficaz alternativa contra:

A: Malos amantes
B: Novios acosadores y/o con instintos violentos
C: Eyaculadores precoces
D: Rupturas imprevistas de condón y embarazos no deseados.

En los años siguientes se inició una búsqueda frenética por encontrar el Punto G. En los libros, en las conversaciones de las amigas, en una rueda colectiva donde cada una hacía su representación onomatopéyica del orgasmo: gemidos audaces, fuertes, roncos, pujidos, la mayoría de las veces casi bramidos salvajes. Nada parecido a la hilera de gritos histéricos que emiten las actrices en la televisión.

Probé con las láminas y los amantes. Explico, por un lado miraba atentamente las láminas de biología, para ver en qué punto —según las referencias bibliográficas— se encontraba el Punto G. A partir de allí, les decía a mis amantes: "allí no, un poco más

arriba, de este lado, sí, tal vez allí". Con los años jamás pude encontrarme el dichoso punto, que con solo tocarlo me haría estremecer de placer y tener múltiples orgasmos. Nada de eso.

Hasta que conocí al Gordo, en un bar, es mejor que decir: en una aburrida reunión política de objetores de conciencia y, cosa rara, estuvimos hablando durante horas, casi hasta el amanecer. Lo nuestro se convirtió en una relación de placer por compañía. Nada más. Sin sexo. Me hacía reír, lo confieso, una cualidad extraña en un hombre. Alguien que esté contigo para hacer que te sientas bien, para festejar la vida, nada más. Por ese entonces tenía un novio con el cual hacía las cosas formales, que deben hacer las chicas serias, salir con ellos, visitar a las familias, conversar obligadamente y llegar hasta un punto en el cual tenía que decir que "no, todavía no, un poco más arriba", pero nada de penetración, por si las dudas. Toda esa renuencia equivalía a años de decepción y frustraciones, de promesas de matrimonio, casas, hijos y trabajos, pero ningún indicio del famoso Punto G.

Entonces decidí, en las noches de insomnio —por las calenturas mal habidas y nunca saciadas—, que nada perdía para mi investigación probar con el Gordo, ya que le tenía tanta confianza y le había agarrado tanto cariño. Lo que saliera mal podría remediarse con risas solapadas, con vergüenza, pero siempre con un toque de humor. Cuando se lo propuse fue incómodo, con un silencio y un abrazo de convencimiento a medias. Apagamos la luz del cuarto

—su cuarto porque fui yo quien había ido a buscarlo. Tratábamos de mirarnos en las sombras y adivinarnos como dos animales que miden sus distancias. Poco a poco nos fuimos acercando entre besos y caricias, un beso húmedo y cálido a la vez; sus dedos empezaron a hacerme pequeñas cosquillas en el cuello y me solté a reír, mientras la imagen del novio formal pasaba a formar parte de un conjunto borroso en algún lugar vacío. Sus manos revolotearon sobre mi cuerpo, deteniéndose en las zonas más sensibles de mi cuerpo, en la espalda, en la base del cuello, en mis labios, en mi cara. Él dibujó mi cara con sus manos. Yo las besé. Me llevó a un mundo de sensaciones que solo tenían sentido, por primera vez, si estaban con él. Avancé por un camino brillante y desconocido, lleno de olores picantes, saliva y desnudez.

De pronto sentí que me consumía en un fuego misterioso, mi boca no era mía, mis manos tampoco eran mías, ni mis pies, ni mis dedos, ni siquiera mi voz. Me convertí en un manojo sudoroso de nervios pegados a la otra persona, en una especie de simbiosis donde todo era uno y donde quería ser subsumida, sin parar, hasta el fin. Una parte de mí notó que yo temblaba de una forma incontenible. Él acabó y yo todavía temblaba. — ¿Cómo te fue? —me susurró a lo lejos. —Todavía no —le respondí. Entonces bajó sus manos hasta mi pequeño tesoro rosado y sonriendo me dijo —Te ayudo. Fue entonces, con sus manos y las mías, que me perdí en un mar de gozo, desde donde una niña pequeña me miraba y le tendía la mano a la mujer que eran una sola. De una u otra

manera me hallé parada en medio del sol, deseando ser el sol, implorando con una sonrisa por la luz y el calor.

Di la vuelta y me acurruqué junto a él, guarnecida. De ese modo supe que mi búsqueda había tomado una senda distinta. Ya no serían las láminas ni los libros de texto ni los comentarios fugaces los que aliviarían mi curiosidad, sino un mundo diferente de sensaciones. No necesitaría más que buscar los colores que habían empezado a abrirse paso dentro mi cuerpo: una pintura, un espejo donde estaría reflejada y me observaría sin vendajes, desnuda y voluptuosa, irreverente y confiada, sosteniendo entre mis manos las reservas inagotables, cotidianas del placer.

Síndrome

Cuando el médico me dijo que tenía un síndrome extraño en los ovarios, me eché a llorar con ganas, con fuerza y desconsoladamente o eso fue lo que mi imaginación de escritora quiso hacer. No hice nada de eso: sonreí y agradecí al doctor las explicaciones que me iba dando, mientras solo una parte de mi cerebro lo entendía y la otra parte quería correr loca de terror hacia alguna parte donde gritar y esconderme debajo de una mesa. Un lugar de total oscuridad donde nadie pudiera verme ni oírme, donde pudiera llorar, babear y sentirme miserable durante todo el tiempo que me diera la gana.

La parte cuerda me decía que sonriera y pusiera atención, mucha atención porque después todo se me olvida y ando preguntando y atando cabos sueltos y la gente me pregunta ¿es que no escuchaste? ¿por qué no le preguntaste al doctor? Que para eso una paga la consulta para preguntar hasta reventarse. Yo solo me inmovilizo mientras una sonrisa estúpida aparece en mi cara. La otra parte, la de la locura, superpone imágenes de mujeres desnudas (nunca imagino hombres, solo mujeres) que me hacen guiños y gestos sugerentes. Me quedo hipnotizada viendo en mi fantasía los enormes senos de revista pornográfica y pienso cómo me gustaría lamerlos, chuparlos, prenderme de ellos y quedarme allí, mientras esas

hermosas mujeres me acarician el pelo y me dejan hacer. Suspiro.

Mi parte cuerda hace un esfuerzo por ver al doctor a la cara, poniendo cara de interés: que no me vea por favor que estoy vacía, que no me vea que no estoy poniendo atención, que no me descubra por favor. Soy buena alumna, no quiero que sepa que voy cayendo en un pozo oscuro y ¡zas! En un momentito estoy en el fondo, sentada, embadurnada de una especie de pegamento resinoso, negro como la pez y sin moverme miro hacia arriba. La claridad empieza a darse permiso arriba en la cima del pozo. Por mí que se vaya a la mierda. No la quiero. Me gusta estar en medio de esa resina tibia y acostarme allí, sentir que me fundo sin pensar, que nadie va a venir a rescatarme porque no quiero que nadie venga a interrumpirme. Yo y la resina. El pozo y yo.

Otro ramalazo de conciencia me cruza y veo la imagen del "El aro", la comparo con mi pozo y me río por dentro, con esa risa que una sabe que tiene, pero que no siempre aparece. —No se preocupe —me dice el doctor. —Tiene arreglo, tiene que tomar terapia hormonal y se va a curar. Mire aquí está, le voy a dar cita para dentro de tres meses. No se preocupe. No, no tengo nada parecido a la preocupación, tengo terror y tengo rabia, me dice mi parte consciente, la otra parte se sumerge y solo quiere sentirse pequeñita, buscar refugio, quedarse callada para siempre, como una autista: ¿Por qué no puedo ser autista? ¿Quién carajos me dice lo que tengo que hacer?

Me levanto y agradezco profusamente al doctor, que sí, que dentro de tres semanas regresaré a verlo, que sí, que no me preocupo, que haré dieta. Veo la imagen de mi abuela atorándose fritangas y café: si me muero que me entierren con mi gusto mientras decido que lo primero que haré al entrar a la casa es tomarme una taza de café acompañada de dos grandes semitas de yema por mientras empiezo a comer balanceado, pienso en qué momento haré ejercicio porque tengo la mala manía de hacer solo lo que apasiona y definitivamente el ejercicio no es una de esas cosas. Y camino hacia la puerta. ¡Hey, señora, no olvide su libro!, me dice la enfermera, la veo y pienso que estará pensando: ¡qué mujer más rara, que en vez de cartera lleva un libro!, pero luego se me borra la idea cuando la veo con la sonrisa más amable que he encontrado en un consultorio y vuelvo a pensar que si solo es una mujer que me quiere hacer un favor, que es una mujer honrada, total, a quién le gustaría llevarse un libro, a cualquiera me dice mi voz consciente, un libro es un libro, si no lo lees, lo puedes regalar o al menos tenerlo en tu casa para que vean que lees y gastas en libros o para decir que te lo encontraste y qué suerte que tuve.

En fin, le doy las gracias y salgo con mi libro apretado hacia la calle, mi libro que me calienta el pecho, mientras salgo a la lluvia sin importarme que me moje. Afuera una mujer me toca el hombro y me sonríe. Esta vez también le sonrío. Busco a mi parte consciente y no está porque no se oye ninguna voz en

mi cabeza. Y pienso, se ha ido. Me volteo a la mujer de la sonrisa que me acoge entre sus brazos, mientras rompo a llorar y sé que eso no es real, pero qué importa. Estoy llorando y así no tendré que hacerlo a escondidas o en sueños y levantarme con la certeza de que he llorado mucho y sentirme cansada. Nada de eso. Mi pozo me espera. La claridad se fue hace mucho tiempo.

Carlos Rodríguez

(Danlí, El Paraíso, 1976) Estudia la Carrera de Letras con especialidad en Literatura en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras en el Valle de Sula (UNAH-VS). Integró el colectivo mimalapalabra. Editó junto con Giovanni Rodríguez y Dennis Arita la página literaria mimalapalabra en Diario La Prensa, donde labora desde 2004.
Próximo a publicar su novela inédita *Rutina*.

Los esqueletos de Brueghel

A Sharon, por derretir, brevemente, el hielo de mi corazón

Apegado al consejo de Quiroga de amar al arte como a la novia, dándole todo el corazón, cada noche me siento a escribir. Preparo una taza de té Bigelow, producto procedente de Fairfield, Connecticut. No es costumbre de familia, sino un ritual para mantener vivo el recuerdo de la amiga de Arkansas. Uno se aferra a esos pequeños detalles que le hacen recordar una buena amistad. Aunque ya no recuerdo hace cuántos años tuvimos nuestra última comunicación, hoy, 13 de octubre de 2001, me dispongo a escribir este relato dedicado a ella: por la amistad, por compartir su té y por la taza especial en uno de mis cumpleaños. La taza es una vaca holstein, las dos patas traseras sirven para sentarla y la cola se levanta hacia arriba en función de agarradera. El tiempo es capaz de borrar el rostro de una persona, pero un objeto apreciado nos recuerda la huella que deja en nuestra vida. Cuando veo vacas pintadas pienso en Sharon, no porque ella parezca vaca, sino porque amaba las vacas y amaba a quien amara las vacas con manchas negras y blancas que ella amaba.

Tomo el primer sorbo mientras la guitarra de Gilmour llora en un valle saturado de sombras. Aborrezco octubre. La lluvia golpea con furia el techo. Primero intento escribir la historia de un hombre que logra sobrevivir a un cataclismo mundial, un tipo indiferente a Dios, un ateo empedernido y lector voraz de Nietzsche, a quien por ningún momento lo salva la fe, sino un secreto. Ahora teme morir y no revelar a nadie el misterio. Pero mi mayor logro es encestar unas treinta bolitas de papel en el basurero. Tomo una de las hojas y leo el membrete: Instituto Panamericano, San Pedro Sula, Honduras. Teléfono 558-4367. E-mail: ispanasps@yahoo.com. La apretujo con furia y la estrello contra la pared. Robo improductivo, pienso. Frustrado, trato de comprender por qué no cuaja el relato. Quizá debería ser un cuento protagonizado por Sharon, pero no quiero escribir sobre ella, sino dedicarle un cuento solamente. Para escribir un cuentito donde Sharon sea personaje debo estar en otra sintonía y no es el momento apropiado. Escribo algo más. Dejo la mesa en desorden, camino un momento de un extremo a otro de la habitación, muevo la cabeza en círculos, levanto y bajo las manos cincuenta veces y luego troto un poco. Preparo la tercera taza de té.

Son las 3:30 de la madrugada. ...*nobody knows where you are*... canta Gilmour. Me recuesto sobre la cama mientras pienso en Jaime Sabines. *Hay épocas*, dijo en una entrevista, *improductivas en las cuales parece que nunca más lograremos escribir*... A pesar del insomnio, cierro los

ojos con la esperanza de dormir. A las 5:30 de la mañana debo levantarme para cumplir con mi labor de profesor de español. Un trabajito mal pagado, pero gracias a los malos alumnos obtengo buenos libros. Si quieren pasar la clase deben donar un libro, es una especie de recompensa por el esfuerzo perdido.

Desde niño anhelo burlar el misterio y estar consciente al momento de quedarme dormido. Pero uno cae como por la garganta de un monstruo, el canto de las sirenas es poderoso, crecen alas tan grandes que irremediablemente descendemos al abismo. El resplandor de un relámpago me asusta. La lluvia no escampa. Al ruido de un choque le sigue una ráfaga de viento que hace vibrar las celosías y pone a bailar las cortinas del ventanal. Dos sombras se acercan, las siento a mi lado, intento abrir los ojos, pero no puedo.

Sacudo la cabeza en actitud de negación. Me sorprende el cielo inundado por un color rojizo, como si el sol agonizara, ¿o será el temido incendio final? No reconozco dónde estoy, pero siento el cosquilleo de la arena en mi cuerpo. ¿Es una pesadilla? Quizá no debo observar *El triunfo de la muerte* de Brueghel antes de acostarme. Malditos esqueletos que vienen por mí, y yo tocando el laúd con mi amiga y la taza de té a medio tomar. Maldita muerte que galopas triunfante, ¿me llevarás al infierno? Parece increíble, estoy tirado

en un campo, aturdido, tratando de comprender este caos. A unos diez metros diviso una cabeza humana semicubierta por arena. Sus ojos grandes y redondos me observaban sin parpadear. Gruñe y comienza a moverse, poco a poco su cuerpo alargado, esquelético y lleno de patitas queda al descubierto. Esto no es realidad, es una pesadilla. El extraño espécimen despliega dos alas transparentes y las agita emitiendo un sonido ensordecedor, como si un ejército de chicharras enardecidas se acercara.

Cómo reaccionar cuando no comprendo si estoy ante un desorden del sueño, bajo los efectos de la cannabis sativa fumada esta noche con los *mimalapalabra*, en un viaje astral a una dimensión desconocida o ante una pesadilla originada por las lecturas enfermizas de Wells o de Philip Dick. Intento comprender la situación, pero todo es confuso. De nuevo escucho el gruñido. Entonces asumo la situación y decido correr para no exponerme. La bestia me persigue, aunque no vuela porque sus alas son pesadas. Los colores mortecinos del cielo se multiplican, todo parece en suspensión, como si la Tierra se hubiera detenido. Sigo huyendo, huyendo. Estoy jadeante, con la garganta reseca y con esta terrible sensación de caer a un profundo abismo. Me arrastro y hundo mis manos en la arena. Sigo cayendo.

— ¡Vamos, aliméntate! — Grito, me resigno a la tragedia y cierro los ojos.

El estruendo se repite, escucho un sonido como de campanas seguido por un destello de luz. De nuevo dos sombras se acercan, aunque lo intento, no reconozco sus voces.

— ¿Convencido, doctor Wells? No, no tema. Nuestro hombre nunca será testigo del caos. Dejémoslo dormir, que siga intentando convertirse en escritor...

Sigo en mi apartamento, en mi cama, sobre la mesita el reloj marca las 3:30 y Gilmour canta ...*I've things on my mind, for want of the price of tea and slice the old men died*... El té a la mitad, la pluma inerte sobre la mesa y el retrato de Sharon con la sonrisa de siempre. Lo único que no entiendo es cómo llegó a mi habitación una fotografía con la imagen de la bestia que he soñado, ¿y qué significa **Sample 66JUN-VI-F**? Qué extraño me siento. Es como si me hubiera transformado. Me toco para comprobar que no me he convertido en un bicho como Gregor Samsa.

Susurros en la habitación. ¿Y por qué huele a jardín? Intento levantar mi cuerpo. No puedo. ¿Y ese olor a catedral? Qué locura el mundo de los sueños. Una nueva sospecha aparece. Imposible. Qué fácil es pasar de un escenario a otro en el laberinto de Morfeo. Pienso que la pesadilla será útil para escribir un relato para mi libro cuyo título tentativo es "La balsa de los sueños", pero debo tomar apuntes de inmediato para no olvidar lo soñado. Escucho la voz de mi vecina Marié, ¿pero cómo entró a mi apartamento? Apenas percibo que lee con

acento perturbado: *Este día quiero dormir para siempre, mi cabeza es más grande que mi cuerpo y la chispa se vuelve tenue con el paso de los días. Me entrego sin resistencia a los malditos esqueletos de Brueghel. No importan las razones para aceptar este viaje, quiero tomarme un té en otro tiempo, en otro espacio... soy un maldito feliz.* R. X.

Ritual de peces antiguos

"We're just two lost souls swimming in a fish bowl..."
— *Wish you were here*,
Pink Floyd

Se rinde, al instante, a la súplica de su mirada. Cabellera siempre larga y, junto a su boca, el lunar del embrujo. Cada centímetro de ella tiembla. Sus pezones, pináculos desde donde se divisa el fecundo vientre: la tierra prometida por donde él, como los antiguos hebreos, cruzará sin prisa, abandonado a los caprichos de Dios para abrevar en los pozos de leche y miel. Las yemas de sus dedos recorren cada sendero de la ansiada piel. De pronto el olvido de la culpa, el fuego divino ardiendo en la sangre, el paraíso, la fruta prohibida, el temblor en las piernas, el vuelo, el aleteo, el hundimiento en el antiguo abismo. La caída al vacío: con furia, con sed. Cuerpos inertes que descienden transformados, purificados. Y luego el éxodo, solos, abandonados, sin Dios, sin fe, sin temor, sin culpa.

Ella, como en los poemas de Sabines, piensa él, apoyada en mi pecho. En su memoria escucha la risa de ella a los diecisiete años. Su corazón palpita lento, sigue despierta, él lo sabe y no es necesario musitar palabra. Recuerda las noches en vela, aferrado a la

esperanza, entregado al hastío: escribiendo poemas cursis, creando cuentos donde siempre ella, en forma de sirena, de Eva, de gacela, de estrella, de luciérnaga, de obsidiana, de mar, de lluvia o de Afrodita se apoderaba del relato. Escribir para alentar la fe de volverla a ver, de conversar con ella y saciar el olvido. El baile de la lluvia lo adormece, las sombras dibujadas en las paredes por el resplandor de los relámpagos se apagan y un aliento tierno, tibio y consolador se mece al ritmo de su respiración.

Él, como el fuerte Ulises, piensa ella, contra el tiempo y los dioses al encuentro de su amada Penélope. Permanece adormecida con el trote del corazón masculino, aferrada, como moribunda, al último suspiro, al recuerdo de los juegos adolescentes, a las rosas, a los poemas. Recrea las noches cuando charlaban boberías: de ninfas, de gigantes, de subir a la cima del mundo, de amarse para siempre. Sabe que él sigue despierto, que medita entregado al silencio. Recuerda el día cuando le confesó que le encantaría casarse en un bosque, como una ninfa bañada por la brisa de una cascada. La lluvia baila sobre el techo. Entonces deja escapar una lágrima, más que una, pero sonríe, y sube a la barca; siempre apoyada en el pecho cómplice se ve en un oscuro pasaje, no siente temor, la mano de él la protege y su cuerpo aleja el frío. Aguas mansas, sonido de campanas a lo lejos y el sol que muere sobre las montañas: con ternura, con amor, sin prisa.

La última noche. Llega el temido adiós. Es madrugada y las olas del mar cantan, gritan y lloran. Ella aprovecha para pedir perdón por su inmadurez: era una adolescente boba aquel año cuando se despidieron. Le gustaría retroceder el tiempo: Soy una tonta, sueño imposibles. El tiempo… la vida... el amor… el temor... murmura mientras sus lágrimas ruedan por el cuerpo masculino. Y de nuevo viene la sed, la rabia contra Dios, las mariposas hirviendo en la sangre, el sol, las estrellas, la luna, el temblor, las sombras, la caída, el abismo, el aferrarse, el grito, el mareo, la explosión... desvanecimiento, gemidos, susurros, silencio...

Durante quince años él esperó y alimentó los recuerdos de juventud: caricias disimuladas, aquel beso a escondidas, la despedida, las cartas, la distancia, el pasado siempre presente. Todo consumado. Dentro de unas horas ella volverá a Canadá, al hogar donde la esperan su esposo y su hijo. Feliz, como en la fotografía que guarda en su bolso. Él mantendrá sus deberes parroquiales: escuchar confesiones, conceder perdón, librar almas del purgatorio. Ella rompe la última atadura a este país del tercer mundo. Él quema las cartas de su Cenicienta, los poemas y los cuentos. Y de una vez por todas, entrega su alma a Dios; jamás el cuerpo, su cuerpo no, nunca.

Giovanni Rodríguez

(San Luis, Santa Bárbara, 1980) Estudió Letras en la UNAH-VS. Es miembro fundador de *mimalapalabra* y editor del blog www.mimalapalabra.com. Durante 2007 y 2008 coeditó la sección literaria del mismo nombre en diario *La Prensa*. En 2011 fundó la revista cultural *Tercer Mundo*. Ha publicado los libros de poesía *Morir todavía* (Letra Negra, Guatemala, 2005) y *Las horas bajas* (SCAD, Tegucigalpa, 2007), la novela *Ficción hereje para lectores castos* (mimalapalabra editores, 2009) y una colección de artículos y reseñas literarias bajo el título *Café y Literatura* (mimalapalabra editores, 2011). Con *Las horas bajas* ganó en 2006 el Premio Hispanoamericano de los Juegos Florales de Quetzaltenango, Guatemala. En 2008 fue uno de los ganadores del certamen de poesía La voz + Joven, de Madrid. Poemas y cuentos suyos han aparecido en diarios y revistas de España. Fue columnista del diario *Hoy* de Guatemala entre 2008 y 2009. Residió en España entre 2007 y 2010. Actualmente ejerce el periodismo en un diario nacional. El texto que sigue es un fragmento de su novela *Tercera persona o La vida como una novela*, aún inédita.

Diario de Montpellier

"Y hay veces en que el mundo resulta mucho más fácil de ser asimilado, cuando contemplamos nuestra vida en tercera persona. Desde arriba, desde el más afuera de los lados posibles".

Historia argentina. Rodrigo Fresán

El sol no aparece sobre las primeras montañas que apenas sobresalen de la línea más alta del edificio contiguo. Es invierno y el sol no suele verse en invierno en Montpellier, cerrado su cielo por nubes impenetrables casi todo el tiempo. Eso le agrada. Aunque no lleve en esta ciudad más que un día, se siente bien. Siempre ha sabido acomodarse plenamente a cada nuevo escenario que le ha procurado la vida. Desde pequeño incluso, cuando por alguna razón le tocaba dormir en una casa que no era la suya, sucedía que no resentía demasiado la falta de familiaridad con una cama, unas sábanas y una almohada prestadas. Lograba dormir siempre plácidamente en el lugar que fuese. Son ya pasadas las nueve de la mañana y ha descansado lo suficiente. No tuvo problemas para dormirse a medianoche al acostarse ni sueños demasiado extraños que pudiesen haber alterado su paz; aunque aún siente un leve pero no del todo desagradable dolor en el cuerpo, como si hubiera practicado deporte después de un tiempo de

no hacerlo, pero es sólo a causa del viaje en tren desde Barcelona el mediodía de anteayer.

Elodie, su chica, va a la universidad a esta hora, así que dispone de mucho tiempo libre para dedicarse a su novela. Elodie es una niña todavía, aunque cuenta ya veintiún años, perdió la virginidad a los catorce y había vivido antes con otro muchacho en este piso en el que ahora él se encuentra. Pero en cambio, lo quiere. Podría decir incluso que lo ama, que está enamorada de él; si no, no podría explicarse su propuesta de llevarlo a vivir a su piso con ella, situación que tiene más que ver con el amor que con una probable muestra de solidaridad con él después de su despido en el almacén. Elodie conoce –y aguanta- todas sus manías. Hoy, por ejemplo, él descubre en el refrigerador (*el frigo*, dice ella) dos botellas de leche semidesnatada, a pesar de que ella prefiere la leche entera. Ella sabe que él odia la leche entera. Dejó también una caja de All Bran de Kellogg´s, para que él pueda prepararse el desayuno que le gusta. La conoció en Barcelona, durante las recién finalizadas vacaciones de verano, en el almacén en donde él trabajaba desde hacía más o menos un año. Llegó un día, con su enigmática sonrisa de Mona Lisa, sus piercings en la lengua y la ceja derecha y su hermoso tatuaje de dragón en la parte baja de la espalda, muy cerca del culo, y de inmediato se vio fascinado. Lo demás lo pusieron su escaso pero efectivo uso del francés y los continuos e inevitables roces corporales en los estrechos pasillos de la reserva del almacén. Hubo eso

que los grandes teóricos del amor han llamado durante varias generaciones "química" y que se manifiesta con una sensación de movimiento rara en el estómago, a lo que esos teóricos llaman también "maripositas" y que no es otra cosa más que ansiedad. De eso al momento en que ahora se encuentra, solo en el piso cuyo alquiler pagan puntualmente los padres de Elodie, han transcurrido apenas dos meses y medio. Pero la relación que mantienen y que en estos días pasará del nivel primario: el del sexo ocasional y las salidas a los bares, al secundario: el del sexo permanente y la peligrosa tarea de la convivencia, pareciera tener un par de años de duración, pues existe tal confianza que ambos se sienten expertos en la vida del otro, aunque esto, obviamente, no sea del todo exacto.

Se ha sentado frente a la pantalla de su computadora y ha empezado a teclear sin rumbo fijo tratando de hilvanar la historia rara de un grupo de personas que se dirigen hacia una ciudad de la que sólo han escuchado el nombre. Se ha propuesto terminar esta novela. Y así es como lo hace, así es como ha logrado escribir casi todo lo que ha escrito hasta ahora: empieza por una línea y esa línea lo lleva a otra, y después a otra y a otra, hasta que de pronto ya hay algo que contar, y entonces empiezan a abrirse las posibilidades. Escribir no es una actividad fácil. Se necesita sobre todo tiempo y tranquilidad, y esto es algo que ha logrado obtener parcialmente al aceptar la propuesta de Elodie de venirse a compartir su vida con ella en este piso de Montpellier. "Compartir":

verbo intransitivo sumamente peligroso cuando se trata de la vida. Y ese beneficio parcial, el de la disponibilidad de tiempo y la consecuente tranquilidad, –lo empieza a notar en este preciso momento- es disfrutable sólo durante el tiempo en que Elodie se encuentra en la universidad, porque sabe que cuando ella vuelva no será posible continuar pegado a su computadora intentando darle forma a sus ficciones. Pero este tácito convenio entre los dos le parece justo. Sólo debe corresponder con buen humor y la presencia de ánimo necesaria para hacer el amor cada vez que ella dé muestras de querer hacerlo. Y ella siempre da muestras de querer hacer el amor, algo que a él no le molesta sino todo lo contrario, pero aún así veintinueve años no es lo mismo que veintiuno y a veces debe calmar sutilmente los ánimos de la chica si no quiere acabar como un tácito esclavo.

Éste es apenas su segundo día de vivir en Montpellier. Todo marcha bien. Continuemos. No se siente para nada un tipo que se aprovecha de una chica inocente, como han intentado hacérselo ver por teléfono los padres a Elodie, ni se siente tampoco fracasado porque a pesar de haber obtenido hace ya siete años un título universitario aún no ha logrado "establecerse" definitivamente en el mercado laboral. Está a punto de cumplir los treinta años y apenas cuenta con la posibilidad de subsistir durante poco más de un año con el dinero del subsidio por desempleo que empezará a darle dentro de poco el gobierno español, después de que lo despidieran de su

último empleo como inspector en el almacén. Y treinta años es la edad que otros teóricos, los de la personalidad del individuo, consideran como la edad crítica en el hombre, momento en el que la curva ascendente en la vida llega a su punto más alto y es entonces cuando puede ocurrir que lo que sigue durante algún tiempo sea sólo una línea recta hacia derecha o izquierda o –y éste es el caso que los teóricos definen como "punto de inflexión en la personalidad masculina" o "punto crítico del hombre"- el peor de los casos: que empiece una vertiginosa caída conducente a las depresiones y a constantes altibajos emocionales que, en condiciones extremas, puede conducir también a acciones lamentables como el suicidio. Pero no es éste su caso, que se toma la vida no demasiado en serio y se preocupa únicamente –al menos en este momento- por darle forma a una novela que escribe sobre la marcha.

Montpellier es una ciudad importante en Francia. Tiene todos los atractivos de las grandes ciudades europeas. Es la ciudad, según Wikipedia, de Luis XIV, de la Revolución Francesa, de la Costa Azul, y tiene mucha historia: Benjamín de Tudela, los viajeros judíos del siglo XII, cristianos y sarracenos, árabes de Maghrib, comerciantes de Lombardía, todo lo cual contribuye a darle un toque especial. Con cerca de trescientos mil habitantes, es la ciudad universitaria más grande del sur del país. Y sin embargo esto a él no le ha importado demasiado en este par de días que

lleva viviendo en ella. Ya tendrá tiempo para disfrutarla, se dice, antes de sumergirse –y de sumergir a sus personajes- en nuevos callejones, la mayoría sin salida.

Todo marcha de excelente manera, decíamos, según lo que percibimos de esta actitud casi indolente que muestra él ahí, frente a la pantalla de su computadora, en el piso de una chica que al parecer lo ama, concentrado únicamente en su propósito de escribir esta novela que ha ido concibiendo desde hace unos cinco meses a partir de anotaciones dispersas en su diario de trabajo en el almacén o en las servilletas que acompañaban al café por las tardes, después de la jornada laboral, y en los instantes en que Elodie se levantaba para ir al baño, o quizá sólo a partir de ideas que de tanto repetirlas en su cabeza ha logrado guardar en la memoria el tiempo justo para hacerlas desembocar en su computadora por las noches, al llegar al pequeño apartamento en donde vivía solo en un barrio tranquilo cerca del Paseo de Gracia en Barcelona. Pero la aparente tranquilidad de la que ahora goza podría convertirse en cualquier momento en un problema muy grande que derivaría en graves consecuencias si los propietarios del almacén hacen efectiva su amenaza de demandarlo. Entonces ya no tendrá que preocuparse por sus personajes y sus vidas sino por la mejor manera de evitar que sus ex jefes lo encuentren y traten de enviarlo a la cárcel. Esto es algo que alguien intentará explicar más adelante.

Hace una pausa en uno de sus típicos callejones sin salida. Se levanta de su asiento y se dirige a la inmensa ventana que tiene a su derecha. Ya se ha asomado antes por esa ventana en este par de días que lleva en el piso de Elodie, pero aún así su mente no recibe esta vez la prevención debida: su mirada por esta ventana no le regalará la hermosa vista que supone vivir en la cuarta planta de un edificio del siglo XIX en pleno centro histórico de Montpellier sino solamente las ventanas y los balcones del edificio contiguo, también del siglo XIX, según le informó Elodie. Es una pena que la ventaja de vivir en el centro histórico de una ciudad como Montpellier no se complete con una vista agradable desde la ventana del piso, algo que sí ocurre con la mínima ventana del cuarto de baño, desde donde, si se pone de puntillas y estira un poco el cuello, logra ver la estrecha calle peatonal llena de turistas caminando seguramente con rumbo a La Comedie, la enorme plaza que empieza a asomarse al fondo, o entrando y saliendo de los bares, restaurantes y tiendas de souvenirs, todo lo cual ofrece un modesto y sin embargo agradable espectáculo cotidiano.

No le reconforta pensar en la posibilidad de la ventana del cuarto de baño pero tampoco se siente demasiado desafortunado por no poder sacar provecho a la amplitud de la ventana de la sala. Piensa, en cambio, quizá como una manera de infundirse ánimos de cara al tiempo que ha de vivir aquí, en la

oportunidad de espiar a los vecinos del edificio contiguo; eso podría servirle perfectamente para esbozar otra historia que quepa en su novela; y piensa también –y en este pensamiento mucho hay de fantasía- en alguna vecina joven y atractiva que acostumbre hacer el aseo de su casa ataviada únicamente con unas bragas y una camiseta ajustada –tal como hace Elodie- que permita vislumbrar desde la ventana donde se encuentra instalado discretamente unos pezones duros y felices o el delicioso agujerito de un ombligo. Pero por lo menos a esta hora, ninguna de las ventanas de este desafortunado edificio contiguo permanece abierta, muy probablemente por el frío imperante en esta época del año, y por eso sólo alcanza a emitir un hondo suspiro, que es como un tácito reproche a quienquiera que haya decidido construir ese edificio ahí, o quizá sólo sea un reproche a la enorme masa de bloque y cemento de la que emergen ventanas y balcones justo a escasos tres metros delante de su nariz.

La pausa que se ha tomado en el desarrollo de su trabajo en la computadora no responde a la necesidad de relajar los músculos, tensos quizá por la inmovilidad desde hace ya mucho rato, desde que empezó a escribir, sino a la imposibilidad de avanzar en lo escrito. Esta vez el callejón sin salida parece que seguirá siendo un callejón sin salida, por eso habrá que derrumbarlo y empezar una nueva historia. Pero no se da por vencido; le cuesta considerar inservible nada de lo que haya escrito; le cuesta aceptar que unas dos o

tres horas de trabajo desarrollando una historia al final no sirvan para nada. Mientras tanto, mientras escribe estas pequeñas historias que habrán de redondear su mundo de ficción, piensa en su propia historia, la historia que, sin proponérselo, ha venido formándose en su mente desde la madrugada aquella en que descubrió a su mujer, a su puta mujer borracha y pervertida, con otro cabrón, y que no logra sacar de su cabeza por mucho que se empeñe en orientar sus ficciones a lo puramente imaginario. En eso piensa ahora que mira desde su ventana las ventanas del edificio vecino. Pero decir que piensa solamente en eso sería faltar un poco a la verdad, porque la verdad se completaría si agregáramos que sus pensamientos desembocan en Elodie, su chica, su tierna y adorable chica, que anoche le permitió hacerle el amor dos veces de una manera distinta, practicándole antes una felación que le provocó un adormecimiento parcial del cuerpo, para proceder luego a montársele y cabalgar tan aprisa que lo hizo eyacular de inmediato, y minutos después reanimarlo con otra felación y el posterior ofrecimiento de su ano –¡algo que ella nunca había hecho!-, lo que por supuesto mereció otra escapada precoz de su parte, cómo no, si la inusual posición canina de su niña le había hecho sentirse durante esos momentos el feliz poseedor de una esclava sexual, aunque a decir verdad –que se nos ocurra pensarlo así, asociarlo así, a pesar de la incongruencia en el plano temporal que ustedes, lectores que todo lo pueden, reconocerán más adelante-, su extraordinaria excitación tuvo mucho que

ver con el recuerdo de su ex mujer… Pero no, no vamos a recordar otra vez esa putada que le hicieron.

Vuelve a la pantalla en blanco de su computadora. Ese pequeño palito vertical que indica el sitio en donde se debe comenzar o continuar escribiendo se mantiene parpadeante, como a la espera de que en cualquier momento él vuelva a la carga con una nueva cantidad de letras, palabras, nombres, ideas, que probablemente constituyan el germen de otra historia para su novela. Porque su novela es eso, o al menos él pretende que sea eso, una sucesión de pequeñas historias que derivan una de la otra hasta terminar conformando un todo, de modo que si una de esas historias no está bien sostenida, no se sostendrá el resto; es como el andamiaje de un edificio en construcción; si la base o alguna de las estructuras intermedias no consigue soportar el peso, todo se viene abajo. Hace apenas unos meses redondeó la idea de su construcción, pero empezó a escribir las primeras líneas hará ya unos once años, y aunque sus intenciones estéticas son ahora las que le permiten continuar en su afán por terminarla, no fueron éstas la que lo impulsaron a iniciarla. Porque el estado de excitación del que fue presa al principio no tenía ninguna base estética ni se orientaba a ninguna intención estética. De pronto, ya no podía pensar en otra cosa que no fuera este proyecto de novela, y lo que verdaderamente lo hacía así era la cuestión sentimental y no una motivación estética. Pero de esto hablaremos más adelante…

Elodie vuelve de la habitación a la sala en donde él se ocupa de la escritura de su hipotética novela, a pesar de haber entendido desde el principio que a ella, por mucho que respete lo que él hace, le molesta tener que ir a la cama sola. Se acerca a él por la espalda y lo envuelve en un abrazo que le produce en un principio un sobresalto, casi un susto mínimo, pero al que corresponde con el rostro sonriente y la barbilla un poco alzada en un gesto que indica la intención de un beso. Por mucho que a ella le moleste el hecho de que él no se haya ido a acostar hace rato, no va a reprochárselo ahora con palabras, no podría hacerlo porque su español se reduce a las palabras esenciales; es más bien este gesto del abrazo sorpresivo lo que ella utiliza como reproche tácito y entonces él, antes que alguno de los dos haya dicho nada, se ve diciéndole en una combinación de francés y español que ya está acabando el párrafo que lo mantenía ocupado y que en breve irá a la cama. Ella entonces lo mira así, de lado, muy cerca de su cara, en el epílogo del beso que se han dado, y le sonríe complacida. Otro beso rápido en la comisura de los labios, muy suave y sensual, que ella concibe como los preliminares de una noche erótica, lo remite a él –que lo entiendo perfectamente- a la decisión de apagar de una buena vez la computadora e irse a la cama con esa chica deliciosa que lo ama.

Dos minutos después está cepillándose los dientes en el baño y aunque el ánimo erótico de hace un momento lo impulsó repentinamente a la decisión de

irse a la cama de inmediato, ahora no piensa en eso que probablemente sucederá a continuación; pienso en cambio en su novela, en los avances logrados en los últimos días. Apaga la luz y sale del baño con la tentación de exponerle a Elodie todo el rollo de la estructura de su novela. Con el tiempo ha aprendido que la mejor manera de aclarar sus ideas es exponiéndoselas a alguien más y no solamente a sí mismo. Pero obviamente éste no es un momento propicio para someter sus ideas al escrutinio de nadie, mucho menos de Elodie, su chica, que lo espera en la cama con su cuerpo semidesnudo parcialmente cubierto por una delgada y casi transparente sábana y que, además, no entiende mucho español. La habitación tiene una temperatura cálida, bastante agradable, más cálida aún que en el resto del piso, a pesar de que afuera del edificio hace un frío glacial, como suele decirse. Comprende de pronto que dentro de un momento ya no habrá lugar en su cabeza para otra cosa que no sea el amor, y eso, en el fondo, lo complace, porque si algo ha sacado en claro después de tantas experiencias con distintas mujeres, es que una mujer siempre será capaz de acaparar, en determinado momento, toda la atención de un hombre, de modo que en ese momento –y aunque sea por ese único momento- nada será más importante para ese hombre que esa mujer, y específicamente el amor de esa mujer.

Y desde el primer contacto esta teoría se pone de manifiesto. Ha bastado un rápido examen manual de ella bajo la tela del bóxer de él para que en él todos

los pensamientos se concentren en una sola cosa: practicar de nuevo con esa chica hermosa, dulce y desde hace unos días más sumisa que nunca, la extraña, placentera y maravillosa ceremonia del amor. Todo entonces se convertirá en deseo, en la pura aspiración a validar lo que considera sus derechos carnales sobre esa mujer, todo será pronto esa batalla hermosa de los sexos, con sus gemidos y sus besos, con su dulce agonía final.

La promesa de levantarse temprano para seguir trabajando en la novela que quizá pudo haberse hecho a sí mismo anoche, antes de ir a acostarse, no se ha cumplido esta mañana. Mientras, ya despojado de la sábana, se dispone a despertar completamente y levantarse e ir al baño por la primera meada del día, observa que en el lado de la cama donde debería estar Elodie sólo ha quedado un hueco lo suficientemente bien marcado como para demostrar que durante toda la noche ella ha dormido exactamente de ese lado de la cama, no del lado de él y ni siquiera en la mitad de la cama sino de ese lado exactamente y en una posición fetal, pues las arrugas de la encimera así lo evidencian. Se levanta al fin mientras imagina a Elodie en la cocina preparando unas tostadas con huevos que acompañarán con jugo de naranja. En el espejo del baño se detiene a escudriñar las arrugas preliminares de su rostro, las futuras e irreprochables marcas de la vejez, y tiene un fugaz recuerdo de su madre recomendándole no exponerse demasiado a los rayos solares, no desvelarse tanto y además usar una crema

eficaz para la protección de las áreas alrededor de los ojos. Aparta rápidamente este recuerdo de su mente por temor a dedicarle un innecesario homenaje melancólico y se dispone a orinar. Nota, para su sorpresa, que su pene no despide ningún olor distinto al habitual, pese a haber sido utilizado nuevamente, aunque durante brevísimo tiempo, en la cavidad anal de su chica. Mientras percibe una repentina erección, orina aplicadamente, tratando de no desviar el chorro, luego empieza a masturbarse pensando en Elodie, en el culo de Elodie, en el ano de Elodie. Después, activa la descarga del sanitario, se lava las manos y se dirige a la sala. Elodie no está ahí, ni en la cocina. Abre su computadora portátil y la enciende. Revisa su correo electrónico. Nada. Abre el archivo en donde tiene su *work in progress* y repasa los últimos párrafos escritos.

Después del fallido intento de extorsionar a sus jefes en la fábrica con la propuesta de no publicar lo que tiene a cambio de una compensación económica, y un poco amedrentado quizá por el contraargumento esbozado por ellos, ha decidido incorporar ese material a la novela que escribe. Así podrá vengarse sin arriesgar demasiado el pellejo. Qué ironía. El objeto del chantaje a sus ex jefes, una *nouvelle* de no más de sesenta páginas en Word, sin demasiadas pretensiones literarias, fue escrita para ser destruida una vez cumplido su cometido, y sin embargo planea ahora revertir esta intención primigenia e incorporarla a lo que sí constituye un verdadero proyecto literario: esta novela que escribe a partir de historias ajenas.

Está contento porque la novela marcha bien en los últimos días. Ha sabido sobrellevar las obligaciones de pareja sin que éstas interfieran con su trabajo. Le favorece el hecho de que Elodie tenga que asistir a sus clases en la universidad cuatro o cinco días por semana y a veces seis. La novela marcha, su vida marcha, todo parece ir de maravilla.

Poco después de releer lo escrito, Elodie entra por la puerta con una bolsa en la mano izquierda y un periódico y un papel impreso en la derecha. No tiene muy buena cara. Le entrega el papel y le pide que lea el contenido, pero antes de hacerlo, él ve bajo el texto el nombre del gerente del almacén en donde ambos trabajaron hasta hace algunas semanas.

Siente la mirada expectante de Elodie mientras lee el mensaje que el gerente del almacén le ha dirigido (en español) a ella:

> *En vano hemos intentado comunicarnos con el señor G, y ante la ausencia de referencias domiciliarias y siendo de nuestro conocimiento que usted mantiene una relación cercana con él, le solicitamos hacerle llegar la información de que en nuestra oficina de personal y administración ya está lista la documentación y el cheque correspondientes a su finiquito, por lo que puede pasar a cancelar definitivamente su relación laboral con nosotros.*

De más está recordarles, tanto a él como a usted, que nuestra empresa no guarda resentimiento con el señor G por lo ocurrido antes de nuestra decisión de despedirlo, y precisamente para refrendarlo es que le hacemos llegar esta notificación, a fin de que las cosas marchen de excelente manera tanto para sus intereses como para los nuestros.

Cordialmente,

Marti Rovira, Gerente General.

A pesar de la evidente preocupación de Elodie, él no da muestras de querer alejar de su cabeza los fantasmas del miedo por lo que supone podría estar ocurriendo y se queda ahí, con el papel en la mano izquierda, apoyada ésta sobre la mesita en que descansa la computadora, y en el rostro empieza a dibujársele una inoportuna sonrisa, según cree que podría estar pensando Elodie, pues seguramente no es una sonrisa lo que espera de él en ese momento sino por lo menos una actitud reflexiva. Esto, al parecer, la irrita pero por un momento empieza a contemplar la posibilidad de que no esté ocurriendo nada grave, como en efecto sucede, hasta que él le explica con una combinación accidentada de muecas, palabras en francés y palabras en español que la carta no contiene malas noticias sino todo lo contrario, que ya puede pasar a recoger el cheque de su despido y que con ese dinero podrán pasársela bien durante bastante tiempo.

Lo que en un principio le gustó de su relación con Elodie fue la afortunada circunstancia de no poder comunicarse completamente con ella a través de las palabras. Cuando se conocieron en el almacén él no hablaba francés ni ella español. Pero sí supieron comunicar desde sus miradas todas las partes de una gran inquietud que después llegaron a juntar sobre la cama en su piso del barrio contiguo al Paseo de Gracia en Barcelona. La circunstancia él la consideraba afortunada porque hasta ese momento nunca había tenido una relación en la que la mujer no le preguntara después del orgasmo qué es lo que sentía por ella. Y con Elodie nada había más delicioso en ese momento que el hondo silencio después de hacer el amor. Todo se reducía entonces a miradas, a gestos, a gemidos, a sensaciones, lo que resulta ser lo verdaderamente importante en una relación de pareja, sin esa dificultad que representa tener que hablar de los sentimientos justo en el momento en que de lo último que quisiera hablar el hombre es de los sentimientos.

Después, obviamente, empezaron a entablar a trompicones pequeños diálogos de no más de diez palabras con la ayuda del diccionario, pero estos avances no serían suficientes para alterar el orden de paz instaurado desde el principio por la imposibilidad lingüística, y aun cuando habían pasado varios meses, la calidad de la comunicación no mejoró demasiado.

Mi hombre huele bueno.

¿Qué? Y carcajadas de parte de él, que no se quedan solas sino que van acompañadas de un abrazo y besos en la boca.

Sí, huele rico, agrega, también riendo pero siempre algo contrariada.

No, le dice él, sin parar de besarla. La manera correcta de decirlo es: "Mi hombre huele bien". Y entonces las carcajadas salen de ella, y él la sigo, sin parar de abrazarla y de besarla.

Ella, en un esfuerzo típicamente femenino por intentar entender el funcionamiento de la mente de él, empezó a aprender cada vez más el español, aunque nunca lo suficiente como para asimilar con exactitud todas esas parrafadas que a veces él le soltaba con el ánimo de marcarle con palabras el territorio permitido para sus movimientos en la relación. Cuando este tipo de episodios se producía, ella hacía un esfuerzo enorme de concentración para captar el significado de cada una de las frases de él, porque sabía que de cualquier atributo físico que hubiera sido lo que la atrajera hacia él, ninguno podía comparársele al

atributo de la palabra. Ella lo notaba. Desde el principio supo notarlo. Aunque entonces no entendía nada de lo que él decía en español, ella notaba que él poseía el don de la palabra. Él era hábil en eso. Y ella lo sabía no sólo porque lo viera gastarse aquellos prolongados y absurdos monólogos, inaprensibles para ella, sino porque cuando lo hacía, la boca de él se movía de tal manera –a él le gustaba pensar vanidosamente que era ésta la razón de todo- que era difícil que ella no se rindiera, que ella no entendiera que la atracción en ese hombre se debía principalmente a sus palabras, a esas palabras incomprensibles que sin embargo le decían mucho a través de sus labios.

Y son esos labios, los de él, los que acaban de moverse, después de la lectura de la carta, para decirle a ella que todo está bien, que no hay motivo para alarmarse, que ahora dispondrán de un dinero con el que antes no contaban. Y la atrae, él sentado en la silla y ella de pie, y pone su cara entre los pechos de ella y respira profundamente ahí y le dice en español algo que ella no entiende y que sin embargo asume agradable pues las manos de él han empezado a pasearse por las nalgas de ella y ahora suben desde debajo de esa falda larga hasta llegar a la cintura, en donde empiezan a bajar ese pantalón de tela sedosa que evita que el frío de la calle penetre hasta donde él se propone en ese mismo instante penetrar. Y la lleva cargando a la cama y se abrazan fuerte y se besan y hacen el amor, alterando un poco ese orden metódico

que ella se empeña en aplicar a todas las cosas que hace durante el día pero que en ocasiones como ésta no logra hacerlo y sólo se deja ir, en una nebulosa mental en donde se confunden las ideas sobre el amor, sobre el sexo y sobre lo que es o no correcto.

Han pasado tres semanas desde que llegó a Montpellier. Tres semanas y aún no logra acostumbrarse a ese tipo de vida semiconyugal, sin contar con la incomodidad que representa no tener un trabajo y saber que el dinero del subsidio por desempleo y el de la liquidación del almacén no alcanzará para mucho tiempo. Elodie nota cuando él está incómodo, pero asume que se trata sólo de preocupación por su situación de desempleado y él trato de que no intuya nada más que eso, porque no puede arriesgarse a que sepa que es su rutinaria relación de pareja lo que lo está jodiendo. Así que trata de practicar el saludable ejercicio de la evasión a través de algunos paseos por la ciudad, la incursión en algunos bares interesantes, sus lecturas de siempre y la novela que escribe sobre la marcha.

La novela. Por mucho que se diga a sí mismo lo contrario, qué lejos ve la obtención de resultados contundentes con ese proyecto de novela. No se aclara todavía, y aunque al menos cree haber conseguido mantener hasta el momento la tensión y la concentración necesarias, poco a poco va sintiendo

que todo eso no es más que un proyecto fallido y que si algo habrá de conseguir al final de todo ese trabajo será únicamente certificar su fracaso. Le hacen falta, además, algunas facilidades complementarias al acto de la escritura. Le falta un escritorio a una altura adecuada y una silla no demasiado blanda pero tampoco incómoda. También una pizarra de esas que sirven para colgar notas, porque hasta ahora las notas para su novela andan en papelitos dispersos o sólo en su cabeza, y se presenta el problema de que entre más se extiende el texto, más problemático resulta mantener el orden en la cabeza. Pero lo más necesario de todo es un espacio privado adonde Elodie no pueda entrar sin su consentimiento pues si bien el espacio de la sala en donde ahora escribe es amplio y bien iluminado, es un sitio de la casa de tránsito o de estancia permanente para Elodie, y a cada momento, cuando está en casa, llega a importunarlo con cualquier insignificancia. Debo mantener la calma, se dice a cada momento, en una especie de práctica zen que seguramente acabará hastiándole, como todo en lo que, consciente o inconscientemente, se sumerge. Llevo bien lo de la novela, se dice constantemente, tratando de autoconvencerse, pero como dijimos antes, empieza a presentarse el problema de la extensión y la ampliación de los escenarios y del abanico de personajes, de manera que si cada vez que vuelve a la escritura no se toma una media hora de lectura (o más) de lo anteriormente escrito, no logra retomar el hilo adecuadamente y suele extraviarse o confundir situaciones, personajes y fechas, lo cual

implica después el doble de trabajo y la dificultad de avanzar más rápidamente.

Elodie vuelve a interrumpirlo. Y qué difícil es trabajar así. Lleva toda la mañana (hoy es sábado y no va a la universidad) intentando convencerlo de que el piso está sucio, que necesita una limpieza, que ya no se puede caminar descalzo sin que la suciedad forme una delgadísima capa negra en la planta de los pies, que la limpieza del piso es impostergable y que además –aunque esto no lo expresa directamente- ese importantísimo acto de justicia con los gérmenes es más importante que esta novela que él escribe (o que, a pesar de ella, trata de escribir) sobre la marcha. Cede esta vez, como casi siempre en todo con ella, porque de la paz depende su sobrevivencia en estos días, porque si no cede ahora no aprenderá a ceder nunca y eso no ayudará a la paz, y trata de convencerse de que puede aprender, de que puede llegar a ser un ser dócil, perfectamente domesticable, pero no se lo cree.

Ha vuelto. Elodie está contenta. Se le ve, incluso, rebosante de felicidad. Es tan fácil hacerla feliz. Lo difícil es adoptar las costumbres que ayudan a dar forma a esa felicidad. Pero ahí va él. Hubiera preferido Elodie que luego de la limpieza del piso se fueran a la ducha para hacer el amor ahí y después posiblemente dormir un rato y decidir más tarde dar un paseo, pero por una parte, después de ceder a regañadientes a hacer lo de la limpieza, lo único que tiene ganas de hacer es volver aquí, sobre su computadora, a seguir

este relato, y por otra parte, tienen pactada una salida por la noche a cenar con un par de amigas de ella, que a él no le caen mal pero que son incapaces de sostener una conversación más o menos inteligente, y sólo se la pasan discutiendo placenteramente asuntos de moda o relativos a la diversión, y por eso, entonces, él ha decidido volver aquí.

Elodie, con una sonrisa dulce pero no del todo satisfecha, le avisa que se va a la ducha, como en espera de que finalmente él decida acompañarla, y le contesta con un "ok" y otra sonrisa, pero en el caso de él ya sabemos que se trata de una sonrisa destinada únicamente a mantener las apariencias y garantizar la paz.

Generalmente le cuesta mucho retomar el hilo de lo que va escribiendo si la presencia de Elodie es tácita o decididamente enfática, pero nota que esta vez las palabras vienen solas y que no será necesaria la concentración extrema para olvidar su última hora con Elodie y recomenzar la labor de escritura.

De la novelita que escribió sobre los seres que medraban en su último trabajo, escoge ahora la historia del idilio amoroso entre la mujer del jefe y el encargado de una de las salas de ventas, su mano derecha pero también su chofer, y su amante.

Replantea la escena en donde el jefe se entera de la infidelidad de su mujer, que hasta ahora se producía en casa de ambos, cuando el jefe, cansado ya de los rumores y de un comentario escuchado sin querer a dos de sus empleadas en una de las salas de ventas, increpa a su mujer y ésta, fingidamente indignada, lo manda a freír espárragos, y la traslada al despacho, ese diminuto espacio al fondo del almacén en donde se cuecen por igual chismes, intrigas, planes de despido injustificados, estrategias de maquillaje de la situación financiera de la empresa, etcétera, teniendo como participantes, además de ellos dos, a una ex empleada despedida con una acusación de robo y a otro muchacho que por ser amigo de esta última y no estar dispuesto a declarar en su contra acabaría siendo igualmente despedido.

Elodie nunca estuvo de acuerdo en que él se pusiera a escribir esa novelita sobre sus compañeros de trabajo. Decía que podrían demandarlo. Él se ríe recordando el momento en que por primera vez ella le dijo eso. Se lo dijo en francés, lógicamente, y él hizo como que no entendía nada, hasta que buscó el diccionario y volvió con las palabras clave: *la accusation*, *la diffamation*. Le preocupaba lo que, en efecto, acabó ocurriendo: que resultara todo al revés, que en lugar de sacar algo de provecho lo que consiguiera fuera meterse en un grave problema. Después, ya con los infructuosos resultados del jueguito, cuando decidió retomar la escritura de esa novelita para incorporarla a esta novela que escribe sobre la marcha, ella cedió un

poco y dijo que le parecía divertido el asunto. No sabremos exactamente a qué se refería pero da igual, lo que importa es que ya no está tan en desacuerdo.

Él no sabe cómo hacen los hombres que llevan ya mucho tiempo viviendo con una mujer. Supone que su paciencia depende del amor que sientan por esa mujer, pero aún así, aún con todo el amor del mundo, él cree que para él sería demasiado difícil soportar la vida de pareja durante mucho tiempo. Lleva poco con Elodie y siente decir que empieza a cansarse. No sabe cuándo acabará, pero sospecha que será muy pronto, sospecha que cualquier día de estos él no sabrá tragarse el mal humor que le provoca su actitud tan… femenina y casi infantil. ¿Será que nunca podrá comportarse como una persona normal en la vida de pareja? Le preocupa esta pregunta, pero al mismo tiempo se dice que quizá sea la vida de soltero lo que más convenga a un espíritu solitario como el suyo, una vida en la que pueda escoger sus momentos libres y sus momentos de compañía. Pero en fin, ya habrá tiempo para pensar más a fondo en eso, quizá cuando llegue el momento en que sienta que ya no podrá vivir más tiempo con Elodie y le comunique su partida. ¿Suena fuerte, verdad? Pero está casi seguro de que así será. Desafortunadamente para ustedes, probables lectores romanticones y cursis, así será. ¿Y por qué creen que él se siente "casi seguro"? Pues porque, como habrán de recordar, esto que ahora leen no es más que el proyecto de una novela que él escribe sobre la marcha, y en todo proyecto de novela puede

haber puntos de partida pero en muy escasas ocasiones habrá puntos de llegada. No lo culpen; es apenas un instrumento para que todo esto tenga al menos la apariencia de haber empezado a funcionar.

Viene Elodie de nuevo.

Gustavo Campos

(San Pedro Sula, Cortés, 1984) Poeta, narrador y ensayista. Estudia la Carrera de Letras con especialidad en Literatura en la UNAH-VS. Fue miembro fundador de mimalapalabra, Poetas del Grado Cero y "La hermandad de la UVA". Ha publicado los libros de poesía *Habitaciones sordas* (Editorial Letra Negra, Guatemala, 2005), *Desde el hospicio* (Editorial Nagg y Nell, Honduras, 2008), *Bajo el árbol de Madeleine* en edición digital, y están por aparecer el libro de relatos *Revisiones* y el poemario *Del comienzo de los hombres*. La novela *Los inacabados* se publicó en el 2010 (Editorial Nagg y Nell).En el 2006 la Secretaría de Cultura, Artes y Deportes publicó una versión anterior de la novela que se acreditó el tercer lugar en el certamen nacional de relato "Premio Hibueras 2006".
Dirige dos blogs literarios: "Torre trunca" –poesía hondureña- y "El arca" –narrativa hondureña-.

Relato en clave de O

Pero el amor no vino.
El amor fue para mí una palabra.
Giovanni Papini

Ya no es tu historia, O, ya no lo es, tampoco el símil que inventé de vos. Ya no es tu historia Aury, lo fue hace algunos años, cuando te comparé con P. Reage y te cité por O. No será más aquella ausencia tuya. No serás más. Aquí no habrá historias de desamores ni nombres falsos. Esta vez es más serio el asunto. Y menos traumático. Y a su vez más llevable. Pasajero. Y por ende menos doloroso. Porque he madurado, O. Quizás no lo creás, pero esos frutos dolorosos que colgaban del árbol de mi desdicha se los han comido. No me preguntés quién, que no sabré responderte. El sitio que dejaste jamás te perteneció, O, nunca. Nunca. No te extraño. No pienso en vos más que en la dialéctica ésta en la que estoy afanado en demostrar. Hoy se me ha revelado, tras largos meses de desolación, tristeza y vacío, quién colma mi vacío y no sos vos. Mi vacío tiene otro nombre, un nombre que diré conforme siga escribiendo este monologal relato, pero antes te adelanto que solo ella ha sabido llenarlo. Y quizás sea ésa la razón por la que fuiste suplantada tan rápido. Aquello que se colma tiene por destino vaciarse, aquello que jamás se colma no tiene otro

destino que colmarse. ¿Cómo se suplanta un suspiro dentro de un contexto de tiempo y espacio específico? ¿Cómo vacío algo que ya está vacío? ¿Es posible sustituir la ilusión por el espejismo y teniendo conciencia de la sustitución creerla en adelante espejismo? No es tu historia ya, ¿lo ves?, ¿lo leés? Ya no. Ya no lo es, O. Es otra historia con otros personajes y otros amores. Que quizás sean los mismos desde otra arista. Pero ya no lo son. Ésta es la risa del que escribe enamorado de aquello que amó con el único objeto de confirmar que el amor es aquello que no se realiza, sino en la dialéctica de que el amor es ausencia, como dijo Pizarnik. Eras el agua en un vaso que fácil podía vaciarse, de un vaso al que las pajillas les sobraban; las grietas y los golpes prestos a vaciar el contenido que eras, que sos, agua pasando, agua evaporándose, agua volviendo adonde una vez perteneció. Y de donde también partirá. Ya no es tu historia, O. No hay un taxi al que montarte para huir de mí a otros brazos. No hay ropa interior que pueda guardarse en un bolsillo porque este bolsillo estuvo lleno de llaves, de las llaves que abrían las puertas de casa y del trabajo, las puertas que nos conducen a las calles que transitamos, calles olvidables entre las avenidas llenas de baches y de tramas que se desprenden del pavimento al cruzar la historia, un auto, un ladrón, un grito o el sonido del beso de dos enamorados. No hay viaje. Ya no hay viajes. Despedidas. Llantos. Partidas. No hay partida. No hay una última mirada en la primera calle. No hay una última palabra atragantada en la orgullosa entraña. No hay palabras que se detengan en el primer frente de

batalla del orgullo. Ni en las amígdalas. No hay. Quizás un desvanecimiento de la tarde y un murmuro inaudible. Pero nada. No es París ni aquella ciudad mítica de las viejas Zetas, como le decíamos a la ciudad de los Zorzales. Aquí es aquí. La misma ciudad donde la imagen intemporal de un recuerdo se apoya inocente en el secreto enmudecido por las bocinas de los autos. Aquí no hubo escenas prestadas de otras historias, extrapoladas de historias literarias para aminorar el dolor que un día sentí por tu ausencia. Aquí es la desolación. Natural. Propia. Una nada precavida. Un lapsus de comprensión de la vida. El instante en el que te fuiste y no me percaté de ello. No lo recuerdo con precisión. El mismo instante en que Nidia está en la playa, en otra historia, con otras amigas, siempre ajena a mí y a ser parte mía, siendo siempre un vacío tan acendrado, intransigente, un vacío inexplorado por ella misma, que es parte de mi vida, tan recorrido por mí en los momentos cuando palidecí de nostalgia, por ella, Nidia, no por ti, O. Pero si algo hay de relevante en esta historia es que aquella no fue la última vez que estuvimos realmente juntos, nuestra unión no fue sino una despedida, fue en otra ocasión, en mi cama, los dos desnudos, uno frente a otro, uno sobre otro, incrustados, pero distantes, indiferentes, y tan elocuentes en actos, escindidos sin hablarnos, propensos al sarcasmo, a las palabras hirientes, abyectas y humillantes, a las sonrisas y a las palabras precisas que deslumbran un último acto, al movimiento perdido de un estallido que rebrota de un pasado conocido, nuestro periodo final, el desenlace inconcluso que aún podía reseñarse, ocurrido un par

de meses antes de tu partida, de la que considero que sí fue una despedida apasionada y llena de esperanza, cuando acostados discutíamos sobre tu ego y vanidad y me decías que jamás encontraría una mujer como vos y que una mujer de la calle no tiene valor, ni ninguna otra, y yo te veía asombrado y te replicaba que todo ser humano es igual, que ninguno tiene mayor valor que otro, y no entendía cómo era posible que hubiera vivido tantos años al lado de una mujer que estudiaba humanismo y pensara de tal manera, que los seres humanos se clasifican por sus posesiones y estudios y no por su alma o espíritu, pero quizás lo decías herida, con un odio nuevo, puro, inexperimentado aún, y te dije que lo verdadero es el corazón y el espíritu que pueda tener cualquier ser humano sea pobre o rico, y te reías con sarcasmo, claro, de haber estado en tu posición yo también me habría reído, sonaba cursi, disonante quizás, pero decías la verdad, mientras yo inventaba un falso humanismo en defensa de mis errores cometidos, y te burlabas de mí más porque sabías que me encantó durante un tiempo otra mujer que no tenía tus atributos intelectuales pero quizás sí morales y espirituales y te reías sobradamente porque eras vos quien me dejaba y huías enamorada a los primeros brazos que amaste y ese aire de importancia que te dabas te restaba, para mí, en ese instante, esa virtud de la cual me enamoré de vos, falsa ilusión, virtud fantasma; nadie como yo, decías, nadie como vos, es cierto, porque ahora que busco tus fotos y recuerdos no aparecen, el libro de Kafka donde te guardé, aquel hondo castillo kafkiano hoy no aparece, no está,

quizás porque nunca existió, como a veces siento que nunca exististe en mi vida, quizás porque nunca estuve esperando entrar en él, quizás porque siempre perteneciste a las páginas escritas de tu cuaderno o al tatuaje imperecedero que invocaba ese amor viajante, lejano, pero seguro, y quizás yo sufría menos o entendía poco, las razones aún no las comprendía, menos aún que no había ahondado en mi corazón, porque creí que mi vacío ya había sido ocupado por Nidia o la imagen de Nidia o el símbolo que representa Nidia en el alma de un sujeto como yo, el símbolo del que jamás lograré huir, signado por sus ojos, signado por su indiferencia, su sonrisa y sus caderas, y me embarga en la actualidad una horrible pena cuando me vuelco emotivamente en ella y reincido en mis actos y mis sentimientos no encuentran otro asidero que su sonrisa, su afecto que se me apega, que me atrapa, pero éstas son otras vergüenzas que me tocará afrontar cada día, la vergüenza a la que me toca enfrentarme al igual que con la poesía y las musas, tan comparables solo con ella, y mi fe me ciega y asegura que un día, pronto, muy pronto, podré prescindir de mi fe en las mujeres y al hacerlo podré librarme de la poesía y librarme de mí, de las ataduras que nos han unido desde la primera vez que nos encontramos, pero yo conservaba un recuerdo anterior, viejo, difuminado, nebuloso, humeante como el dióxido de carbono que despide el taxi que se marcha y en donde vos te has alejado de mi vida para siempre, O, aquella última tarde a las seis, muerta la noche como muerta la esperanza, caída la noche como caídas las lágrimas, estrujada la luz como

estrujada mi alma, pero descubrí en los ojos de Nidia el envés de la luna, una luz que buscaba en mi interior, su brillo inconfundible, y tuve la revelación interna de que Nidia era la poesía acechándome, buscándome, procurando ese primer contacto, el coqueteo, la imagen primera sembrada en mis ojos, la imagen primera que coseché en mi alma, la luz que orientó mis pasos y dibujó mis sonrisas y que hoy, cuando pienso mucho en ambas historias, en vos, O, yéndote y en Nidia asentándose en mí, creo ciego que el vacío solo puede pertenecerle a alguien o a algo y sé que no hay manera de distanciarme de ese alguien y cuando descubro la palabra distancia la relaciono con partida y descubro, Oh, de nueva vista, augurio propicio, alentador, que suyo soy, suyo, ¿de quién? Del vacío que no parte y vos ya no estás en esta historia, O, ya no, no más, ya no estás. ¿Ves cómo encuentro el amor en mi misma alma? ¿Ves cómo antes ya le pertenecía a alguien? A ese ser que tampoco podría pertenecerme porque soy consciente que seres como nosotros no podemos amar, como lo supieron Rimbaud, Van Gogh y Artaud. ¿Y sabés algo, O? Todo desaparece entre las calles, como desapareciste antes de que construyera una imagen tuya, antes de que hiciera un vacío tuyo o un vacío de vos, pero las revelaciones abruman, entristecen, enjutan el rostro de quien se ha sabido liberado mil veces de las fauces del amor fugaz, de la corrupción del tiempo o de la muerte o de la bestia más cruel conocida en el mundo como es la desesperación, o el amor no correspondido, tan cruel como el chambre o la deshonestidad, como el odio y el rencor, como la infidelidad del alma, y a la vez tan

humano. Y sin embargo no sé cómo explicar que siendo yo un tipo tan radical y extremista en lo que me propongo, que he jugado en los límites de la vida y de la literatura, que he jugado a la ruleta rusa en cada pensamiento, no pueda retirarme de ella, belleza atroz y pura del reflejo de la poesía, de la sutileza hecha carne, del deseo hecho indiferencia. Seguramente estuvimos juntos antes: poesía, Nidia y yo, y hoy, que avanzo a pasos largos para distanciarla de mis estupideces y desbarajustes emocionales, en aras de propiciarle su libertad, añorada o no, me acosa ese vacío que me acusa, somete y gobierna y de alguna manera siento que existe una especie de democracia entre los vacíos que se eligen y comparten autónomamente y que se yuxtaponen, integrados, al mejor ejemplo de un cuadro de Mondrian o de Picasso.

Como te irás dando cuenta, O, ésta no es tu historia. No más. Ya no aparecen los ambientes de las novelas de los Robertos, Bolaño y Castillo, la zona de las bananeras, escenarios de prostíbulos, etc. Y los buses en los que viajamos se han enterrado en aquella ciudad ficticia de azufre que soñé y conocí en vida con otra mujer, que eras vos cuando no eras, superpuesta, suplantada, en las afueras de la zona sureste de San Pedro Sula y el lugar onírico sigue existiendo a pesar de haber nacido de un sueño mío. ¿Ahora quién podría objetarme que no tuvo el mismo origen que vos? Ambos, ciudad y mujer, nacidos de un sueño o fantasía o de la insistencia mía de encontrar por fin un lugar y una persona con quien recrear y afrontar la

vida, esta vida que no roe huesos, sino el espíritu, que se encarroña contra la esperanza, contra nuestro ideal de vida.

Recordá, O, la libido que retuviste en tus cauces, que aumentaba y descendía y que atrajeron mis labios, esa libido constante que jamás cesó en ningún lugar que estuviésemos, en todo lugar donde nos encontráramos, hoy ya no existe. Ya no. Porque esta historia no es tuya. No es tuya. Pudo haberlo sido. Pudo haber sido como esos pequeños instantes en que te aparecés en mí y sembrás las dudas de que así es. Y quizás lo fue por momentos. Por momentos. Algún instante fue tuyo. Los días de partida fueron tuyos. No más. O quizás algún otro recuerdo que no es recuerdo más, sino frases atrapadas que esperan escribirse. Reproducirse. Coger protagonismo. Pero el instinto me dice que debo seguir escribiendo, aunque me toque recrearte en una imagen para que compartás una historia que no te pertenece, para que no quedés en el olvido, aunque sé que esto no te importará jamás, porque nunca leerás esto que escribo contra mi voluntad, esta historia falsa en donde la realidad emerge natural, contra mí, contra la historia misma, contra las entrañas de una historia que quizás no es historia, sino fábula, si nos atuviéramos tan estrictamente a los plomos tecnicismos literarios, pero nacida de ellas, de las entrañas. Imaginemos. Imaginémonos un recuerdo en el cual quedamos solos después de que M se marchara a comprar cigarrillos y en ese recuerdo ficticio, encontrado en el futuro de mi memoria, en una especie de *différence*, O me dice que

hagamos el amor, pero sin involucrar sentimientos, que es puro sexo, que el amor que antes fue ya no existe y seguramente nunca lo fue. Y no hay amor. El amor pertenece a otros contextos, a otro espejismo lejano de algún lugar frío y nórdico. Y apenas logro comprender por qué debe ser solo sexo. ¡Por qué el significado del sexo es el sexo! No puede ser. A veces hay que dejarnos ciertas cuotas de ingenuidad para subsistir. Y entonces así es. Sí puede ser solo sexo. Y vamos agregando pequeñas dosis de ingenuidad para no morir. Para sorprendernos de vez en cuando. Y me digo, con renovada inocencia: ¿por qué el fin único del sexo es el sexo? Debe haber algo más, algo más como ser sentimientos y te lo digo, en este recuerdo inventado, y vos me decís ya no quiero que sigás inventando instantes que puedan perjudicarme y que te hagan víctima elocuente. Y nos salimos de ese recuerdo para evitar los malentendidos. No quiero herirte. No querés herirme. Y sabés tanto como yo que el sexo no hiere, sino cantar "Inventario" de Joaquín Sabina, su "denso olor a semen desbordado", y divierte, eso sí, divierte, porque la tristeza también es divertida, si no preguntate si no rieron los demás pasajeros en el autobús que nos condujo a tu casa después del sexo por el sexo como el arte por el arte. Y ésta es una microhistoria, insignificante, seguramente sin fundamento, seguramente una anécdota nada más de una neurona que juega a los inventos, a presumir ingenio, pero hay que alejarse de esas historias, de ese recuerdo pródigo que podría convertirse en un recuerdo real y luego en una tristeza y que después se termine equiparando a la historia de

amour fou de Geneviève y Renaud, personajes salidos de la mano de un guardián en reposo; y vaya alimentándose la historia inventada por una neurona negligente y ambiciosa de más historias inventadas y terminen por construir una historia en donde O sí sea la protagonista de la historia, en donde esta historia sí sea historia y no una nada entre Nidia y yo, producto del vacío compartido y de los ángeles sin alas y vaya desviando malintencionadamente la información a un falso filtro que confunda memoria y realidad y fusione vida y ficción, por ejemplo, el filtro dañado de la memoria jura que alguna vez te canté « *J'aime j'aime, j'aime/ faire l'amour avec toi (…), que lejos ha quedado L'amour fou* », el mismo día que le escribí en una servilleta una frase de Christiane Rochefort: "Y si te crees que el amor es un escudo, te equivocas, es una brecha" o meses después que le susurré al oído "o yo soy tu ruina, o tú eres la mía. Así es el amor humano" en el único bar cultural que había en la ciudad y si Rochefort existe, existe la historia y existe la frase que pertenece a *El reposo del guerrero*, entonces la partida de O dolería porque sería un recuerdo tangible, próximo a las lágrimas, y no habría soluciones brindadas por McCullers que aliviaran mi alma, pero ésta no es tu historia, O. Por fortuna o desgracia. Por ruina tuya o ruina mía. No lo es. Al menos no lo debiera ser. Ya no. No debe. Porque si pasara, tendría que comprender las razones por las que mis amigos dedican libros a sus ex amores que parten y no vuelven. Pero ésta no es tu historia. Y los libros dedicados a ex amores son otros temas que no importan en este momento. Pero ésta no es tu

historia. No lo es. Ojalá no. Si llegara a serlo entonces comenzarían a emerger pequeños episodios reales de amistades en común con O y esto restaría veracidad a la historia que vamos destruyendo, al relato que vamos construyendo. A los recuerdos que vamos olvidando. Saldría a la luz Nidia, mi vacío, y su historia de desamor se empeñaría en revelar sus nombres reales y borrar los ficticios —nótese que nombro a cada quien por su nombre, pero cada uno al que nombro no es a quien le pertenece el nombre—, los que ciframos para que nadie entienda nuestro mensaje, nuestro sistema de comunicación de microhistorias que debieron haber permanecido aisladas, pero que hoy se han hecho presentes en esta historia que no debía ser de O y el tal Menelao —quien tampoco existe, sino en la sustitución de un nombre— tendría entonces nombre de arcángel, de guerrero de Dios, en la vida real, que pertenecería en todo caso a una memoria ajena, a un recuerdo prestado, a una licencia de creador al que se le agotan los recuerdos que posee, para desmontar el teatro mental de la memoria, y los pocos recuerdos guardados pasen a formar parte de una minoría que no tiene el derecho de existir, una cofradía que no tiene otro destino más que el de extinguirse como fuegos fatuos, o por marginalidad, dejando traslucir que este arcángel innombrable abandonó a su espada de luz, a esa espada de luz horizontal que corta las miserias humanas y alegra el espíritu, a esa espada de luz que es una sonrisa que sana el alma y da fe y alivio al ser humano y esa espada es la sonrisa de mi Nidia, que a su vez divide al amante en dos, en tristeza y alegría, y esa herida onda que es la sonrisa de mi Nidia

deja escapar de mí las sensaciones y virtudes y ahonda mi vacío y mi Nidia, quien en realidad nunca fue ni será mía, fue abandonada a causa de las voluptuosidades boterianas y hetaíricas de una mujer cuya madurez consiste en dejarse levantar la falda por los novios de sus amigas para llenar ese vacío debajo de la falda que es otro vacío, un vacío húmedo que se abre y cierra como párpado, cuando de estar atento a la vida se trata, que no es sino un destino turístico al segundo círculo del infierno de Dante, o al quinto, según se crea más conveniente, o a las mismas aberturas de los cielos postmenstruales y no hemos buscado precisión en lo expuesto, por asuntos batailleanos o girondianos, en el sentido de enlucielabismar, o las bodas de Eros y Tánatos, porque tendríamos entonces que ajustarnos por semántica a ese universo ambivalente y no tardarían en aparecer más microhistorias alteradas jugando en una tómbola de lotería, esperando cada una su turno, y esto sería peligroso porque entonces la historia sería definitivamente de O, por precisión, y ya no de Nidia ni del lugar que ocupa en mí. Tendríamos que olvidar la dialéctica del amor inalcanzable que nos hizo avanzar hasta aquí y no habría diferencia entre quien se distancia y quien distancia a otro ser y habría que considerar la tesis como tonta, como un desperdicio de palabras, como fárrago empalagoso de frases de mayéutico oficio, y no debemos renunciar y mucho menos dividir fuerzas, más si provienen de un solo ser humano, para crear con tino una sociedad *siddhárthica* que nos alumbre el camino a seguir. Y vendrán las

historias aparte. Y es probable que se queden algunas. Y otras jamás aparezcan.

Pero quedará gobernando O. Y aquella teoría de que el destino colma ya no será. Y los vientos suplantarán otros vientos. Moverán los árboles. La ilusión entonces no tendrá otra salida que representar el papel de la realidad. Y tendremos que explorar todas las perspectivas posibles de las experiencias amorosas. Y habrá que arraigarse a ellas. Sin ganas. Con dolor. Huyendo nuevamente de algo que pudo haberse convertido, asimismo, en lo que debía quedar en la conciencia. El amor es. Y a su vez es un encuentro. No pudo haber sido y, sin embargo, cuando probablemente sea, haya acabado o nunca sido. Y habrá que rememorar entonces la muerte de Carol y de Julio y la de aquellos dos árboles abatidos por el viento que se encontraban frente a la casa de Virginia y Leonard.

Te apropiaste, O, de pequeños momentos de esta historia. Pero ahora decidiré el rumbo. Distraeré mis pensamientos evocando imágenes bucólicas. Corro junto a Nidia a la velocidad de Bolt rumbo al lugar preciso en donde el pensamiento se nos cae de nosotros. Mente en blanco. Exhaustos. Nidia me dice que soy todo un Forrest Gump. Río. Los pájaros ríen y cantan. Estamos en la reserva forestal del Merendón. Le digo a Nidia que la naturaleza es el lugar idóneo para tranquilizar nuestras almas inconsolables. Pudiera decirle que la amo, pero prefiero callar. Igual podríamos decirle al oxígeno que lo amamos, pero no lo hacemos. Algunas situaciones ameritan silencio. No

hablo de amor ni de estupideces y, en cambio, le confieso que sus grandes y hermosos ojos y su sonrisa tranquilizan más mi alma que el bosque, el río, su agua corriendo, y los pájaros y perros y flores que vemos a nuestro paso. Ella ríe y esconde su mirada para esquivar mis tristes ojos y solo susurra mi nombre dándome a entender que me quiere como amigo, que soy su vacío, no su amor. Le digo que su compañía es el mejor antídoto que jamás encontré contra la tristeza, y puede que hasta el más eficaz de todos. Ella ríe con esos labios finos y con esa sonrisa que armoniza la naturaleza y las emociones, que orquesta los sonidos en esta reserva forestal, esa sonrisa que se convierte en el corazón del bosque, en la felicidad misma. En mi felicidad. Y quiero besarla. Pero sé que no querrá. Se debe mantener el estatu quo del amor no correspondido, si no, habría que desbaratar todo lo narrado anteriormente y O tendría algún valor. Y ésta podría ser historia suya. No mía. No de Nidia.

El amor cambia de lugar. El amor es como el agua que se escurre entre los dedos de la vivencia. Y la vivencia es como el agua que se escurre entre los dedos de la historia. Y la historia es como el agua que se escapa de los dedos de esta historia. O el amor es el aceite o la sartén. La mano que la historia quema.

El odio retorna a su lugar. Se impone. Fue amor. Y cayó de los dedos de la vivencia. La vida se impone, las experiencias nuevas. Las expectativas retornan a su lugar. Se imponen. Una vida nueva. Nuevos lugares que retornarán.

Hoy soñás con O y debés hacerlo porque si no se hará presencia real y no se habrá ido nunca y la perseguirás en tus recuerdos y nunca la alcanzarás, podrá tomar la forma de una historia o de tu historia y tras un largo recorrido confundirte y serás la presa análoga de la persecución de Paul (Marlon Brando) a Jeanne (María Schneider) en *El último tango en París* y no podés dejar que eso pase, Nidia podría entristecer, pensás, aunque ocurra todo lo contrario, y soñás con aquellas cartas y regalos que escondiste en *El castillo* de Kafka, que debés enterrar bajo las cenizas de los sueños. Y te culpás, en el sueño te culpás, y podrías tener la culpa de que todo haya acabado o puede que solo sea deficiencia de vitamina b12 y llorás y de pronto un hilo brillante de luz te hace dudar y la boca se te llena de palabras y canciones, *te amé tanto, que me da vergüenza recordarlo*… y dejás de llorar, abandonás la conmiseración y el sentimiento de culpabilidad y recordás que fuiste el hombre que valoró las grandes historias de amor, de un amor breve como relámpago, que quizás tampoco fue amor, sino entendimiento, el acercamiento de dos vacíos que pudieran integrarse, pero que al haber un vacío antes en tu vida, que llenó tu vida misma, era inimaginable que ocurriera… El sueño puede posesionarse de vos. El sueño podría reinventar la historia. Modificar la suerte. Confundir azares. Soñar puede contradecirte. Sublimarla. Lo que soñás no debés escribirlo. Por lo menos en esta historia.

Sabores, pelo suelto, húmedo, gestos jadeantes y rostro sonrojado frente al espejo húmedo. Mujer

cansada en los brazos del amor. La cama honda y serena. Tormentas que cesan. La lluvia escampa. Sabores, pelo suelto y voz estruendosa que despierta. Sarcasmo, miradas, golpes, arañazos, dolor, llanto, disculpas, besos, sabores y abrazos y nuevamente un abrazo fuerte, único, liberador, reconfortante. Entregas. Entregas que hacen esos enamorados que saben que no pertenecen a ningún lugar. Fe. Amor. Fe en el amor. Desencanto. Personas reales. Cicatrices y amor. Abrazos, rechazos. Rochefort. Partidas. Enojos. Teléfonos. Llamadas. Disculpas. Amor. Vicio. Defectos. Rechazo. Disculpas. Llanto. Amor. Amor. Vacío. Demonios. Desencanto. Renaud. Tristezas. Vida. Felicidad. Vida real. *Amour fou.*

Allí van ellos dos, corriendo, de un lado a otro, corriendo, siempre de la mano, siempre ausentes, los bulevares solos, los taxis vacíos. Fotogramas de *La vida es bella* o *Vacaciones en Roma.*

Y Ésta es la Historia. No Aquella. No es tuya. Tampoco mía. Tampoco de Nidia. Ésta es la historia no de Renaud ni de Aury. Ésta es la Historia. Nada. No es nada. La tómbola de microhistorias de los pasatiempos del azar. Pero no es tu historia. Tampoco es la mía. Es una ausencia. Historia que no sería historia, sino retazo de historia, envés, historia real o ficticia, el mundo, el autobús o el tiempo, un árbol de desdichas sin sus frutos, las raíces que nacen, crecen y se cortan, los años de desolación o la desolación como una estación temporal, el extrafinanciamiento de un recuerdo, la dialéctica afanada en demostrar qué es amor, cuál el mejor amor, el correspondido o el no

correspondido, por ende el vacío, la ilusión y el espejismo y es otra historia, la mía, la tuya, la de Nidia, con otros personajes que podríamos pasar por nosotros mismos, la pipa de Magritte y la interpretación de Foucault, la historia, los amores, la identidad, la razón o nosotros mismos o el reflejo de un fragmento del último espejo que se conoció como escritura o como historia, claro, la fábula delante y la trama burlada, el monólogo repetido, lo onírico, el caos, el ensueño perpetuo… las palabras son su propio destino…

II

Retomo un capítulo de *Vidas posibles*. El viejo me pidió que acudiera a él siempre que necesitara consejo, que abriera sus páginas al azar y que en él encontraría una respuesta siempre u otra pregunta que me haría olvidar lo que buscaba. Y lo retomo en mis manos y abro cualquier página, mientras procuro retener lágrimas que pudieran desmentir esta historia que quise relatar y que busca reintegrarse en mí e ir destruyendo la sensatez que he prodigado con tanto afán. Me aferré a ese libro como lo hiciera en algún momento al *Libro del desasosiego* o a las *Cartas a Théo* o a *La tentación de existir* o a *Final de partida* o *Una historia aburrida*. O a los poemas más amorosos de Neruda o de Sabines o de Robert Browning. O a las canciones del italiano Ricardo Cocciante, del español Nacho Vegas, así como de Camilo Sesto y Los Bukis. O a las

películas *La vida es bella, Cinema Paradiso, Desayuno con diamantes* o *Sexo, pudor o lágrimas.*

Y retomo el libro porque siento que han malinterpretado el relato que escribí cuando solo correspondió a una demostración dialéctica de la búsqueda del amor no correspondido. La invención del amor para llenar el vacío. Y esta frase debiera ser un título: "La invención del amor para llenar el vacío". Pienso que solo así podría haber sustento, fe y esperanza para mi espíritu mendigo. Inventando una fórmula de salvación. Eso es. Cioran tenía cierta razón. Y estamos a un año de su centenario de natalicio.

Los nombres son nombres y solo representan la finalidad con la que es usada. Es juego de máscaras y de realidades. Nombres O, Nidia y yo carecen de valor. Son intrascendentes. No busquen una historia más allá de los nombres, no indaguen en la biografía o existencia de esos personajes, que seguramente existirán, existen, por Dios, claro que existen, pero no hablé de ellos, sino de sus significados en mi mente. Los asocié a mis emociones e ideas. Traté de actuar desde adentro de mi cabeza, operar desde el pensamiento las contradicciones y emociones sin sentido que se debaten a muerte sobre la posibilidad de hallar respuesta en su oposición. O es un símbolo. Una vocal. No es un nombre. Como recordarán, quise desmarcarme desde el inicio de cualquier vínculo emotivo que pudiera crear una historia entre ellos y yo. Esa voz que me teje renuncia a mí y se desmarca de mí. Y despeja algunas incógnitas propias de mi

proceder mental. Busca su vacío. Debe confiar en algo que jamás vendrá porque el vacío debe existir y no ser ocupado. El nombre de Nidia entonces es una máscara que busca poner de manifiesto algo que es irrealizable. La asemeja a la poesía. La viste de poesía. Si una idea me ataca, ataco las ideas que moran dentro mío, si un sentimiento me ataca, ataco el sentimiento que me atormenta y para ello es necesario nombrar cada cosa por su nombre, para eliminarlo o confundirlo. Mi cabeza es lista, procede de muchas maneras y me confunde, yo procedo y contrarresto sus ataques con mi antídoto, la sensación de que alguien la domina, aún. Y así la contrarresto. Me dejo llevar hasta su dominio. Desde su dominio impongo mis reglas. Y mis reglas son su dominio.

Página al azar:

Y cada vez que digo te amo es una vez menos que te amo. Y a cada acto de decir amor y de repetirlo hasta inundar tu incredulidad de mujer sagaz, herida y susceptible le restás credibilidad a una palabra que no es palabra y que desapareció de mis labios desde su pronunciamiento y tu escepticismo aprovecha esa fórmula de resta y vuelvo a decirte te amo y cada vez que lo digo es una vez menos que te amo y agoto en mi proceder el amor que sentía por vos, como si el énfasis mío en pronunciarlo tuviera por fin ir desasiéndome de vos, irme yendo, poco a poco, de la gravedad que ejerce tu cuerpo en mi cuerpo y el amor

se vuelve un punto fijo, repelido por tus desaires protectores, que son tu muro, y cada vez que siento decirte algo nacido desde este vacío que por momento ocupás, lo desechás y amenazás cada acto o gesto que pudiera devolverte la fe en el amor y quedo lanzado al vacío como piedra que espera sucumbir a las aguas y aguarda, mientras la gravedad acelera su velocidad y visualiza un tsunami de tu corazón que la devolverá; y no quedará rastro en tus venas ni desdichas ni mal de amores, pero cada vez que pronuncie te amo, a pesar de que sé que me evadirás, cada vez que te ame exigirás tu liberación y no me creerás, por eso, hoy, después de analizar la forma adecuada para que creás, comprendo que pronuncio lo que retrotraerá una respuesta negativa; y me remachás que no creés en eso de repetir incansablemente *te amo* porque las palabras se gastan, pero te pregunto ¿quién las gasta?, ¿quién va royendo el *te amo* en el espacio del tiempo?, ¿en el espacio de tu memoria?, ¿lo deshacen la saliva, las cuerdas vocales, la lengua y los dientes?, ¿o el aliento cansado de un hombre que cree en su fortaleza? Lo que llamás palabras para el viento no son sino palabras que huyen de nosotros, que deciden salvarse de nuestra naturaleza de humanos y la palabra busca su propia salvación, busca en qué boca anidarse y ser creíble para un oído que le pertenezca no a hombre o mujer, sino al mismo amor, que pertenezca a ese antes del subconsciente, que no le pertenece a la memoria ni al hombre, sino a la esencia, a la necesidad de su hallazgo y resonancia y multiplicación celular de amor —hasta científico puedo sonar— y tenés razón, pero si en el ideal los *te amo* huyen de nuestra frialdad, de

nuestro desentendimiento, el *te amo* se hará frase y se hará de nuevo y volverá a nacer y quedará estático en el sitio correcto del sentimiento, será amor, dejándonos solos, exiliándose de nuestras mentes, de nuestra incomprensión, entonces seremos nosotros, al darse vuelta de tuerca, quienes quedemos solos y sin timón y sin razón, sin una mirada que amortigüe lo perdido, sin una soledad que ofrecer y una compañía que exigir y, sin embargo, descubrimos que aún hay quien nos rescate: esa palabra que se extinguió y en la que no creímos volverá a socorrernos, posesionándose nuevamente de nuestra boca, corazón, ojos, glándulas y oídos solo para que volvamos a perder ese amor en el renacimiento del *te amo* que desaparece tan pronto lo pronunciamos, cada vez que lo declaramos quedamos al margen de nosotros mismos; más adelante, con la esperanza trunca, los brazos abajo, las rodillas contra el suelo y la cabeza contra las manos como reteniendo el llanto, en idéntica posición que un feto, buscaremos con insistencia ese eco dentro de nosotros, para borrarnos la incredulidad de la que fuimos objeto y creeremos de nuevo y pronunciaremos te amo, una, dos, tres, cien veces para que pronto deje de existir y nos amemos, con regularidad, una vez menos, para dejar de amarnos por siempre, en el ciclo de la vida.

III

En mi habitación pegué un póster de Robert Doisneau: dos amantes que se besan en la calle.

Copié el fragmento de *Vidas posibles*. En el fondo hay un parecido a mi relato. "Cada vez que pronuncio te amo, te amo menos". Rimbaud decía que había que reinventar el amor. Pero yo no sé de esas cosas…

Juan José Bueso

(Ocotepeque, Ocotepeque, 1988) Es un destacado alumno de la Carrera de Letras en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH-VS).
Miembro fundador del colectivo de Literatura y Arte "La hermandad de la UVA".
En la actualidad J. J. Bueso (seudónimo de Juan José Mejía Bueso) se encuentra en proceso de publicar su primera novela.

El hombre que amó a Emily18

El amor es una niebla que se quema
con el primer rayo de luz de la realidad
Charles Bukowski

La conocí por accidente, una accidentada página de Internet descubierta ante mis ojos. Un *link* me había llevado a otra dirección y una imagen remitido a otra imagen hasta el momento donde nos miramos por vez primera. No negaré el hecho: estaba viendo pornografía como todos lo hacen, juzguen ustedes si por distintas o idénticas razones que las clásicas: soledad, aburrimiento, curiosidad, ocio o mi personalísima sinrazón de aquellos días; el a veces peligroso camino de las adicciones y monomanías eróticas. (Tampoco hay que profundizar tanto en el asunto, basta con que profundicen los actores sobre las actrices). Ella vestía un juego de ropa interior rosada y me veía con la mirada encantadora e inocente de sus mejores días. Decidí visitar su página *web*: www.emily18.com. Al llegar a su sitio, ella estaba esperándome e invitándome a acceder. Acepté sin pensarlo mucho, sin saber que debía pagar con tarjeta de crédito, la cual no tengo. Tuve que resignarme a verla desde lejos, al *free tour* ofrecido a los visitantes

indecisos, que en mi caso funcionaba como un doloroso consuelo. Cuando intentaba verla en poses más atrevidas, aparecían logotipos de Visa por un lado y, para todo lo demás, la jodida MasterCard.

Maravilloso es el ciberespacio y sus posibilidades para cualquier muchacho joven y lleno de vigor que busca pornografía para masturbarse con entusiasmo. Yo no iba a rendirme tan fácilmente. La imagen de Emily ocupaba mis pensamientos. Si deseaba verla tenía que espiarla, buscarla en sitios alternativos en donde se hubiesen filtrado fotografías o videos de su página. Así comencé a encontrarla, a enamorarme de sus encantos. Descargaba paquetes completos de Emily y visitaba sus galerías tras cansadas búsquedas. Google se convirtió en mi aliado, en mi detective sin sueldo navegando en incontables horas en el ciberespacio. Las cosas iban mejorando tomando en cuenta que tampoco pagaba por Internet, tomaba señal de un ignorante o solidario vecino que no aseguraba su red personal. Me había obsesionado Emily18: la muchacha de apariencia muy joven que no salía desnuda, sino con un recato inocentón provocándole a uno las pasiones más exacerbadas, un erotismo paradigmático para Internet y su era de lo explícito, su era de los enormes traseros desnudos, de las colosales tetas que nublan la pantalla y dilatan las pupilas al punto máximo, pero que luego pueden volverse rutina. No se trataba de todo eso, era Emily18 y lo explícito, separado únicamente por su diminuta tanga, algo singular en el medio. Me miraba

con su boca haciendo un puchero y con sus ojitos enojados. Luego veías a esa niña tierna subida en una cama con una tanguita de dibujitos abrazando una almohada o vestida de colegiala o con su pijama y sus respectivas pantuflas de conejito. Aunque la dirección Emily18 predicaba por todo lo alto la mayoría de edad de su protagonista, Emily insistía, por alguna extraña y sexy razón, en asegurarnos que tenía la edad suficiente como para hacerse querer por nosotros, por lo tanto debíamos despreocuparnos por su apariencia juvenil. Yo no me había preocupado tanto por eso, francamente me daba igual. Confieso que la duda era un factor interesante, en todo caso el menor de edad era yo. La inocente Emily era la sublime semidesnuda de mis días de aprendizaje y educación sentimental…

Solía visitarla regularmente. Puedo decir que me convertí en un seguidor regular. El momento definitivo de mi rendición ante sus infalibles armas llegó cuando descargué un diminuto tráiler de 15 segundos en donde ella me coqueteó sin parar. Como ustedes imaginarán, me dejaba claro que yo le agradaba bastante: a nadie le coquetean por gusto de esa manera. Y si era una interesada, no la juzgaría por eso, la había conocido así desde el principio, al menos nunca sentí que ella fuera una vividora, además de algo tenía que vivir, ¿o no? Incluso cumplía una labor social con los necesitados. Lo que más me agradaba de Emily era su figura delicada, su hermosa piel blanca y, por supuesto, su indudable inocencia, para mí la virtud en una mujer lo era todo: yo no la miraba cogiendo

con nadie como había visto a Little Lupe, por darles algún ejemplo. Tampoco la miraba descaradamente desnuda y lo mejor de todo es que no tenía cara de puta. ¡No! Ella me parecía un ser celestial, fiel guardiana de mi necesidad. Siempre imaginé a los ángeles de sexo femenino y con poca ropa. Síntomas de erotomanía se manifestaban en mí cuando veía ángeles en el tipo de mujer terrestre que me gusta. La contemplaba entonces como se contempla a un ser puro y excepcional.

Mi obstáculo fue el hecho de no tener tarjeta de crédito. Ella siempre se decepcionaba al no poder estar conmigo. Le insistía en que la amaba de una manera diferente, de una manera más platónica, que el dinero no debía ser un obstáculo entre nosotros. Pero al parecer las mejores cosas de su vida eran con tarjeta de crédito. Un día, mientras la buscaba en un blog de temáticas variadas, leí un comentario en donde afirmaban que no era tan joven como se decía, que en realidad el hecho de no usar maquillaje era un truco para que nosotros la viéramos más inocente, más joven, más niña, más infantil, decía el sujeto. Ésta era una página dedicaba a las verdades: la verdad sobre Selena Spice, la verdad en el caso de Eva Angelina. Administrada por una especie de antinómico puritano pervertido, bueno, todos los puritanos son pervertidos. Se dedicaba a tratar de hacernos ver la realidad de las estrellas de la pornografía o del mundo del espectáculo, que en estos días es lo mismo. Ya ven,

hasta me vi puritano en la oración anterior, leer rumores sobre Emily realmente me había afectado.

Decidí poner más atención la próxima que me la encontrara. Uno no debe ser tan ciego, mucho menos con la persona amada. Y así llegó el momento en donde ella estaba inclinada hacia enfrente de la cama, en posición de perrito, y pude corroborar los rumores; en efecto, se veía mayor en comparación con las primeras fotos conocidas por mí a detalle. Se le veían grandes ojeras y su expresión era de cansancio en las últimas fotos. Su sonrisa ya no era la misma, aunque seguía siendo bella. Había perdido cierta frescura. Le pregunté si le pasaba algo, pero ella no contestó, se limitó a sonreír, invitándome, por enésima vez, a su sitio *web*. Nunca renunció a mí y yo no podía renunciar a ella. Traté de saber todo sobre su vida, algunos aseguraban que era de una nacionalidad extraña, que había pertenecido a un tipo de erotismo ubicado en la delgada línea entre lo legal e ilegal: "barely legal". Ahora debía esforzarse más, pues ya no era tan "barely" sino más "legal". La fantasía se le hacía más difícil, tal vez en unos pocos años sería Emily28 o algo por el estilo. No me importó ninguno de esos hechos. Seguía admirando su dulzura, su belleza, su recato, y así fue que durante toda una temporada mantuvimos una bonita relación. Nos llevábamos muy bien, era una relación sin preocupaciones, sin reclamos, sin peleas, una relación muy sana, de mutua comprensión, ustedes saben: la que todos necesitamos. Pude haberme enamorado de una maniquí o de un objeto

inanimado con apariencia de mujer hasta que estuviera preparado para aventurarme con mujeres de carne y hueso, pero al contemplar los ideales senos de Emily18 todo y nada comenzó a tener sentido.

Pensé que era una broma, estuve escéptico, estaba de excursión en una página nueva en donde anunciaban fotos de ella completamente desnuda. Al principio creí que era una mala jugada, algún fotomontaje de un desesperado fanático buscando imaginársela como nunca antes. Ustedes seguramente han escuchado hablar de esa clase de pervertidos; que los hay, los hay. Siempre fue algo que me atormentaba: el hecho que uno de esos sujetos le faltara el respeto y no poder hacer algo al respecto. Pero como es mejor estar seguro de las cosas, decidí bajar el nuevo paquete de fotos de Emily18 y sí, de buenas a primeras la vi completamente desnuda como nunca antes la había visto. La tanguita estaba en sus rodillas y podía ver toda la fantasía al fin revelada. Con claridad contemplé su intimidad para mí inédita hasta el momento. Sentiría raro escribir en lugar de la palabra "intimidad" la palabra "vulva" o "vagina"; menos capaz sería de escribir cosas como coño, rana, cuca, mico, pupusita, pepita, pancito, panocha, concha, cosita, etc. Y todo ese sinfín de nombres que me da vergüenza mencionar porque, recuerden, el hombre que amó a Emily18 la había idealizado, la había imaginado con alas y toda la cosa y le era inevitable utilizar eufemismos cuando nunca esperó encontrarse el desnudo misterio de su vagina. Ahora me sentía

decepcionado, pero sabía que todo era por culpa del dinero, por no tener una puta MasterCard. Debo corregirme: me sentí decepcionado pero excitado a la vez… fue extraño, decidí no preguntarle nada, decidí no hacerle ningún reclamo, luego vería qué hacer.

Pasé muchas semanas sin verla, me negaba a aceptar la realidad. Un día entendí que en realidad lo peor hubiese sido contemplarla en brazos de otro hombre. Ella simplemente era buena. Emily era maravillosa y considerada conmigo. Me daba lo que tanto había esperado, lo que tanto había pedido, sin necesidad de la maldita tarjeta. ¡Dios! qué mal había actuado ese día, qué mal me había comportado, de una manera tan infantil. Seguía siendo una gran muchacha, una santa desnuda, una santa con una pupusita húmeda que imaginaba con olor a rosas, y la amé más que nunca por eso. A veces actúo de manera extraña, basta con pensar mejor las cosas y analizar a fondo lo que yo considero una acción imperdonable para darme cuenta de que no es tan imperdonable como lo pensaba. Mi actuación no era más que el producto de los celos por no haber sido el primero en verla desnuda, una percepción machista de toda la situación, a nada bueno iba a conducirme. Durazno, durazno adolescente, fresco, recién cosechado. ¡Qué bonito durazno! Así llamaría a eso que mi ángel frotaba con sus dedos. ¡Qué pervertidita! Muy pícara la Emily, la había imaginado tantas veces… Recuerdo una fotografía en donde aparecía disparándome con su dedo y vestía únicamente una tanguita morada que

decía, de arriba para abajo: SEX. El incremento de la lujuria iba de la mano (literalmente) con las comparaciones entre estas fotos antiguas y las del último paquete. Decidí perdonarla. ¡Ay! Emily, ¿quién podría enojarse con vos?, ¿quién podría enojarse con tus tetitas, con tu cintura, con tus hermosas piernas? La visité un día que se encontraba en la playa y vi que había escrito algo en la página, una anécdota de lo ocurrido en ese viaje entre amigos, escribió que al final del viaje se había ido con uno de ellos a coger fuertemente… no recuerdo lo narrado en la última parte, puesto que ya no podía leerla, me había quedado sin aliento.

¡Puta desgraciada!, grité, y me levanté y comencé con furia a golpear las paredes. Le solté un gran discurso sobre la dignidad y la sexualidad y de cómo éstas tenían que ir acompañadas del amor y de la comprensión y, sobre todo, de la fidelidad, le decía puras estupideces que ni el más trasnochado virgen podría creerlas, mucho menos recitarlas por todo lo alto y ancho de su pequeña cueva de frustración. Sé que en tu país todo mundo es infiel, Emily, pero aquí en Honduras las cosas son distintas. Seguí diciéndole muchas estupideces como esas, mientras ella escuchaba en silencio. Ella aceptaba todas las palabras salientes de mi boca, no me reprochaba nada, ninguna réplica, ninguna frase para defenderse, no me dijo nada y esto me hizo sentir muy mal. Contéstame, por qué te quedas callada, defiéndete, dime que soy un basura sin tarjeta de crédito, que nunca estuve

dispuesto a endeudarme por ti, que nunca me tomé nuestra relación en serio, que siempre busqué la oportunidad de aprovecharme de ti y que, a pesar de ello, tú siempre habías estado cuando te necesité, defiéndete, Emily, di algo.

Emily seguía mirándome con su característica inocencia, falsa, pero que igual me desarmaba. No me dijo nada. No hizo más que ser tal como era, una ninfa callada y sin igual. Postrado en mi habitación, le pedí perdón, yo no la había visto con mis propios ojos, ¿y si no era verdad? No fue la página oficial en donde había leído la anécdota, tal vez me había equivocado. Me sentía apenado, ridículo, no me cabía la cara de la vergüenza, tuve que haber investigado la fuente de mejor manera para poder reclamarle con toda autoridad. Pero no, el hombre sin tarjeta de crédito, que había jugado con ella durante mucho tiempo, se sentía ahora con el derecho de reclamar. Existía entonces un margen enorme de duda que tenía que haber considerado. Había leído algo cuyo contenido podría corresponder con el de una nota difamatoria: nunca vi imágenes de ella con otro hombre, nunca vi pruebas concretas. Ninguna escena con un sujeto, mucho menos una de penetración. Me masturbé entre lágrimas, había sido cruel con la persona amada y esto no estaba para nada bien. Debía aprender a tratar mejor a las mujeres. La observé con tristeza y cerré la página de Internet dándome cuenta de la gran lección aprendida con Emily, la santa y casta Emily, que salió con su dignidad intacta, dejándome mal parado, con

muchas situaciones en las que debía reflexionar y cambiar para el futuro. Había sido un mal novio, posesivo y machista, y sin tarjeta de crédito. Tenía que darme cuenta de que en la ficción y en la realidad el amor siempre viene con sus propias agonías y pasiones. Comencé a leer a Bukowski en mi afán de aprender a tratar a las mujeres, completé mi educación sentimental con lecturas del Marqués de Sade y todo libro erótico y pornográfico que encontré.

Infancias

Era una de esas mañanas frescas en el pequeño e hijo de putilla pueblo de mi infancia. Entonces era un niño alegre que no deseaba hacer lo único que todo niño alegre podía hacer en ese pequeño pueblo hijo de putilla donde no había luz eléctrica: jugar con los demás niños al trompo, a los mables, al barrilete, recoger nances de los árboles, fingir cazar pájaros y cangrejos, cortar café por pura y mera diversión y, finalmente, fingir ser una estrella de acción. Cualquiera diría que no era un estilo de vida para nada malo, pero yo odiaba todo aquello. Los paisajes pintorescos no me gustaron nunca. Siempre sentí desprecio por la gente de pueblo, quizá porque veía en ellos solo cualidades negativas. Aunque mi familia no era acomodada, no significó, por ello, que nos faltara leña para cocinar. Que yo fingiera recogerla con alegría implicaba que no había nada por hacer y necesitaba matar el tiempo de alguna forma. Esa mañana iba rumbo a la escuela. Al llegar me dijeron que iríamos al cerrito de excursión a sembrar árboles. Y árboles era lo que más había en el cerrito, en el pueblo, en todos lados los jodidos árboles abundaban. Respirabas un aire tan puro que te molestaba. El director insistió en que en el día del árbol debemos abrazar árboles y felicitarlos. El sujeto se pasaba de pendejo y nosotros, niños ingenuos, le creíamos todas sus estupideces. Como en la ocasión que nos juró haber conseguido un

detector de piojos y nosotros le creímos, preocupados ante la idea de tener unos cuantos de ellos.

Recuerdo dos carros: en uno iríamos los chicos y en el otro las chicas. Para ese entonces las niñas prometían ser muy hermosas de adolescentes. Años después, cuando las volví a ver, la mayoría estaban terriblemente obesas, feas y en mi corazón sentí que lo poco bueno de mi infancia se había esfumado para siempre.

Llegamos al lugar. Después de un rato, cada quien había sembrado un árbol. Ya habíamos salido de nuestra responsabilidad. Luego el director dijo que podíamos jodernos la vida jugando al voleibol. Improvisamos una red y pronto chicos y chicas y director jugábamos. Para ese entonces consideraba que todos mis compañeros eran mis mejores amigos, todos excepto uno. Un chico al que le apodaban Gato por sus ojos zarcos. Cuando alguno de nosotros lo llamaba así, teníamos que correr con todas nuestras fuerzas. Gato era el chico presumido y popular y estaba en sexto grado. Era un año mayor que yo y cuando uno es niño esas diferencias parecen infranqueables. Yo estaba en quinto grado y lo veía a él como alguien muy mayor.

Lo odiaba. Él siempre buscó la manera de atormentar mis dichas. En realidad, a gran parte del pueblo no le simpatizaba. Incluso al director no le caía muy bien. Pero también contaba con muchos seguidores. Tenía una especie de encanto que volvía locas a las niñas. Adoraban su cabello, su forma de vestir, lo amaban… eran capaces de dar la vida por el cabroncillo. Pero él, en su lugar, era bastante hostil con ellas. El papá de este chico era un terrible alcohólico. Siempre lo veía ebrio, tenía siempre la cara colorada e iba ebrio incluso a la iglesia. Participaba bastante en el sermón y lo volvía realmente entretenido. Creo que todo eso hacía actuar a Gato de esa manera. Aunque a ninguno de nosotros llegó a ocurrírsele insultarlo por el tema de la ebriedad de su padre. Creo que nos faltó ingenio o al final no éramos tan crueles. Dicen que la figura del padre influye poderosamente en el hijo. No sé, a lo mejor a Gato sí le afectó. El chico se parecía a Leonardo DiCaprio en lo chele, le gustaba escribir poesía y bailar, yo en ese entonces no lo veía, pero ahora me parece evidente: Gato era un marica en potencia.

Todos le temían a Gato, a pesar de su parecido con Leonardo DiCaprio, era un Chuck Norris con los golpes y las patadas. Aquel que se le enfrentaba terminaba golpeado, humillado y sin ganas de volver a rebelarse, lo cual era un fastidio para mí que me resistía a rendirle pleitesía. A veces yo intentaba convencer a la pandilla de que lo golpeáramos entre todos. Pero ellos siempre se acobardaban. Se

enfrentaban a él pandillas menores de chicos de la calle que carecían de líder y de orden, pero acababan golpeados, pues Gato tenía un montón de lameculos que al ver que lo atacaban se ponían de su lado. El director se daba cuenta de esto y siempre le decía: Gato, ten cuidado que los ratones se van a unir y te van a dar una lección.

Esa tarde, en el cerrito, cuando jugábamos voleibol, ocurrió un hecho que cambió mi vida para siempre. Gato había golpeado la pelota y ésta me dio justo en la cara. El cabrón soltó una carcajada y comenzó a revolcarse de la risa muy a su estilo tratando de contagiar la burla a todo el mundo. Reía y reía mientras yo sentía una cólera que me comía el cerebro. Me quité la faja y avancé hasta él y le asenté cinco fajazos con todas las ganas. La mayoría en el lomo. Sabía que era niño muerto, pero iba a morir satisfecho. Gato se aproximó, pero el director le advirtió: —Cuidado, Gato, cuidado, no quiero que lo golpees. El director no debía dejar que reinara la anarquía. Gato comenzó a tocarme la cara con caricias de maricón furioso. Me salí del juego confundido y aún temblando de la cólera, sabía que Gato no se iba a quedar así. Avancé hacia mi mochila y saqué un cortaúñas, estaba decidido a clavárselo si decidía buscarme. Una compañerita vio cuando metí mi arma en el bolsillo y le avisó a un chico de sexto grado. Pero éste no le hizo caso y me guiñó un ojo morado.

A la hora de regresar al pueblo, y cuando me disponía a subir a la paila del auto junto a mis compañeros, Gato no me permitió subir. Intenté subir de nuevo pero él ya estaba en la paila y me volvió a empujar sin decirme nada. No me quedó más remedio que subirme con las niñas. En este mundo de mierda son ellas las que nos salvan de las catástrofes nucleares, pero dicen que también son las causantes de las mismas. A veces he creído que el terrorista está aterrado porque tiene que satisfacer a cinco esposas y se desquita con nosotros al no poder hacerlo. Armarse con bombas en el cuerpo puede ser una llamada de auxilio, no lo sé, todo es tan confuso. Pero el asunto es que las niñas me salvaron el trasero o al menos eso creía. El carro de los chicos iba primero seguido por el carro de las chicas. Bajando la colina, yo observaba con atención la paila de mis amigos cuando de pronto Gato comenzó a cantar una "hermosa" melodía. "Chinaskito es una niña. Chinaskito es una mariquita". No recuerdo bien la letra, pero sí que a Gato le encantaba escuchar a los Boys Bands, que en ese tiempo eran famosísimos. Para mi sorpresa, los chicos que hasta entonces consideraba mis amigos comenzaron a cantar junto a Gato. Cantaban al unísono. Recuerdo que el padre de familia que manejaba el auto de los chicos quedó viendo para atrás buscando mi rostro. Y el director que iba al lado de él fingía no darse cuenta del asunto. Quizás porque el padre que conducía el auto de los chicos era enemigo de mi padre. Y las enemistades se heredan. Su hijo también era mi enemigo. Recuerdo que su hijo un día me propinó una golpiza que jamás olvidaré. Me

agarró del cuello y puso mi cabeza sobre un pupitre y me dio tres puñetazos en la cara. Recuerdo que manché mi camisa de sangre. Gato ese día se quedó sorprendido, porque ese chico jamás en la vida había reaccionado de esa manera. Y porque él deseó muchas veces golpearme así. Para recobrar mi prestigio me dediqué a ofrecerle pelea a cualquiera. Mi estatus debía estar a la altura de Gato, si no, sería presa de cualquiera. Pero ese día el niño tímido y con vocecita de bebita me partió la cara. Sorpresas que da la vida.

Todos cantaban y se reían de mí. Y ahora que lo pienso era muy divertido. "¿Y cómo se llama? ¡Chinaskito!, más fuerte: ¡Chinaskito!". Las niñas intentaron apoyarme, comenzaron a cantar en contra de Gato pero sus voces eran ahogadas por las burlas y los chillidos de los monos que una vez consideré mis amigos. Pronto ellas comenzaron a verme con lástima y yo estaba a punto de llorar justo en la parte donde ellos decían "quiere llorar, quiere llorar…". En esos instantes ya no escuchaba nada. Perdí la noción del tiempo. Iba pasmado con un nudo en la garganta. Mierda, éste sí que se las desquitó, mejor hubiera sido que me agarrara a pija. Pero el tormento al fin cesó y cada quien se fue para su hogar. Llegué a mi casa y fui al patio sin decirles nada a mis padres de lo ocurrido. Agarré un machete y comencé a sacarle punta a varios palos. No recuerdo para qué ni con qué fin, pero en ese pueblo la única diversión era ver películas de Van Damme, Chuck Norris, Bruce Lee, Steven Seagal y Terminator, creo que la causa de haber agarrado el

machete era que estaba preparándome para la guerra. This is my war. Ya dije que no había luz eléctrica y por las noches la gente de billete se iluminaba con la luz de un motor y en el cine del pueblo solo daban películas de acción. Cine le llamábamos al lugar que tenía un pequeño televisor dentro de una pulpería. Dos lempiras costaba la entrada. Todos vivíamos entrenando como lo hacían las estrellas de cine. Amarré costales de tierra y solo esperaba el día en que me enfrentaría a Gato. Comencé a golpear el costal y a tirar patadas con los ojos llorosos, con una infinita cólera, contenida.

Desde ese día en todo lugar que andaba conquistaba títulos ficticios. Peleaba con cada niño que me quería ver mal. Solía ir a traer un litro de leche a las últimas casas del pueblo. Cuando llegaba los mozos ya me estaban esperando, casi siempre con el mismo niño. Recuerdo que era un niño chinito bastante mayor que yo (dos años). Ellos hacían sus apuestas y como a dos gallos de pelea rodeaban en el patio de la casa. Disfrutaban verme pelear. A todo mundo en el pueblo le encantaba verme en acción. Yo imaginaba ser Van Damme y pelearme contra el corpulento oriental de la cicatriz en *Doble impacto*. Un día me asusté muchísimo. Ante mis crecientes habilidades marciales le pegué a un chico un duro golpe en el pecho, en el lado del corazón, el chico cayó al suelo sin aire y se desmayó. Gato se daba cuenta de eso, siempre que tenía la oportunidad golpeaba un árbol con unos puñetazos tremendos. A mí nadie me gana a los vergazos, decía.

A Gato no lo imaginaba como al villano de las películas, era tan jodidamente contradictorio, era un Rimbaud karateca que había aprendido a respetarme. Y tenía razón, para ese entonces mis puños se habían acostumbrado tanto a la victoria que no hubieran soportado una derrota. Solía andar en esos días una navaja escondida. Me hacía sentir como Rambo, pero tenía un código de honor y eso me incapacitaba para usarla, salvo cuando nos enfrentáramos con Gato. Mi fama crecía y crecía.

La pelea que me catapultó a los más altos estatus de las peleas en el pueblo fue cuando vencí a un pálido chico que se había ganado la fama de uno de los más fuertes. Era un chico que tenía unos tremendos bíceps. Todo mundo le temía. A finales del año pasado había ganado un regalo como el alumno más humilde de todos. Y al siguiente año era uno de los más temidos. A ese cambio tan radical contribuyó Gato. El chico pálido era su discípulo. Llegó un momento en que sentíamos que él mismo le temía. Había creado un monstruo, un monstruo que yo derribaría. Para esos días solíamos jugar fútbol con las chicas. Una tarde estaba yo de portero junto a otro amigo, éramos los únicos varones de la cancha, luego mi amigo se fue y quedé solo.

Llegó entonces el chico pálido y se sentó junto a los espectadores. Entre ellos estaba un tipo bajo y muy

gordo, a este tipo le encantaba poner apodos y molestar a quien pudiera. El chico pálido comenzó a burlarse de mí. —Solo niñas están jugando. Miren, solo mujeres hay allí. ¡Mierda!, otra vez el mismo insulto. Todos éramos niños que estábamos creciendo con enfermedades en la cabeza, éramos potenciales esposos violentos o violadores asesinos, porque en ese pueblo se pregonaba el machismo en todas partes. No recuerdo que en ese lugar hubiera un culero, si lo había ya se habría convencido a sí mismo de que era un hombre. Quizá eso explicaba bien la actitud de Gato y también la de su tímido y ermitaño hermano adolescente. Entonces yo sabía que esos insultos ya no iban con mi ego, solo quedaba una salida: pelear. Así que para sorpresa de todos, ya que todos le temían al chico pálido (ex premio Nobel de la Paz) yo avancé hacia él y le pregunté cual era su problema. El tipo panzón comenzó a meterle cizaña a la escena. El que escupa primero y el chico pálido escupió y se rio ante mi sorpresiva valentía. Levantamos los puños y el chico pálido me siguió subestimando cuando de pronto tenía relámpagos en los ojos, en el estómago y patadas por todos lados. Cayó al suelo y para acabar de sorprender a todo mundo comenzó a llorar. Al verlo humillado, como un buen campeón me marché de inmediato sin decir nada, muy al estilo de Hollywood cuando hay una explosión y el protagonista camina en cámara lenta de espaldas al suceso. Yo realmente esperaba que intentara atacarme por la espalda para darle una violenta patada voladora. El tipo panzón me echaba laureles: "Sabía que ganarías, el zurdo es gallo para los vergazos. No es

primera vez que lo veo pelear. Este zurdo es perro para los pijazos". Mientras me alejaba escuchaba cómo se burlaban de él. El chico pálido comenzó a tirarles piedras a todos. El tipo gordo siguió riendo con todas las ganas y le repetía a su amigo: "Le montaron pija, pobrecito, le sonaron el hocico". Días después se repitió la misma escena. El chico pálido era el único que estaba jugando con las niñas. Cuando me miró rápidamente me invitó a jugar, y desde ese día recuperó cierta alegría.

Gato siguió siendo Gato. Y mis fantasías de asesinarlo aumentaban cuando golpeaba a los pocos amigos que tenía. La victoria final sobre Gato no fue con los puños, fue en el escenario. Recuerdo que interpreté el papel de Hamlet, papel que él añoró conseguir con todas sus fuerzas. Y ahora que lo menciono me parece algo singular. El director ya había flaqueado en su decisión inicial de darme el papel protagónico. Porque las niñas decían que Gato debía ser, porque era tan guapo. El director era un tipo pajero, llegó a ser alcalde del pueblo y, por lo que sé, dos veces seguidas. Tenía una habilidad verbal que ha sabido aprovechar. Pero esa habilidad verbal, que lo coronaba como el rey de los pajeros, no funcionó con mi madre, quien furiosa le reclamó su decisión reciente de sustituirme en el evento principal por Gato. Días atrás les había comunicado que yo recibiría el papel. Para colmo el director era primo de mi madre y le temía a ella. Finalmente interpreté a Hamlet y lo hice de maravilla. Todo mundo me adoró. Fue mi

momento. No sé… pero el papel de loco me quedaba de maravilla. Y jamás volví a escuchar en mi vida de una escuela hondureña que mostrara obras de Shakespeare. Gato, decepcionado, se había marchado a San Pedro Sula. Regresó un viernes, un día antes del acto. Gato estuvo como espectador y si mal no recuerdo hasta le dieron un pequeño papel en la obra. Al final del acto, Gato entre lágrimas me dijo que no me guardaba rencor, que la culpa había sido del director. Y me dijo que yo era el mejor Hamlet de todos. Lo sentí sincero, pero igual lo seguía odiando. No resultaba para nada agradable estarle escuchando a diario platicar que sus calzoncillos eran originales. Que usaba tenis Nike, que nadie le ganaba en el baloncesto y que los Nsync eran junto a los Backstreet Boys los artistas más grandes del universo. Mis gustos musicales en esos años eran inciertos. Pero a veces ondas perdidas de radio caían en la zona, de pronto escuchaba canciones que me encantaban. Hasta varios años después, cuando coloqué la radio, por fin, dije: ¡esto es rock!

El día que tanto esperé al fin llegó, Gato se graduó de sexto grado y fui por fin el indiscutible rey de mi escuela. Fue el mejor año de mi infancia. Había resistido con paciencia. Incluso me volví un donjuán, era fácil cuando ya no tenían a un Leo DiCaprio que me lo impidiera. Hasta que mi padre por fin dijo: "Familia, nos mudamos de este pueblo". Ese día fue inolvidable. Por fin me iba largar de ese pueblo para no volver jamás. Gato el día de mudanza llegó a

curiosear y creo que hasta ayudó a subir algunas cosas al camión. Pero estaba bastante callado, podía ver su mirada llena de envidia. Yo al fin iba a salir de ese lugar. La gran ciudad me esperaba, la gran ciudad de la que él tanto hablaba y con la que tanto alucinaba. Recuerdo que cuando íbamos por la montaña me dije con gran alegría hasta nunca pueblo de mierda. Soy mejor que todos ustedes, eso pensaba y sé que un niño que piensa así debía haber pasado cosas muy duras. Mi familia siempre se había sentido fuera de lugar. Hace poco me encontré a Gato, vagaba por la Universidad Nacional Autónoma del Valle de Sula y me saludó, yo pensé que me iba a golpear o algo peor, aunque se había vuelto un flaquito insignificante y yo un verdadero Chinaski. Me habló humildemente como alguien que no ha botado el monte, mientras en mi rostro se dibujaba una sonrisa maligna, cuando le dije que era escritor, a lo que él me respondió: "Escritor dice y su familia qué piensa de eso". No piensan, lo aceptan; fue entonces cuando me consideré hijo de Satanás.

Darío Cálix

(San Pedro Sula, Cortés, 1988) Estudia la Carrera de Letras en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras en el Valle de Sula (UNAH-VS). En el año 2007 apareció publicado en la antología de poesía *Sociedad Anónima*, Paíspoesible. Colabora en la revista Tercer Mundo (2011). Novela inédita titulada *Poff*.

I: Primer fragmento de una serie: Dudas

1

Despierto.

Abro los ojos para no ver nada.

Respiro.

Como un náufrago rendido que al último segundo va a dar a una playa deshabitada respiro.

Despierto.

Estaba soñando que me ahogaba.

¿Despierto?

El corazón me late con absoluta sinceridad,

los ojos me lloran con absoluta sinceridad,

los huesos me tiemblan con absoluta sinceridad,

en la boca el sabor a sal

y yo ya no sé si son mis lágrimas.

¿Soñaba?

Dudaría, qué fácil sería dudar de esta habitación a oscuras. Qué fácil sería para mí conjeturar, fabricar fantasías en torno a la realidad. Pensar, por ejemplo, que aquel náufrago era yo y que la persona que escribe esto en una computadora es otro yo. Que al morir el yo que tragaba agua este nuevo yo apareció aquí y así de la nada. Susurrar las palabras aleatorio, dimensión y locura mientras acomodo la almohada. Pero ya he tenido ese sueño tantas veces, tantas veces, tantas veces…

Estoy loco, hay dimensiones… vidas que terminan y reinician en lugares y épocas distintas, vidas que a veces tienen chispazos de esas otras vidas, vidas que echan vistazos dentro de esas vidas y no lo resisten, un infierno aleatorio paralelo a infinidad de otros infiernos, infiernos que se terminan y se reinician en lugares y épocas distintas y que de vez en cuando se encuentran

por influjo de alguna maldad totalmente aleatoria, una maldad paralela a una infinidad…

Despierto, abro los ojos, respiro, acomodo la almohada y me duermo.

Lo verdaderamente tenebroso de todo esto es que al final siempre me duermo. Siempre vuelvo.

Duermo.

Cierro los ojos para ver.

2

"El sueño es algo totalmente ajeno a la realidad vivida en estado de vigilancia. Podríamos decir que constituye una existencia aparte, herméticamente encerrada en sí misma y separada de la vida real por un infranqueable abismo".

¿Y si ese abismo se pudiera franquear, doctor? ¿Lo ha explorado usted? Y. Y si ese abismo. Sí. Y si yo. ¿Por qué?

3

La duda se ha sembrado en mí. La duda ha brotado de mí, de mis entrañas y me ha parasitado la vida completamente. La duda me parasitó a tal grado que ya ni me es claro quién es el verdadero parásito. ¿Quién parasita a quién? No lo sé.

Dudo especialmente de la realidad. Dudo que la pluma que sostengo escriba lo que mi mente le dicta. Dudo que ésta sea mi casa, que ésa sea mi familia y que aquellos sean mis amigos. Y dudo de mí, claro. Dudo de mi nombre y de mi historia. Dudo de *la* historia, de todas las historias y de todos los restos humanos, arquitectónicos y fósiles… Dudo de una palabra como "duda", que suena tan horrible, que siento que me estupidiza cada vez que la pronuncio…

Duda, duda, duda.

Me viene a la mente la imagen de una mujer horrible babeándose hasta las rodillas y que grita:

DUNDA

Duda, duda, duda…

3 veces duda, ahora 4 veces duda, ahora 5 veces duda, ahora ya.

Duda, duda, duda…

No me hago responsable por lo que escriba de aquí en adelante.

DU(N)DA

Mujer más horrible…

4

Fecharé todo lo que escriba de ahora en adelante. Creo que me estoy volviendo loco o que voy a morirme. Pronto. La imaginación se me está desbordando, yo me estoy disolviendo. Miro cosas que no están ahí. Todavía puedo decirme a mí mismo: hey, Santiago, eso no está ahí, eso no puede estar ahí, no tiene sentido. Hoy que venía de la universidad hacia mi casa, cuando estaba a una cuadra de mi casa, vi de reojo un gorila enorme en la copa de un árbol, vi de ojos a ojos y ahí estaba pero ya no tan claro. Ahora era como un fantasma, como un holograma. Todavía no se ven tan claras las alucinaciones, todavía puedo decirme: hey, Santiago, ya basta. Todavía un "alto".

Todavía un "tranquilo". Todavía un "quevaestarhaciendoahíunjodidogorila".

Fecharé todo lo que escriba de ahora en adelante. Creo que me estoy volviendo loco o que voy a morirme. Hace un par de semanas tuve la pesadilla más horrible de mi vida. Hace un par de meses sufro de pesadillas horribles, constantes, sonantes, tocantes, reales… Pesadillas que parecen más reales que la vida, pesadillas donde sufro cosas más reales que las cosas de la vida… Si el sufrimiento es lo más real que hay en la vida, las pesadillas son más reales que la realidad porque en ellas sufro siglos y siglos de vidas. Yo sé que me entienden.

Hace un par de semanas tuve la pesadilla más horrible de mi vida. Me estaba ahogando en un mar verdoso, la pesadilla consistió en nada más que eso: sufrir un ahogo, sufrir una muerte… Duró lo que dura un ahogamiento, dolió lo que duele… Sufrí todo el sufrimiento del que consiste un ahogamiento, excepto el de morirme. Se me privó de la única esperanza que puede esperar un hombre que sufre de un ahogamiento: la muerte (a menos que sea un hombre muy positivo, en ese caso puede esperar también que lo salve un delfín, una foca o un dios). Esa pequeña alegría final no me fue concedida. Un cruel simulacro de muerte.

Gracias.

Desperté al último segundo posible. Uno más y me ahogaba. Uno más. Hice un sonido espantoso: la

mezcla de un grito y de un como suspiro: la mezcla de un espanto y de un algo: la mezcla de la muerte y de la vida. El choque de la vida y la muerte, la muerte que es sacada con un grito, la vida que es metida con un respiro furioso y nervioso, las dos chocando en mi garganta con tal fuerza que no se destruyen, sino que se traspasan, se fusionan. En mi garganta. El elemento que produce la fusión de esos dos componentes sabe amargo como la cal (como ha de saber la cal) y produce una sensación de vacío, de blancura y de silencio. Yo sé que me explico.

Fecharé todo lo que escriba de ahora en adelante. Creo que me estoy volviendo loco o que voy a morirme. Yo sé que me entienden. Yo me entiendo y con yo es que estoy hablando, claro.

Creo que me estoy volviendo loco o que voy a dormirme.

Alguno de los últimos días de febrero o marzo del 2007.

5

Veo el mundo como un ring de boxeo enorme, gigante, en el que se disputa una lucha que no es de boxeo sino una lucha libre, en la que todo está

planeado, absolutamente todo, cada movimiento, cada resultado, aunque cada tanto suba o salga alguien antes o después de tiempo, aunque cada tanto un golpe no salga bien, aunque cada tanto salga sangre y sudor y lágrimas y semen y todo aquello parezca verdadero, porque es precisamente de esos minúsculos errores, del azar, que está hecho el entretenimiento y la vida misma y lo que esos luchadores insisten en llamar libertad, realidad, etcétera.

Por supuesto que en este ring gigante no hay un árbitro. O sí, tal vez sí lo hay, es más, *debe* haber uno porque en el plan de esa lucha debe haber faltas previamente establecidas, por supuesto, para que todo parezca más real (es decir, menos falso). Así funciona la lucha libre, así funciona la vida. Y el árbitro es "libre" de luchar también si él quiere, porque todos en la lucha libre son "libres" de hacer lo que quieran y de no ser así se llamaría de otra forma.

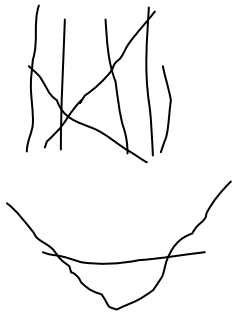
Sí hay un árbitro definitivamente, un referí gigante para un ring gigante, un referí que permanece parado sobre uno de los cuatro postes del ring, agitando las manos con vehemencia, como un loco liderando una orquesta:

LA SINFONÍA DE LA BARBARIE.

11 de abril, 2007

6

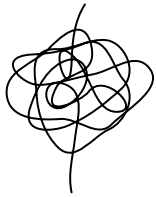
Creo en la existencia de cierta forma de destino.



Imagino a la vida como un camino. (*Imaginar*, qué linda palabra. *Imaginar*, fabricar imágenes. *Imaginar*, palabra preciosa, yo te abrazo, te beso, te sostengo entre mis manos y te admiro). Que imagino a la vida como un largo camino que empieza con un buen trecho absolutamente recto y que luego se va dividiendo en otros caminos. Algunas veces el camino se divide en dos y otras en dos mil. El camino se ramifica, se bifurca, se trifurca y así sucesivamente. El camino se *bifurfica* (claro que existes, palabra estúpida. Yo soy tu padre)

Éste no es el camino correcto.

Éste tampoco.



Por aquí sí.

Adelante.

La vida es decisiones. Vivir es decidir. Saltar al precipicio, salir del hoyo o cavar más profundo o incluso quedarse ahí mismo, donde esté, como esté, con quien esté. Usted decide. Toma una decisión y el camino se divide en base a eso. Tome una decisión, una buena y poff, ahora escoja un camino de estos 16. 16 decisiones posibles. Escogió la novena, no lo pensó mucho, tenía pereza, fue una mala decisión, pues poff: 63 nuevas decisiones posibles tiene. Empieza a caminar hacia el primer camino que tiene enfrente, el 32 y poff, se abren 37,000 nuevas decisiones. Usted tuvo suerte, le quedan caminos por recorrer todavía.

¿Existe la suerte? Y yo qué sé.

Me imagino que sí, un poco. Claro. El azar es parte participante del destino (?).

Y de todo lo demás (???).

Creo en la existencia de cierta forma de destino

(Sí, es natural que algunos senderos lo remitan a caminos ya conocidos).

Creo que me he equivocado mucho últimamente.

El sendero que camino es oscuro y húmedo. Las luces intermitean.

En un rótulo me parece leer: *Bienvenido al callejón sin salida.*

Pero la letra es muy pequeña...

Creo en esto.

Creo que se llega a la muerte dando los pasos incorrectos.

Santiago García ::: nace 08 de 1987

::: vence ??? del 2008?:::

Por favor refrigerar después de muerto.

¡Gracias por copular! ✞.

27 de abril.

II: El íncubo visita a la joven durmiente

Con cuidado, señor Noche. Tenga mucho cuidado con ese aparato suyo, un día de éstos le sacará un ojo a alguien y ahí lo quiero ver dándole explicaciones al jefe. Ya me imagino el revuelo que causaría algo así en los cuarteles. Tremendo escándalo el que nos aguarda, ya lo sé yo de sobra, pero y para dónde… Si el señor de señores nos hizo un equipo y si el señor de señores le puso ese aparato incontrolable entre las patas fue porque el señor de señores así lo tenía planeado desde un principio. Así debe de ser y así es como es y no debe cuestionarse. Bueno, bueno, parece que ya se está despertando nuestra bella durmiente de esta noche, señor…

…

Sí, bueno, parece que todavía le falta un poquito. Le apliqué una pesadilla profunda esta vez.

…

Ahí va, yo diría que ahora sí. ¿Qué dice usted, señor Noche? Pero mire cómo bailan este par de pupilas, ¡es impresionante! Un caso extraordinario el que tenemos hoy, sin duda. Estas pequeñas sorpresas son lo que nos mantiene haciendo el trabajo noche tras noche, señor… ¿No lo cree? Las pequeñas novedades, me

entiende, evitan que uno se dé cuenta de que ya está terriblemente aburrido de lo que hace.

Ah…

¿A? ¿A qué? A nada, a dormir. A soñar, señorita, usted no pare de soñar y manténgase fuera de esta conversación, que es privada y tanto de carácter oficial como subterráneo, es decir, a usted no le incumbe. Je, je… Si tan solo pudiesen llegar a comprender…

Uh…

A ver, creo que este es buen momento para probar el nuevo chisme ese para los pensamientos escuchables. Enciéndalo si es usted tan amable, señor Noche. Gracias.

En la avenida del Gorrión

las aves gritan celestinas,

si en verdad no tengo tu amor

para qué diablos te depilas.

Usted y sus bromitas de mal gusto, señor Noche. Si es que hasta la vi venir ésa. Coopere, por favor, que el gran Señor ya nos tiene advertidos. Y cuando digo nos tiene me refiero solo a usted, señor Noche. Coopere, es por su bien, no me obligue a redactar una queja,

usted sabe muy bien que a mí no me gusta redactar nada. Ahora, ¿podría usted cederme el maldito aparato que nos ordenaron probar esta maldita noche? Muchas gracias, señor... Vamos a ver.

Me veo a mí misma desde las afueras de mí, me veo cubierta por blancas sábanas de fina, tersa seda y encima tengo un ser que me toca y qué asco me da, es tan asqueroso, pero no me puedo mover, no puedo…

Je, je… Vaya si funciona el chisme éste, eh, señor Noche. Vaya que sí. Vaya que es extraña la mente humana. Se maneja sola. Eso me parece aterrador. Tomaré nota, debo tomar nota, qué fastidio.

Siento que podría morir en este incendio, en este incendio, en cualquier momento…

Ya es suficiente.

***

Me veo a mí misma desde las afueras de mí. Los veo a todos por algunos segundos, no escucho nada y así nomás regreso adentro, en un parpadeo. Ahora puedo escuchar de nuevo esa maldita canción que tanto detesto. *Heroína*. Reconozco que es una gran canción, pero siempre que la escucho drogada pierdo el control. *Heroína, sé la muerte de mí.* No soporto el ascenso, no soporto el martilleo de la batería que simula los latidos del corazón, todo subiendo de ritmo gradualmente, siempre subiendo de ritmo hasta que se detiene en el preciso momento en el que parece que todo va a estallar. Me da vértigo. Me da… Prefiero

Sister Ray, que me da el efecto opuesto. ¿Por qué no escuchamos *Sister Ray* mejor? Ah, qué idiotas. Peor todavía: idiotas en drogas. Apuesto a que ni tienen el disco por ahí. Estoy segura de que no. Dicen ser músicos y ni siquiera se molestan en profundizar en la discografía de los músicos que supuestamente les parecen buenos. Y ni hablar de profundizar en las discografías de los miembros como solistas, tan amplias como ricas las de Reed y Cale, de regulares a mediocres las de los demás (solo rescato *Chelsea girls* y ciertos momentos de *Marble index* de Nico (momentos patrocinados por Cale, de todas formas…). Ah vaya, sí la tenían, qué sorpresa. Ahora sí me puedo reclinar y disfrutar. *Sister Ray* quizás no le resulte una canción relajante a nadie más que a mí, es una canción bastante loca, la verdad. La historia es loca, la música es un caos. 17 minutos de qué, me pregunto yo. Si me concentro en la más bien monótona guitarra acompañadora de Morrison me resulta relajante, ahora que si me llega a atrapar el fuego cruzado entre el órgano de Cale y la guitarra líder de Reed puedo terminar dándole el culo a cualquiera ahí presente. Lo digo porque ya ha pasado varias veces, al fin que las dos son para mí canciones peligrosas… Sí, pero ahí va Santiago ahora a echarse uno de sus típicos discursitos sin sentido, como si del gran señor escritor se tratase de qué, de qué estaba yo hablando...

***

Mirá, cuando un hombre ama a una mujer, cuando de verdad la ama, cuando la ama con rabia, con locura de juventud, debe besarle hasta la última pulgada de carne. Si un hombre ama a una mujer debe besarla toda. Absolutamente toda y toda mente es absoluta y cuando ese hombre pierda a esa mujer —porque la va a perder, eso sí que la va a perder—, cuando ese hombre pierda a esa mujer y al poco tiempo o digamos al mucho la vea con otro, con otro hombre que estará empezando a sentir que ya la ama con rabia y con locura de cuándo o de qué, me pregunto yo —o que quizás ya la ame, por qué no, ese hombre quizás la ame ya—, entonces cuando ese hombre que la ha besado toda, todita toda completa y la ha hasta lamido, si es un buen hombre también la habrá lamido, le ha hasta lamido suficientes lamidas como para darle 181 vueltas al mundo revés y reversa, la vea al lado de otro hombre que ella no amará —porque no lo va a amar— sentirá una calma. Una calma y no la erupción de volcán de furia que sentiría un hombre que no la hubiese besado toda cuando la tenía, un mal hombre, un hombre desperdiciado, imperdonable. Sentirá una calma ese hombre cuando vea a esa mujer siendo besada en los labios por otro hombre y no sentirá digamos una incertidumbre, digamos un aturdimiento, digamos una no calma, digamos una pregunta: ¿La habré besado yo ahí, justo ahí en esa parte, en ese cuadrante de carne oculta detrás de la oreja izquierda, a qué olerá, olerá bien, olerá a oreja, olerá decente, la besé ahí donde otro hombre ahora la

besa? Pero no ese hombre, no, ese hombre sentirá una santa calma. Y se dirá él mismo en su mente, para gran satisfacción personal, solo para satisfacción personal, pues es la satisfacción más grande y más dulce que hay, se dirá algo así como: *La está besando sobre mi cadáver*.

Y se dibujará una sonrisa, bien alegre.

***

Jaay, como que hoy nos pegó de poeta. Y dice que como escritor ya está atrofiado, no lo entiendo al muy idiota. Qué húmeda me siento…

***

Y ahora yo le pediría con mucho respeto un poquito de privacidad, señor Noche, pero lo conozco bien. Conozco todas sus perversiones y sus mañas, sé que le gusta mirar y sé que ya empezó usted a tocarse ese aparato suyo oculto como está detrás de esa cortina. La verdad es que hasta lo puedo escuchar, es un escándalo lo suyo… Pero mire usted estos tobillos preciosos, mmm, mire estas rodillas, mire qué muslos más blancos, mmm, contemple usted, señor, ay, qué escándalo el suyo, contemple usted este milagro rosado y por qué no me deja ver un poquito el suyo, ah, siempre me he preguntado de qué color es el

suyo… mmm, sí, a esto me refería yo con lo de pequeñas novedades, señor, señor, uy…

***

Vamos a ver un documental sobre Dylan que descargamos, dicen los muchachitos. Les da por ver videos siempre que andan drogados, como a los mosquitos les da por esas luces azules… Ver a Dylan, vamos a ver a Dylan, vamos a ver lo que hizo el genio de Dylan, vamos a ver lo que nosotros nunca lograremos. Estos señores artistas parecen alimentarse de mitos y leyendas de artistas lejanos a ellos, se encierran en eso, en el mismo cuentecito y suspiran y se comen una bolsa de Doritos gigante cada uno y se duermen. Nunca salen a forjar una obra, si ni siquiera se detienen ante la obra de otros, nunca hacen nada digno de mitos y leyendas, pero eso es lo que les gusta. No forjan nada. Artistas sin obra es lo que son, no son artistas. Son como parásitos y ahí van en manada a chupar un poco de sangre del viejo Dylan, sangre vieja y rancia. ¿No vas?, dice Santiago, el señor escritor admirador de Bob Dylan, nunca se lo he preguntado pero estoy segura de que él es uno de esos locos que piensan que deberían darle el Nobel de literatura. Yo sé de música, no de literatura, pero segura estoy de que Dylan no se lo merece. Le he escuchado casi todo y sí, tiene letras buenas, pero nada impresionante. Pero bueno, yo qué sé, que se lo den, de todos modos siempre dicen que eso se lo dan a cualquiera. No, le digo, que no ves que está mi canción, como si las

canciones se vieran. Y se va y me dice que me llegue a la sala cuando mi canción termine. *Sister Ray* quizás no le resulte una canción relajante a nadie más que a mí. Puede que los haya puesto paranoicos y el documental solo haya sido una excusa para escaparse, puede que les dé a ellos el efecto que a mí me da *Heroine*. A Lou Reed no me molestaría que le dieran el Nobel o a Leonard Cohen, por ejemplo, si se lo van a dar a un músico que se lo den a Cohen. Es un letrista de mucha mejor calidad que Dylan y de remate ha publicado sus libritos de poesía aquí y allá en el tiempo. Ahora que lo pienso todos ellos son judíos, qué extraño, ahí hay algo sobre qué especular al respecto. La verdad que no sé si Reed es judío, pero creo que sí. No importa, de todas formas ya nadie es judío desde Alemania… ¿Hay un Nobel de música? ¿Por qué no hay un Nobel de música…? Ayayay… Cierro los ojos y miro que los sonidos provenientes de la guitarra de Sterling Morrison son de color dorado… Ondas cortas de color… *I'm searching for my mainline*… Curioso cómo uno llega a consumir drogas entre otras cosas para apreciar música que uno sabe ya de antemano que fue hecha por gente en drogas, porque uno quiere de alguna manera acercarse más al artista, ver lo que él veía o entender lo que él quería dar a entender o sentir lo que él sentía, como sea, la cosa es que uno sabe perfectamente el tipo de drogas que los de esta banda por ejemplo consumían y son drogas que están en peldaños a los que uno probablemente jamás subiría o bajaría por cobardía o por inteligencia, como sea, la cosa es que uno solo llega a tener fugaces atisbos, ondas cortas de color o lo que sea, con estas drogas

pequeñas que uno se encuentra al lado prácticamente de la calle, de la escalera de las drogas porque ni peldaños merecen, pequeñas drogas que ofrecen pequeños atisbos de lo que unos cuantos salvajes tal vez llegaron a ver… Y nadie se atreve… Y yo ya no sé de lo que hablo y me encuentro de repente entre la guitarra de Reed y el órgano de Cale y ya no importa lo que haga porque es demasiado tarde, no es la primera vez que me pasa, la música cayendo a borbotones sobre mí, desde mí..., como parafina caliente o cera o grasa o cualquier cosa que antes de ser líquida tuvo que haber sido dura. No soporto el ardor por mucho tiempo, intento comportarme pero es en vano, no es la primera vez que pasa, corro a la sala por Santiago, que está viendo a Dylan jugar con las palabras de un rótulo cualquiera, es una clase de literatura, dice el pobre Santiago que está atrofiado, es una clase de lit y así se queda la frase porque yo le agarro la cara y le meto dos dedos en la boca, lo más disimuladamente que se puede, nadie se da cuenta, creo, nadie dice nada y a nadie le importa la frase incompleta, no era la primera vez que la escuchaban, seguramente les hice un favor pero el pobre pone una cara de consternación que casi me vuelve a mis cabales pero no, ni modo, me da un poco de vergüenza, eso sí, pero no mucha, y le susurro perdón o disculpá o quiero que me lo hagás aquí enfrente de todos tus amigos, pero ya Santiago ya y chupá estos dedos a ver qué pasa, probá, por favor… *Sucking on my ding—dong*… ¿Ya te querés ir?, me pregunta Santiago el atrofiado, que en su cara se ve que no entiende nada. Sí, logro contestar yo, compuesta dentro de lo que

cabe con no poco esfuerzo mental y físico, sí, entre las ondas de color y las olas del temblor, sí, y salimos corriendo como locos, como si estuviéramos huyendo de la canción peligrosa que suena de fondo cuando en realidad hacemos todo lo contrario.

***

Secretaría Universal del Sueño

Forma #30302666: Pesadillas

Datos 1

Durmiente: Laura Cálix

Edad: 22

Domicilio: planeta Tierra, tercero desde el sol

Tratamiento: normal

Datos 2

Comentario sobre aparatos viejos:

no se usaron.

Comentario sobre aparatos nuevos:

funcionan. Bien.

Comentario sobre asistente:

funciona. Todavía.

Datos 3

Comentarios generales:

—Pupilas locas.

—Según información obtenida mediante aparatos nuevos, la durmiente mantuvo al menos por un breve instante cierta noción de nuestra presencia.

Quejas:

ninguna.

A manera de epílogo.

"Gravitando con facilidad de un lado a otro": Entre el parnaso y la maison

Un nuevo canon significa también un nuevo pasado o una nueva historia y, menos afortunadamente, un nuevo provincianismo.
EDWARD SAID

Hubiera sido conveniente comenzar con una parodia de una frase de Said acerca de la crítica contemporánea al tema que nos interesa aquí: "narrativa contemporánea", pero no queremos recurrir al "repertorio" de conceptos de los métodos de crítica que sirvan para validar o invalidar el conjunto de textos aquí reunidos, ya que nuestro objetivo principal es dar a conocer algunos motivos que nos incentivaron a publicar esta muestra. *Entre el parnaso y la maison* tiene por propósito mostrar la nueva narrativa escrita en la última década en San Pedro Sula, la que cuenta con menos de los quince años oficiales para conformar una generación. Hemos obviado la camisa de fuerza de los esquemas generacionales, procurando no enfocarnos en la edad cronológica de los autores, sino en sus afinidades y gustos literarios, así como nuestras convivencias como grupo de amigos. En este sentido incurrimos en una especie de infracción al integrar dos generaciones: la

propuesta por Galel Cárdenas: la generación del 84, denominada "posvanguardia" (los nacidos entre 1954 y 1983) y los que llama los novicios (nacidos después de 1984). Pese a esta "licencia", la cual podría considerarse novedosa o no, que sugiere apertura para incluir una amplia cantidad de narradores, escasos en el país, tiene su límite cartográfico: la ciudad de San Pedro Sula, donde convergimos todos los narradores incluidos en el presente libro. Pero esta "licencia" o "infracción" está bien justificada si atendemos a lo que Juan Marías remarca sobre los casos de generaciones precoces y tardías que, a mi percepción, constituimos. Él llama "constelaciones" a las generaciones que "parecen próximas y no lo son". A mi modo de ver se cumplen, si no por completo, fuertemente ambas situaciones: "la del hombre precoz, que en sus realizaciones, o en su fama y en su influjo, aparenta una edad mayor de la que posee", probable caso de JJ Bueso y Darío Cálix, pero dudo de que en el futuro se les considere parte de la generación anterior a la que pertenecen; y la segunda, de los que aparecen tardíamente en la vida pública como narradores, como Mario Gallardo, Dennis Arita, Jessica Sánchez, Jorge Martínez, José Raúl López y Carlos Rodríguez, de los cuales los primeros tres han publicado un libro de relatos cada uno, mientras Giovanni Rodríguez y yo, Gustavo Campos, novelas, obras que han aparecido en el acontecer literario nacional en el transcurso de los últimos cinco años. Vale aclarar que es posible que quien escribe esta nota editorial sea "fronterizo" entre ambas generaciones, si atendiéramos el esquema

propuesto por G. Cárdenas en razón de agrupar generaciones según su edad cronológica.

Nuestro proyecto no esconde las obvias intenciones propagandísticas – ¿y qué antología o muestra no ha incurrido en ello?-. En él se reflejan las siguientes pretensiones: primero, que cambien los enfoques de estudio de una obra y por ende su lectura con tendencias sociológicas o del establecimiento de una identidad cultural; segundo, que esa nueva generación de lectura vaya desmarcándose de su antecesora; tercero, que la teoría crítica que aborde esta recopilación de relatos y fragmentos de novela se desligue de su "centro moral", propenso a la censura del medio y que socavaría su relevancia en la historia de la literatura nacional –caso que no sucederá-, por desdeñar ese viejo canon que ha imperado y no deja de hacerlo como es el boom y su imperecedera rémora que ha sido el realismo mágico; y por último, hartos ya de ese "utópico y fracasado deseo de cambiar la sociedad por medio de la literatura", que ha tenido una contribución más histórica que literaria, como expresó Juan Goytisolo sobre el público de los novelistas españoles de los años sesenta, público que, "al no disponer de medios de información veraces respecto a los problemas con que se enfrentaba el país, obligó a los escritores a responder a esta carencia de sus lectores trazando un cuadro más justo y equitativo posible de la realidad que contemplaban. De este modo la novela cumplió en España una función testimonial que en Francia y los demás países

de Europa correspondían a la prensa" (Shirley Mangini, *La disidencia cultural*), promovemos el sencillo y reconfortante placer de la lectura y escritura sin militancias ideológicas ni compromisos sociales. Claro está, bajo la premisa de Cortázar de escribir narrativa fantástica de noche y de día sobre lo sociopolítico (o viceversa, no recuerdo bien la cita). O sea, no desatender la vocación u obsesión natural de escritor, separando arte de ideología. (Invito al lector a responder si hay similitudes entre los narradores españoles antes mencionados y los hondureños).

Quizás un objetivo implícito en esta muestra, al etiquetarla como sampedrana, sea el de repetir, con o sin éxito, estoy seguro que será el primero, la labor lograda por *La voz convocada*, antología poética publicada en La Ceiba en 1968 que reunió una parte importante de la nueva poesía hondureña –con nombres importantísimos como Nelson Merren y José Luis Quesada- desligada del acontecer literario de la capital, donde aún se autopregonan como los portadores de la literatura "oficial" de la nación. Repetir no en detrimento de las demás creaciones literarias que hay en el país, sino con el afán de contribuir a crear un canon que hemos reconocido como nuestro y que ya hemos identificado en autores contemporáneos dentro de nuestra historiografía nacional y asumido gracias a nuestro buen detector de escritores.

Y lo más seguro es que este libro no sea más que una muestra de escritores amigos que hemos convivido en un determinado tiempo y espacio y estemos cumpliendo la consolidación de una de nuestras metas de antaño: la reunión de nuestros textos en uno solo.

Quienes integran la siguiente muestra quedan, entonces, expuestos a los ojos del lector avezado, quien descubrirá las diferencias cualitativas entre los textos aquí reunidos. Que sea el lector quien juzgue, sin oráculo mediante, ni pararrayos lichtenberguiano, si hay "avances estilísticos" y "cambios estéticos" en los que pueda apuntarse "una evolución desde el culturalismo", "metaficción", "metarrelatos", "cosmopolitismo", "fragmentarismo", "uso de collage" e "influencia del cine" y la "recuperación de una escritura como reescritura", "interdiscursividad", "irreverencia", "desencanto", "noción apocalíptica de la escritura" y alguna fascinación por la construcción de "álter egos narrativos", la implementación del "escritor como personaje", "reivindicación de la vida en la misma literatura", "lo libresco", renuncia al provincianismo e inserción en el mundo global -búsqueda del asfalto por sobre el monte-, ese "deseo de no ser moralmente útil a la comunidad", "transgresión de tabúes" al abordar temas eróticos y sexuales, por lo que nuestra sociedad conservadora e hipócrita suele alarmarse profundamente y acuñar frases morales, que no estéticas, de censura contra libros de escritores hondureños, pero que no desaprueban las escenas eróticas en el cine, en las

revistas, en los anuncios publicitarios o en la propia conducta en su vida cotidiana. A este libro lo designamos como muestra de la nueva narrativa sampedrana, el cual no hubiera sido posible sin nuestro equipo de trabajo: Nidia Bonilla (musa y mecenas), Dennis Arita (corrector de estilo), Carlos Rodríguez (coeditor), Francisco Benítez -alias "Fabo"- (dibujante e ilustrador), Mario Gallardo (prologuista). Y de todos los escritores participantes.

Nota del editor

Gustavo Campos

ÍNDICE

Prólogo
9
Mario Gallardo
17
Jorge Martínez
33
Dennis Arita
47
José Raúl López
71
Jessica Sánchez
83
Carlos Rodríguez
103
Giovanni Rodríguez
115
Gustavo Campos
143
Juan José Bueso
167
Darío Cálix
191
Epílogo
217

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de
Impresos Comerciales Hernández.
Marzo de 2011.
Su tiraje consta de 1000 ejemplares.